

universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 116 - Julio de 2020 - Distribución gratuita | www.universo centro.com



El virus ha traído su sarta de expresiones nuevas y palabras urgentes. Un vocabulario que integra la ciencia, la burocracia y la prensa. Un cóctel siempre peligroso. Los lexicógrafos de Universo Centro, todos negativos para coronavirus, trabajaron un pequeño glosario para manipular bajo estrictos protocolos de biolecturabilidad.

Diccionario de virosismos

Aislamiento social. Estar virtualmente solo. Reemplazar la experiencia directa del mundo por la vicaría mediación de una imagen. / Cambiar la pandilla por la pantalla. / Consolarse con frases como: El infierno son los otros, de Sartre, o Ningún hombre es una isla, de John Donne. / Paraíso de los misántropos y de los sociópatas. / Baladas recomendadas: *Like a virus*, de Madonna y *Cambalache*: “Vivimos revolcaos en un merengue y en el mismo lodo manoseados”.

Aplanar la curva. Expresión sacada de la manga de los noticieros. Pequeña muralla levantada contra el tsunami que arrasó urgencias, unidades intensivas y cementerios en España e Italia. / Ingeniería fortificación hecha de la argamasa de la ciencia y los ladrillos que acumula la prensa hora a hora. También se ha usado como llave maestra de epidemiólogos. Además de ser pizca de fe con algo de estadística. Luego de las primeras semanas de encierro perdió algo de valor. Ya la gente sabe que se trata de alargar el tedio, posponer el drama, mermar el dolor. / La curva se ha aplanado, se ha hecho órbita en torno al mismo miedo. / Una cuerda de la que cuelgan las rutinas.

Bioseguridad. Una de las primeras palabras que se coló en el lenguaje común de los noticieros, las alocuciones de los mandatarios, las conversaciones entre amigos. Remite a protocolo, autocuidado, distancia, lavado de manos, uso de tapabocas, encierro. En fin, es una de las palabras, después de “coronavirus”, que quizá se ha repetido más durante estos meses. / Ya no basta con la seguridad ordinaria, ahora necesitamos una “seguridad viva”, una que nos cuide del “enemigo invisible” y mortal. / Las normas de bioseguridad, antes solo practicadas por expertos, médicos y biólogos, se popularizaron, y ahora los ciudadanos se ven obligados a lavar un banano, un paquete de pastas, a rociar alcohol en las suelas de los zapatos, mantener la distancia, tapabocas y guantes. El mundo entero se transformó un laboratorio clínico.

Cuarentena estricta. Viene con familia incluida: cuarentena inteligente, aislamiento preventivo obligatorio, cuarentena por la vida. Sin embargo, es más fuerte y más inflexible que las demás. / Incluye toques de queda, ley seca, cierres de vías aleñañas a la ciudad, cancelación de los horarios en los que se permite hacer deporte. / El aumento de los contagios propicia su ejecución. Si bien, la “primera cuarentena” fue estricta, esta lo será aún más, incluso con un nombre que haría salivar al mismísimo Georg

Wilhelm Friedrich Hegel: cuarentena total. La ciudad es ahora una matrioska de cuarentenas, una adentro de la otra, adentro de la otra, adentro de la otra.

Distanciamiento. *Vade retrovirus.* / Todo el que se acerque a mí está apesadado, hasta que no se demuestre lo contrario. Da lo mismo que sea cura, colchonero, rey de bastos, caradura o polizón. / “Aquí en el edificio siempre estuvimos distanciados, pero ahora ya es oficial”, dice una vecina, de lejos. / Canción pegajosa: *Contigo en la distancia.* / Testimonio de un sepulturero brasileño: “Mejor no estar con finados”.

Distanciamiento inteligente. Adivinarle el caminado al virus para esquivarlo es hacerle inteligencia. En este sentido, la OMS aprueba las chuzadas de control, reunir las pruebas y espiar en cuerpo ajeno. Se trata de un virus marrullero, que no cree ni en Ponce y su lavado de manos. Y al final hay que transar con él y darle su pedazo en el pastel de estadísticas, darle contentillo, pero que no se quede con todo. / Con mucho cuidadito hay que salir a ganar el pan en la pandemia.

Pico. Culmen tan temido como anhelado. Recuerda el esperado grito en las películas de terror. Se podría decir que sigue la trayectoria del tiro paradójico. / Triste expectativa de un desastre, ritmo inesperado de un fantasma. / Es normal que traiga a la parca de la mano. La dura realidad dice que el pico bien puede ser meseta o cordillera. / Puede asimilarse a una mejoría colectiva, un momento en que los contagiados y fallecidos, a manera de anticuerpos de una sociedad, comienzan a entregar una cierta inmunidad al rebaño. / Agonía antes del descenso.

Protocolo. Recitativo televisivo que acusa la forma de una letanía inocua. / El protocolo muta como el virus. Ejemplo: el tapabocas en un comienzo era solo para los que cuidaban contagiados, ahora es obligatorio, y los hay de marca: el Armani tapa más. / Ver: burka. / Un último consejo: si al desinfectar su huevo le echó demasiado alcohol, hágalo flambear. / El amonio cuaternario es tan fuerte que solo su nombre ya espanta al virus.

Reinventarse. Inventarse otra vez. / Se usa para pretender que, pese a todo, siempre hay una opción para seguir adelante. / Remite casi exclusivamente al aspecto económico de la vida social. Cerraron los restaurantes, las discotecas, los bares, las canchas sintéticas de fútbol. Cerraron todo, entonces hubo que encontrar la manera de sobrelevar, por un camino distinto, el día a día. Los



comerciales de publicidad acapararon la palabra, los *coach*, el gobierno. / La única opción viable que se veía en el panorama era adaptarse al paisaje. Se virtualizaron las clases, los trabajos, las fiestas. Se transformaron los productos, las relaciones intrafamiliares. Al parecer el mundo cambió, se inventó de nuevo. Pero entre tantos giros, reformas, variaciones, quedó casi igual al que ya conocíamos.

Tapabocas. Embozo obligatorio, máscara contra el fantasma viral, cachivache designado para salvar vidas. Durante años se reconoció como el principal protagonista del tiempo sin aliento. Adquirió connotaciones políticas al ser despreciado por la mueca del guasón de algunos mandatarios. Otros, por su parte, lo erigieron como sanctasanctorum de la nueva religión salubrista. Actualmente hay pequeños santuarios en su honor al igual que sectas anarquistas donde se les quema por miles. / Es reconocido también como “máquina del desengaño” por eso de que ojos vemos, mentones no sabemos. / Entre los humanos más apegados a su uso la sonrisa franca ha comenzado a ser identificada como un gesto vulgar. / Desde hace una década, el 11 de diciembre, día del paciente cero por coronavirus en Wuhan, se celebra en el mundo el día mundial sin tapabocas.

Teletrabajo. Tortura doméstica bajo el cómodo cepo de la piyama. / Se ejerce de manera intermitente en jornadas de hasta 18 horas diarias. La desconcentración, acompañada de cierta glotonería, es una de sus principales características. Su ejercicio continuado ha convertido las deliciosas hipocresías bajo micrófono apagado en un derecho laboral inalienable. Una de sus fases más avanzadas es el trabajo sonámbulo y las órdenes bajo los métodos de hipnopedia. / Son los tiempos difíciles de *Un mundo feliz*.

Toque de queda. Cierre y trunque de puertas. / En los últimos tiempos la corneta hace sonar su sermón vía Twitter. /

Usado por mandatarios para proteger, asustar, controlar e impresionar a sus ciudadanos... y poder conciliar el sueño. / Expresión salida de los cuarteles, por eso es una debilidad de los mandamases civiles. Vestir el uniforme sin llevarlo es una fantasía muy común. / Normalmente se entregan salvoconductos a vendedores de pizza y perico, patinadores de fierros y prepagos, ambulancias y vendedores ambulantes, barrenderos y carros de valores, policías y ladrones.

UCI (Urna de Curaciones Improbables). Camastro para los infortunios y los privilegios. Por lo general está anclado en medio de la única habitación con cinco pantallas que miran hacia adentro. / Silencio y sondas. Los sedantes son su dieta blanda, mullida, indispensable para soportar los cuidados puerta adentro. / En tiempos de pandemia los interesados en el inquilino solo pueden mirar por una escotilla en la puerta. El ingreso de los terapeutas se hace algo teatral y riesgoso, como la entrada del domador a la jaula. Al salir, algunos de sus residentes dicen que las paredes de la habitación se contraen y se expanden con dificultad.

Zoom. Plataforma de trabajo, fiestas, reuniones con clientes, con la familia, hasta sexo. / Medio de comunicación audiovisual que manda la parada en un mundo aislado. / Fuego nuevo que convoca el tejido social a la distancia. / Oráculo, confesionario, vehículo de emociones y sensaciones. / Sustrato digital de la sociabilidad. ¿Me oyen, me escuchan, ahora sí me ven? / Las barras de los bares se digitalizaron, lo mismo que las clases de los colegios y universidades. También corrió el rumor de su inseguridad. *Hackers* malintencionados ingresaron en las reuniones, limpiaron alguna que otra cuenta de banco y se entrometieron entre los diálogos. Pese a eso, los usuarios la siguen utilizando, hacen fiestas de salsa, concierto de rock, misas, comités editoriales. No se sabe a cierta hasta cuándo la gente se verá reducida a la pecera. ©



Mary la terca

por JULIANA CASTRO • Ilustración por Camila Kerwin

En noviembre de 1938, *The New York Times* publicó un artículo titulado “Mary la tifoidea muere de un derrame cerebral a los 68: portadora de la enfermedad, culpada por 51 casos y 3 muertes”. Culpada por tres muertes. Desterrada por décadas, convencida de su inocencia y de la injusticia de su caso. Mary, mujer, pobre, inmigrante, pasaba a la historia como una enferma y como una asesina.

Mary Mallon llegó a Estados Unidos a finales del siglo XIX. Tenía quince años. Hizo lo común entre inmigrantes irlandesas: empezó a trabajar como sirvienta y luego como cocinera. Llevaba una vida tranquila trabajando para familias pudientes de Nueva York. Un día, cuando Mary tenía 36 años, apareció en su cocina un tipo que la acusaba de haber enfermado a decenas de personas y causado una muerte por contagio de su mal. Así, de la nada. Además de la acusación sin evidencia, el hombre le exigía muestras de sangre, orina y heces. Mary lo sacó a gritos y tenedorazos. Nunca se había sentido enferma y —alegó entonces y por muchos años— no había cometido ningún delito, llevaba una vida digna y era una buena cristiana. Semejante querrela era insostenible.

El hombre que le pedía su prueba sanguínea y sus desechos era el ingeniero sanitario George Soper. Llevaba un buen rato investigando los casos de fiebre tifoidea entre la clase alta neoyorquina. Todos apuntaban a Mary, quien, se creía, iba al baño, servía durazno fresco sin lavarse las manos y terminaba enfurandando a sus jefes. Sara Josephine Baker —entonces 34 años y cuyo padre y hermano habían muerto por la misma fiebre— fue la siguiente encargada de convencer a Mary de que era un peligro para otros. Diez años después Baker se convertiría en la primera

mujer en recibir un doctorado en salud pública. Además era médica; parecía perfecta para convencer a Mary de entregar sus muestras. Pero no. O al menos no al primer intento. Baker tuvo que regresar con varios policías y perseguir a Mary por todo el edificio. La sacaron entre gritos y patadas.

Obtenida a la fuerza, su caca confirmó las sospechas. Mary seguía negándose a creerlo o simplemente era incapaz de entender. No recordaba haber tenido la enfermedad pero, le decían, siempre iba a tener la capacidad de enfermar a otros. Mary era una paciente asintomática, lo cual no solo era raro sino que sonaba a invento. Más de un siglo y muchos avances científicos después es aún difícil imaginar que podemos poner en riesgo a otros sintiéndonos saludables. Era entendible que Mary estuviera alterada e increíble.

Se determinó que debía ser aislada, puesta en cuarentena indefinida. La llevaron a la isla North Brother al noreste de Manhattan. Una isla con un hospital en el que solían aislar a los tuberculosos. Sin ningún síntoma y sin entender cómo había podido herir a alguien, Mary alegaba que se le tenía secuestrada. Tenía razones para creer que era un complot. ¿Por qué solo ella? ¿Qué carajos era un portador saludable? ¿Por qué se le trataba como una leprosa?

No había casos registrados de personas asintomáticas. Los síntomas de la fiebre tifoidea duran días o semanas, pero entonces no había registro de ninguna persona que sin síntomas fuese contagiosa. Durante su cuarentena, a Mary le tomaban pruebas fecales y de orina cada semana. Aunque la mayoría eran positivas, no era así siempre. A veces enferma, a veces no, pero hasta su muerte, Mary la tifoidea. Ni la ley ni la ciencia sabían qué hacer. Algunos creían que las pruebas no eran de fiar.

Los médicos decían que era una portadora intermitente. Sin ejemplos para comparar, intuir una injusticia y exigir libertades era razonable. Entonces, con el apoyo de quienes conocían el caso y le tenían lástima, Mary demandó a la ciudad. Había estado enviando sus propias muestras a laboratorios independientes y alegaba que estas eran negativas. Los encargados de salud pública podían demostrar que varios casos y al menos una muerte estaban asociados a ella y, aunque no siempre sus pruebas daban positivo, perdió la demanda.

En la isla la llamaban “la secuestrada”. Tres años después de que Soper se apareciera por primera vez en su cocina, un nuevo comisionado de la salud decidió que no era correcto mantenerla en cautiverio. Aunque había enfermado a otros, no había cometido ningún delito. Se le liberó haciéndole jurar que nunca más cocinaría o manipularía alimentos. Estuvieron pendientes de Mary por un rato y luego, en un despliegue clásico de la burocracia gubernamental, le perdieron el rastro. Cinco años después, en medio de un nuevo brote de fiebre tifoidea, la doctora Baker visitó un hospital de maternidad en Nueva York. Al pasar por la cocina: ¡oh sorpresa!, Mary la tifoidea, haciendo exactamente lo que se le había exigido que no hiciera. ¡Y en un hospital con recién nacidos! Bajo un nombre falso había cocinado para hospitales, restaurantes y hoteles. No sabía hacer más. Necesitaba trabajar, siendo lavandera no ganaba lo suficiente y seguía convencida de no estar enferma.

En su segunda captura ya no podía declararse inocente. Le llevaron de nuevo a la isla, donde pasó la mitad de su vida y donde veintitrés años después moriría. Vivía con un perro en una cabaña construida para ella, alejada de los pocos habitantes de North

Brother Island y de todos sus conocidos. Después de que su nuevo historial de trabajo en cocinas empezó a circular, desapareció la simpatía que los neoyorquinos le tuvieron durante sus primeros años de distanciamiento. Se volvió un espectáculo de los medios que llegaron a llamarla “la mujer más peligrosa de América”. Le pasaban comida a diario, recogían las muestras una vez a la semana y la hacían trabajar como técnica en el laboratorio de la isla.

Para el momento en el que se alejó a Mary por segunda vez, el departamento de salud había encontrado varios otros enfermos asintomáticos, incluidos algunos cocineros. Ninguno de ellos —ni siquiera Tonny Labella, culpable de cien casos y de más muertes que Mary— recibió restricciones similares. Mary fue la única en negación absoluta y la única lo suficientemente ruidosa para volverse un hito. Su situación social (mujer, soltera, sin familia, pobre, inmigrante) y su resistencia a colaborar con la justicia agravaron su caso.

Mary nunca entendió que la mayoría de las veces los rezagos de la enfermedad y la cochinada desaparecen al calentar y hervir la comida. En la comida fresca, como su famoso helado artesanal de durazno, las enfermedades quedan y se transmiten. Hoy las autoridades usan los registros de las multas de quienes se saltan la cuarentena para asustar a los ciudadanos. La salud pública de entonces usó a Mary como muestra de su compromiso con la protección de la comunidad. Una amenaza de lo que-le-puede-pasar-si-no-acatan-órdenes. Mary no fue puesta en cuarentena. Fue desterrada por décadas en una cabaña con vista a Manhattan, su hogar y su lugar de trabajo. Murió a los 69, desterrada por un derrame cerebral después de haber pasado años paralizada y décadas aislada por el bien de todos. ©

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

Número 116 - Julio 2020

Versión digital

universocentro@universocentro.com

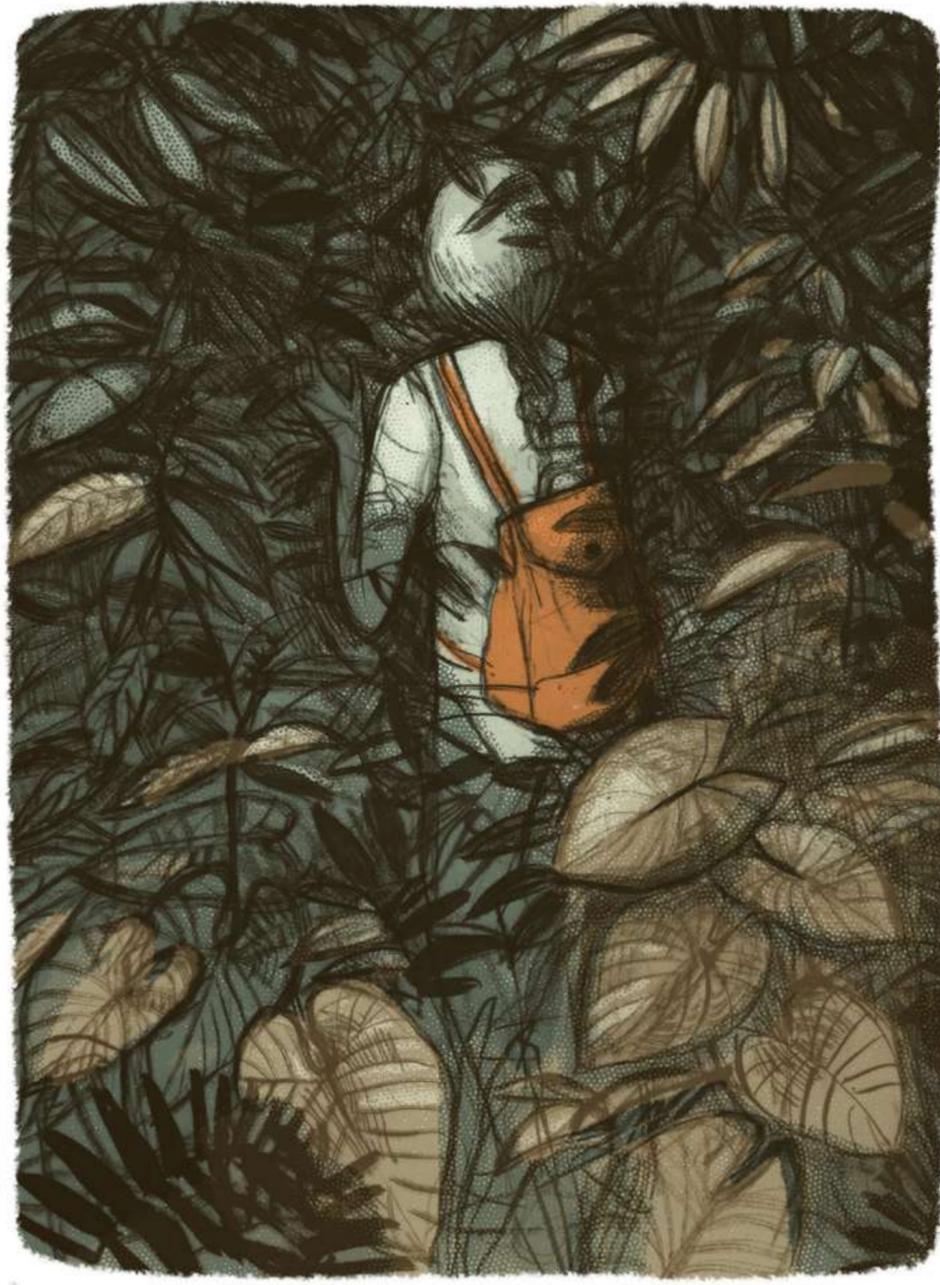
WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



universo
centro

La trocha

por ANDREA ALDANA • Ilustraciones de Elizabeth Builes



*Déjame llorar un rato a solas.
Pero sólo había frío
en el callejón de los cuchillos.
Miyó Vestrini*

Puedo imaginar el filo de una cuchilla contra su estómago. Puedo incluso sentir su miedo. Me es familiar. Entiendo su falta de resistencia. Su cuerpo cediendo. También he estado ahí. No fue el filo de un puñal. En mi caso fue el cañón helado de una nueve milímetros entre las piernas.

—Solo pude escuchar una mujer gritando, pero de una manera horrible. Decía “auxiliooo, auxiliooo”. Pegaba unos gritos tan horribles. Mira, a mí se me salieron las lágrimas. Yo me puse a sudar frío, me agarraba el cabello y le decía a las otras: “¿Qué le está pasando a esa muchacha de allá?”. Ellas me decían: “Quédate callada, no digas nada. Quédate callada, no digas nada. Si él te escucha, te van a pasar para allá. No digas nada, quédate callada”.

—Pero... ¿Y esa mujer? ¿Qué le pasó a esa mujer?

—La estaban violando. Eso se llama violación. Eso es violación y yo le tengo miedo a...

Verónica estaba a punto de decir: “La estaban violando, no solamente uno sino todos los de la trocha. El principal, el que manda en la trocha, es el primero en abusar; después vienen todos los demás”. También iba a decir: “Le tengo miedo a Migración”. Autoridad colombiana encargada del control migratorio. Le huyen, cuenta Verónica —y otras diez chicas entrevistadas— porque sus funcionarios —que también pueden ejercer como policía judicial— las capturan, las golpean, las montan en camiones oficiales y luego se las llevan y las “tiran en esos sitios”. Y, aunque saben que los cuerpos de estas mujeres pueden ser violados cuando cruzan estos pasos ilegales, agrega Verónica: “Nos rompen el carnet fronterizo para obligarnos a pasar por esas trochas”.

Está a punto de contarme cosas aun más dramáticas pero un llanto fuerte e imprevisto, como el sonido de un vaso que se quiebra en la cocina, interrumpe la entrevista. Sobresaltada, giro y veo que una mujer alcanza la puerta y tras un portazo abandona el salón en el que estamos grabando. Es Gabriela. La quinta chica en la lista de entrevistas. No hemos hablado aún y ahora está desconsolada al otro lado de la pared. No entiendo. Miro a las demás, miro al camarógrafo, no entiendo nada. Pasan segundos antes de darme cuenta de que estoy bajo un ataque de bruxismo. O tal vez sí entiendo, pero tengo miedo de acertar.

Damos stop a la cámara y la imagen de Verónica queda estática en la pantalla. Me levanto de la silla y, con el mismo paso dudoso con el que uno se acerca a ver qué fue lo que quebró ese

vaso en la cocina, camino hacia la puerta. Estoy haciendo un reportaje sobre víctimas de explotación sexual y trata de personas en la frontera colombo-venezolana y dos chicas, de una organización social que les ayuda a reivindicar los derechos a las migrantes, me acompañan. Una de ellas me toma por el brazo e inclina su cabeza muy cerca de la mía para que solo yo pueda oír.

—Es Gabriela. No soportó el testimonio de Verónica. Gabriela fue violada en una trocha.

“Fue violada”. Tardo en reaccionar. Salgo y veo que Gabriela está sentada en el piso. Lloro. La rompieron por dentro. Me pongo de cuclillas a su lado. Tomo su mano izquierda y la aprieto fuerte. Me corto, ella se corta, y la sangre empieza a correr. Somos cristales rotos.

Gabriela tuvo que elegir. Hay un mundo en el que las mujeres tienen que elegir entre dejarse violar por siete hombres o desaparecer. No es una metáfora. Hablo de desaparición forzada.

—Te dicen, pue, que ya sabes lo que te toca. Dicen: “Si usted colabora, usted se devuelve o para Colombia o para Venezuela, para donde usted quiera, pero si usted no colabora, usted no vuelve a aparecer más”.

—¿Te dijeron eso?

—Sí.

—Y entonces... Ahí te llevan a un lugar y tienes que estar con todos y cuando tú medio empiezas a gritar... Te sacan los cuchillos.

La voz le tiembla. Para tres segundos. Gabriela mira al suelo, inhala profundo y continúa.

—Son lo más desechable, las personas más asquerosas... Y si tú no gritas mucho y colaboras y no los golpeas ni nada, y haces el sexo con ellos, ahí sí ellos te preguntan que si te vas a devolver o te vas a ir. Y te dicen que no puedes decir nada, que “piense en su familia”.

—¿Amenazaron a tu familia?

—Sí... Eso le ha pasado a muchas mujeres, a muchas venezolanas.

—¿Esto pasa a diario, Gaby?

—Sí, ese día yo me salvé y como tres más. Pero hubo otras dos que las metieron más hacia adentro, allá más adentro, y más nunca las hemos visto. No sé si las desaparecieron. Han desaparecido muchas mujeres en esa trocha.

El 19 de agosto de 2015, dos hombres motorizados dispararon hacia cuatro sujetos en San Antonio del Táchira, municipio limítrofe con Colombia. Los hombres, al parecer, ejecutaban un operativo anticontrabando cuando recibieron las balas de fusil. Todos murieron, y tres de ellos eran integrantes de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, la Fanb. Al día siguiente, Nicolás Maduro dijo: “Los atentados contra la Fanb se suman a una cadena de hechos contra el pueblo de la frontera tachirense y zuliana”. Y, en resumen, agregó que la inseguridad de estas zonas era culpa de la migración de paramilitares colombianos a Venezuela. Por lo que ordenó “tomar medidas extraordinarias” para acabar con “la peste paramilitar”. ¿Las medidas? Allanamientos, capturas, deportaciones, estado de excepción en cinco municipios fronterizos a partir del 21 y cierre de fronteras.

Tres días después, el 24 de agosto, las autoridades venezolanas presentaron los resultados de una de las mayores crisis diplomáticas entre la vecindad colombo-venezolana durante el último lustro: 1012 colombianos deportados y diez supuestos paramilitares capturados. Podría decirse, “Mucho ruido y pocas nueces”, pero el 27 del mismo mes, *El Nuevo Herald* publicó que las medidas del presidente Maduro eran castigo por las extradiciones que aprobó el presidente colombiano Juan Manuel Santos, a finales de julio y en agosto, de Gersán Viáfara Mina y Oscar Hernando Giraldo Gómez, dos presuntos narcotraficantes que trabajarían con el Cartel de Los Soles, cartel de drogas venezolano que, se presume, lo operan militares de alto rango y dirigentes del chavismo. Nueces es lo que hubo en esas crisis.

En consecuencia, las medidas resultaron no extraordinarias sino extremas y ya van cinco años del cierre indefinido de fronteras del área metropolitana de Cúcuta. Y un lustro del cogoberno criminal que se instaló bajo esos puentes internacionales: variedad de estructuras criminales —doce identificadas, según Fundación Progresar— que se hicieron al control de los 52 pasos ilegales detectados por la policía en los 43 kilómetros fronterizos.

Desde allí controlan cinco rentas: narcotráfico, contrabando, armas, gasolina y, una de las más rentables, tráfico de personas, toda persona que cruce por esas trochas debe pagar veinticinco mil pesos —casi siete dólares— a los ilegales. Si es un hombre el que intenta el cruce y no tiene dinero, lo más probable es que lo golpeen, lo saqueen, pero le permiten volver; si es una mujer, no. La devoran. La someten a que una jauría de tipos armados la penetren so pena de desaparecer.

Y los casos se han ido acumulando: según el Instituto Nacional de Medicina Legal, 88 mujeres fueron reportadas como desaparecidas en el año 2015 en el área metropolitana de Cúcuta y 87 en 2016. El 2017 registró 78 casos y 2018, 70 desapariciones más. La estadística no diferencia si fue desaparición forzada o no. Pero las autoridades de esta entidad en Cúcuta fueron generosas con los datos y entregaron un reporte con información detallada de cada desaparición. En el reporte figuran los relatos de los denunciados y se encuentran este tipo de testimonios: “Mi hija se iba a venir a mirar al hijo y a traernos mercado. Como a las 7 o 8 de la mañana, mi hija me llamó. Me dijo que la esperara en el puente de La Parada para que la ayudara a pasar las cosas que ella iba a traer, que llegaba más o menos a las 2 de la tarde al puente. Cuando me encontraba en el puente, como a las 2 de la tarde, me llegan dos mensajes al WhatsApp donde en un audio mi hija me dice: “Papá, me quitaron todo. Cuideme al niño, le estoy mandando este mensaje porque tengo el celular escondido. Me llevan amarrada y no sé para dónde”. Eso fue lo último que me dijo, que la llevaban secuestrada y que no sabía para dónde. Desde ese momento no tenemos más conocimiento de mi hija, ya el celular suena apagado”.

Los relatos de los denunciados son parecidos y en casi todos se lee que fue una “hija” la que no volvió a aparecer, a veces es una “hermana”.

En 2019, y según un informe de la Red Departamental de Defensores de Derechos Humanos (Corporedelh), que se soporta en datos del Instituto de Medicina Legal y Policía del Área Metropolitana de Cúcuta, la cifra se precisó: ese año, el número de mujeres víctimas de “desaparición presuntamente forzada” fue 43.

Ciudad Juárez en Cúcuta.

Gabriela sigue tirada en el suelo, parece que toda fuerza la abandonó, y yo sigo sosteniendo su mano. Le digo que entiendo. Que conozco su dolor. Quiero decirle que sé de los hombres que usan las armas para someter los cuerpos. Que sé de esos que no ven una mujer sino un botín. El medio para transmitir el mensaje de terror. Quiero contarle que soy habitante del mismo infierno, pero no digo más. Solo la abrazo. Intento juntar los pedazos sabiendo que no están todos, que el resto quedó allá, donde las rompen, en la trocha.

Un camarero del hotel llega al pasillo donde estamos y, viéndola llorar en el suelo, pregunta: “¿Les falta mucho?”. Y un segundo después advierte: “Ya casi deben entregar el salón”. Y se queda ahí. Gabriela, desde el piso, lo mira con profundo desdén. Entonces se limpia las lágrimas con sus larguísima uñas pintadas de rosa escarcha y dorado, se levanta y, cuando estoy segura de que va a responder con toda la rabia que tiene acumulada, dice: “Discúlpeme, señor. Fue mi culpa, yo demoré todo. Ya casi vamos a terminar. Por favor, regálenos un momento más. Le prometo que ya vamos a terminar”. El hombre la escucha, asiente, da media vuelta y se va.

Le digo que no tiene que hablarme si no quiere, ella responde que quiere.

—Gaby, ¿estás segura?

—Sí. Yo quiero que se sepa lo que pasa en esas trochas. De pronto una persona escucha y se salva.

Volvemos al salón. Retomo el testimonio de Verónica y, antes de iniciar de nuevo el diálogo, me muestra en detalle su brazo derecho y veo que está torcido. Le quedó así, cuenta, después de una golpiza con bolillo que le dio la policía antes de deportarla en un operativo de Migración.

—Ese día me agarró Migración. Yo no corrí. Yo estaba en el parque cuando vi que las muchachas empezaron a correr y a gritar “La Migra, la Migra. Viene la Migra”. Pero yo no corrí. Yo no estaba haciendo nada malo y tenía mi carnet fronterizo. Pensé, pue, “el que nada debe, nada teme”. Y nada: me vieron, se me vinieron y me agarraron. Me dieron muchos golpes... Me

dañaron el brazo, mire como me lo dejaron... Me dejaron coágulos de sangre, me pusieron las costillas moradas y me montaron en el camión. De ahí me llevaron para el puente de Ureña, y no solamente a mí, a varias mujeres.

—¿Cuántas eran?

—Bueno, para decirte, eran como doscientas mujeres.

—¿Y qué pasó después?

—Ellos nos humillaban muy feo. Decían que nos iban a pasar para allá, que esto, que lo otro, hablaban palabras horribles. Que “qué hacen aquí”, que “váyanse para Venezuela”, que “ustedes no tienen nada que hacer aquí”. Ellos te echan orines, te tratan mal, pue, te humillan.

—Cuando dices “ellos”, ¿son quiénes?

—Migración.

Es viernes, es mediodía, y al sitio al que voy a buscarlas es el parque Mercedes Ábrego, el lugar que concentra gran parte de la prostitución en Cúcuta y a la mayoría de migrantes víctimas de trata y explotación sexual. El mismo parque en el que capturaron, golpearon y le destrozaron el brazo a Verónica. Todas saben que voy a ir, pero cuando me ven llegar, huyen como huyen las palomas al acercarse repentinamente un peatón. Querían que fuera, querían mostrarme las condiciones en las que viven, las piezas en las que están hacinadas. Que viera a los tipos que las vigilan. Y, sobre todo, querían hacerme testigo, que tomara nota de cómo algunas de ellas ni siquiera pueden salir de los bares o inquilinatos que están obligadas a habitar. Que evidenciara la trata de personas. “Eso lo controlan las bandas”, dijeron después varias de ellas. Pero cuando me ven llegar, huyen.

Como estoy con un par de mujeres que conocen la zona, nos acercamos a saludar a unas chicas que venden tinto en un puesto improvisado sobre dos bancas en una calle lateral del parque. Estando ahí, una mujer se acerca e intentando disimular, dice: “Mira, no podemos hablar acá, ahí está la policía —efectivamente hay unos de agentes motorizados cerca— y si nos ven, nos vamos a meter en problemas. Acá ya todas estamos amenazadas”.

Acordamos irnos para un hotel, nosotras nos íbamos primero, ellas llegaban en taxi después. Y, antes de irnos, otra chica se acerca temerosa a una de mis acompañantes, la llama a un lado, sostiene un pequeño diálogo y, de pronto, hace un gesto de negación con la cabeza, da un giro y se va. Mi acompañante regresa y dice: “Lástima que no puedas escuchar su testimonio. Su historia es tremenda. Le expliqué, le dije que viniera al hotel, pero me dijo que no, que no podía. Estoy segura que le dio miedo. Lástima”.

Llegamos al hotel, conseguimos un salón, e iniciamos la jornada de entrevistas. Empezamos con Diana. De todas, es la que más ganas tiene de hablar. Y su relato va a coincidir horas después con el de Verónica.

—Migración es mala con nosotras las mujeres venezolanas, porque nos humillan mucho. Un día nos agarraron y nos llevaron a una cancha y nos echaron agua como si fuéramos animales. Ellos tienen una celda donde a veces nos agarran y nos meten todo el día. La gente pasa en las motos, pasa en busetas, y nos ve. Muchas personas nos escupen, nos tiran conchas de fruta, nos dicen: “Venecas, váyanse para su país”. Y ellos ahí, riéndose de nosotras.

—¿A eso las expone Migración?

—Para mí es Migración, porque nos tienen ahí por lo menos desde las ocho de la mañana hasta las cuatro o cinco de la tarde, ahí en esa broma ahí, y después viene el camión y nos lleva.

“La celda” es un cerco que las autoridades hicieron con seis vallas de la policía —dos en cada costado y una en cada cabecera—, de esas metálicas que se ven en los estadios, las pusieron en plena calle y a menos de media cuadra del parque Mercedes Ábrego. Un recordatorio constante. Y aunque la prostitución no es delito —por lo menos no en Colombia—, suelen encerrar ahí a las mujeres que se dedican a este oficio, especialmente si son migrantes. El escarnio depende del temperamento policial. “Nos pegan con un palo. Nos esposan... Nos gritan... Nos exponen para que las otras personas se rían de nosotras, nos graben”, agrega Diana con voz quebrada.

—¿En algún momento han puesto denuncias?

—No. Será que nos da como miedo. Y también porque ellos (los policías) dicen que no tenemos derechos porque somos venezolanas. Un

día le dije a uno: “Yo tengo que trabajar porque tengo mi hijo, yo tengo que darle de comer” y él me dijo: “De malas, yo no tengo hijo. Tú no eres familia mía y si yo quiero, te puedo partir una pierna y no pasa nada”. Me lo dijo delante de otras compañeras.

Una de las chicas, antes de las entrevistas, dijo que, sin llevar mucho de electo, Jairo Yáñez, el nuevo alcalde de Cúcuta —“el hombre del cambio”—, estuvo visitando el parque Mercedes Ábrego y fue testigo del encierro de las mujeres en esas “celdas”. Le pregunto a Diana si sabe de eso.

—Sí, porque yo estuve cerca al parque Mercedes ese día. Nos detuvieron los policías desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde en la celda que le comenté ahorita, y el alcalde vio que estábamos ahí metidas y él apoyó eso. Él dijo que ese no era sitio para prostitución, e incluso dijo que sí, que podían dejar esas celdas ahí. Todavía están ahí.

—O sea, el alcalde permitió que a ustedes...

—Permitió que a nosotras nos metieran ahí.

—¿Pero escuchaste cuando él dijo que esto no era sitio para prostitución y que podían dejar las c...

—Sí, y que iban a hacer “limpieza”, que no iban a dejar más mujeres ahí.

Estamos en la mitad del testimonio de Diana y acabo de preguntarle si le han ofrecido trabajar fuera de la ciudad. Ella responde que sí pero le da miedo.

—Conozco unas compañeras que les ofrecieron trabajo pero lejos de aquí, les ofrecieron muchas comodidades, e incluso les dijeron que no iban a pagar pasaje. Y cuando llegan allá es todo lo contrario, tienen que pagar el pasaje, tienen que pagar el viático, les ponen unas multas. En fin, nunca dejan de pagar el dinero para nunca poder salir.

—¿Y allá es dónde?

—Me contaron que era Bucaramanga, en un pueblo.

En los relatos que recoge el reporte de Medicina Legal, el documento generoso con los datos, varias denuncias de desaparición se repiten: mujeres a las que les ofrecen un trabajo fuera de Cúcuta —para cuidar niños, para cuidar ancianos, cocinar o ser guías turísticas—. Y los destinos a los que parten también coinciden: Arauca, Puerto Santander, Bucaramanga y, desde esta última, pasan casi siempre hacia Santa Marta. Las chicas desaparecidas responden al mismo patrón: los primeros días tienen diálogo con sus familias por WhatsApp y de repente dejan de responder, bloquean los contactos o desactivan los números. Lo mismo ocurre en Facebook, que es por donde la mayoría de los familiares denunciantes intentan rastrearlas: bloquean, no vuelven a contestar, no vuelven a aparecer.

En medio de su testimonio unos golpes a la puerta del salón nos sobresaltan. Una de las chicas abre y un camarero asoma la cabeza y hace señas para que salga. Lo hago acompañada de una de las mujeres de la organización social que me está colaborando. Y ya en el pasillo, el hombre dice que hay una muchacha en la calle que está preguntando por nosotras, “las periodistas”. Nos asustamos. Absolutamente nadie sabe que estamos ahí. Entonces nos asomamos por el ventanal, desde el tercer piso del hotel, y vemos que en la calle aguarda la chica que, casi una hora atrás, le había dicho a mi compañera que no, que no podía venir.

—¿Y eso?

—No sé. Se decidió a venir.

—¿Pero tú le alcanzaste a decir en qué hotel íbamos a estar?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Gabriela.



Las trochas más peligrosas quedan en dos sectores: las que conectan a San Antonio del Táchira con La Parada, sector de Villa del Rosario, municipio del área metropolitana de Cúcuta; y las que conectan al municipio venezolano de Ureña directamente con un barrio cucuteño llamado El Escobal.

Todas dicen que es más peligroso este último, por eso prefieren entrar a Colombia por San Antonio. En una de las trochas de Ureña, siete hombres violaron a Gabriela.

—No te hacen todas las cochinas de una. Ellos esperan a que pasen varias mujeres y van acumulando unas, y te dejan ahí, te dicen que esperes ahí. Y ya en la tarde, unos hombres caratapa vienen con unos cuchillos y te llevan. Lo meten a uno bien adentro de la trocha, como en el monte. Y ahí es donde le dicen a uno que si uno no colabora, no vuelve a aparecer.

Verónica también mencionó a los “caratapada”, dijo que el día que estaban violando a la mujer que gritaba auxilio, ella los vio.

—Yo me asomé por encima del puente y los vi, estaban ahí abajo, como escondidos en unos matorrales. Eran varios.

También mencionó que les vio unos cuchillos. Y luego dijo que los vio hablando con la policía.

—¿Policía colombiana o venezolana?

—Las dos. Por eso digo que eso es como un negocio. Ese día yo vi guardias venezolanos y policías colombianos hablando con esos hombres.

—¿Tú crees que Migración y las autoridades saben que a las mujeres las violan ahí?

—Sí, yo digo que sí, porque eso es negocio, porque lo que yo vi ahí, en ese momento, es negocio. Yo le temo mucho a Migración.

—¿Vives con miedo?

—Sí. Yo me paro todos los días y le pido a Dios un día más.

—¿Pero tú piensas que en cualquier momento puedes morir por estar acá, haciendo esto?

—Sí, mami, sí. Porque yo tenía unas amigas y ellas se fueron para un sitio, se las llevaron para un negocio. Yo le dije a una que no se fuera a ir y ella me dijo, “Yo me voy a ir porque yo tengo tres niños en Venezuela, tengo que mandarles comida, las cosas, los remedios”, y se fue. Y nunca llegó. A los días me enteré que la desaparecieron, y no supe más nada de ella.

—¿La conociste acá?

—Sí, en el trabajo, en el parque Mercedes. Ella se fue por su propia voluntad, pue. Le pagaron su pasaje, de todo, que le iban a dar desayuno, almuerzo y cena, que iba a salir los lunes a ver sus hijos, su broma, su cuestión. Los primeros días yo tenía contacto con ella del teléfono de una amiga de ella, ella

decía que no podía tener teléfono porque supuestamente el dueño, el jefe, no permitía. Me escribía desde números diferentes y me decía: “Yo estoy bien, tranquila, yo estoy bien”. Y siempre me decía lo mismo: que estaba chévere, tranquila. Hasta que me enteré que ella se quería escapar, pero no se pudo escapar y la desaparecieron.

—¿Y en dónde la tenían?

—Mira, ella no me supo decir nada, no me dijo. Me decía: “Mira, no puedo hablar mucho”.

—¿Y quién te dijo que la habían desaparecido?

—Otra muchacha que sí se pudo escapar, que también estaba con ella. Ella se pudo escapar y llegó golpeada, llegó morada, rasguñada, hasta apuñalada y todo. Llegó así al parque Mercedes. Desnuda, descalza, cortada. Ella sí se pudo escapar, pero la otra muchacha no.

—¿Y la que se escapó está viva?

—Sí, gracias a Dios ya está en Venezuela, ella quedó... De verdad, ella quedó como en shock.

Colombia es un país en el que la trata parece invisible. La legislación es flexible y, por lo mismo, las autoridades no siempre tienen claro cuándo se configura el delito.

A la trata la caracterizan cuatro verbos rectores: captar, trasladar, acoger o recibir a una persona, dentro del territorio nacional o hacia el exterior, con

fines de explotación. Es decir, la trata significa comercio. Como lo explica Liliana Forero Montoya, consultora en temas de violencia sexual: “Tratar es comerciar. Se suele confundir con secuestrar, con estafar, engañar a una persona para algo, pero no. La trata es simplemente captar a una persona, es decir, invitarla a una forma de explotación. Trasladarla o acogerla con el mismo fin. Y existen diferentes formas de explotación: sexual, laboral, extracción de órganos, explotación de mendicidad ajena. El delito de trata se crea a nivel

internacional para evitar que los seres humanos sean tratados como mercancía”. Pero lo que parece tan claro bajo las palabras de Forero, no lo es para quien está obligado a prevenir. Las autoridades, en especial en la frontera, parecen no entender que solo se requiere incurrir en un verbo rector para que se configure el delito.

El mercado ilegal que está tomando fuerza en la frontera colombo-venezolana es la trata de personas con fines de explotación sexual, y las migrantes venezolanas son las principales víctimas.

A finales de 2019, el gobierno reveló que ya eran 615 casos de este delito cometidos en los últimos seis años y entre los lugares más afectados no figuró la frontera. Las alarmas se prendieron fue en Valle del Cauca, Antioquia y Bogotá. Forero explica que esto ocurre “porque ahí están los principales aeropuertos internacionales. Colombia es un país negacionista de la trata, visibiliza aquellas víctimas que ya detectaron en el exterior, que llegan a Colombia y aquí empieza la ruta de atención, que está pensada solo para víctimas colombianas

que fueron tratadas en el exterior. Pero no ve la trata interna, mucho menos la trata de personas migrantes que entran por las diferentes fronteras”.

Para abril de 2019, según un informe que difundió el Banco Mundial, 3,7 millones de personas habían abandonado Venezuela y de estas, un millón doscientas mil estaban en territorio colombiano. Las migrantes huyen para salvar la vida y en Colombia terminan encontrando la muerte: las violan, las maltratan, algunas caen en una red de trata y, una vez las utilizan, las desaparecen o asesinan; grupos armados e integrantes de las autoridades hicieron de ellas un botín.

Ya es de noche. Algunas ya se han ido en taxi y a las que quedan me ofrezco a llevarlas de regreso al parque, todas viven en ese sector. Aceptan el aventón pero me advierten que debo dejarlas bajar del carro una calle antes de llegar. Me recuerdan que no las pueden ver conmigo. Les digo que debo hacer unas tomas de video nocturnas del parque, les pregunto que si eso no las mete en problemas. Me dicen que no pasa nada desde que no me dirija a ellas. Que las tengo que ignorar.

Llegamos al parque Mercedes Ábrego o, bueno, a una cuadra antes del parque y se bajan y se dispersan. Y ya en el centro de la plazuela, quince minutos después de separarnos y mientras grabo, veo a Gabriela alejarse. Supongo que está cansada y se quiere ir a dormir.

De pronto, un carro negro desacelera cuando la ve y se le hace a un lado. Algo le dice el conductor, ella ladea un poco la cabeza para escuchar y luego levanta un brazo y señala alguna dirección frente ella. Sigue caminando pero el carro no se va. Se le ve cansada. Lloró todo el día. Escupió, con asco y con furia, la historia de su violación. El conductor insiste. Entonces ella frena el paso, inhala profundo, se voltea del todo hacia el piloto y, doblando su cuerpo hasta posar sus codos en la ventanilla del conductor, sostiene una conversación. No sé qué hablaron, fue rápido. Gabriela se levanta, el carro permanece quieto, ella lo bordea pasando por el frente y llega hasta la puerta del copiloto. Parece que toma la manija y que va a abrir, pero antes de abrir la puerta mira hacia su derecha, mira hacia su izquierda y, por último, posa su mirada al frente, hacia el parque, que es donde estamos nosotros. La observo y siento que ella también me observa, después me doy cuenta de que no es así. Gabriela solo busca un par de ojos amigos que sirvan de testigos de lo que está a punto de hacer, que la vean por última vez. Abre la puerta, se monta en el carro y se van.

¿Qué dirán de Gabriela si un día aparece muerta?

Al menos yo diré que era buena, que intentó sobrevivir en un camino brutal. ©

Julio es el mes de León. El de los calores reverberantes en las orillas del Cauca y el de sus fechas de principio y fin. El 22 de julio se cumplen 125 años de su nacimiento en Medellín, la villa de los “menjurjes bursátiles”. Y el pasado 11 de julio se cumplieron 44 años de su muerte en Bogotá, cuando gozaba de una pensión ganada en escritorios de distinta escala burocrática. Este perfil apareció unos días después de su muerte en la revista *Alternativa*, fogón político y cultural del momento en Colombia.

El otro León de Greiff



León de Greiff. Fotografía Rodríguez, 1899. Archivo BPP.

León de Greiff, el gran poeta colombiano, acaba de morir y, como siempre, la prensa oficial está dispuesta a recuperar a los disidentes, canonizándolos después de muertos. Con León de Greiff no podrá hacer eso: su vida y su obra, tan indisolublemente ligadas, no admiten semejantes apropiaciones. Este inquebrantable hombre de izquierda que nació el 22 de julio de 1895 en la Villa de la Candelaria de Aná del Aburrá, mantuvo a todo lo largo de su vida una actitud tan digna y erguida enfrente de los poderes tradicionales, que bien vale la pena repasar esa trayectoria ejemplar. Bautizado en la iglesia de la Veracruz de Medellín, su padre, ante la observación del cura de que León era nombre de animal, respondió enérgico: “El animal es usted. No sabe que el papa de ustedes los católicos es León XIII”, agregando luego que no era bautizado así en honor de este, sino de León Tolstói, el gran novelista ruso.

Expulsado del Liceo Antioqueño por un incidente con un jesuita centroamericano “insufrible como catedrático” y a quien le organizó en clase una revuelta de cucarones, ya en ese entonces efectuaba burlonas parodias de Guillermo Valencia. Se inició luego en la Escuela de Minas de la Universidad Nacional, donde estuvo por tres años, apareciendo en la matrícula como: NO CATOLICO. “Me preguntaron mi religión y dije que era librepensador. Me dijeron que eso no era religión. Traté de explicarles y resolvieron rebautizarme así. Oh, las intonasas gentes dando siempre opiniones”.

Una sociedad beata

Ya en ese entonces empezaba a vislumbrarse su capacidad crítica en relación con la sociedad en que vivía. Un texto de 1914, “Villa de la Candelaria”, es elocuente acerca de esa actitud: “Gente necia / local y

chata y roma. / Gran tráfico en el marco de la plaza. / Chismes. / Catolicismo. / Y una total inopia en los cerebros... / Cual / si todo / se fincara en la riqueza, / en menjurjes bursátiles / y en un mayor / volumen de la panza”. En 1915, con carátula diseñada por Ricardo Rendón, aparece en Medellín la revista *Panida*: el gran caricaturista, incisivo y mordaz, el gran poeta y los 13 Panidas, entre los cuales se destacaba Fernando González, iniciaban así su vida pública, satirizando una sociedad beata y demasiado conservadora.

“Lejos de Santanderes y Bolívars” transcurría, entonces, la existencia de León, quien fue, toda su vida, un honesto y cumplido funcionario público, rigurosísimo en el cumplimiento de su horario, lo cual no interfería, claro, sus peripecias bohemias. En esa época es cuando trabaja en el Ferrocarril Troncal de Occidente en Bolombolo, donde su poesía empieza a fijarse con atención lúcida en la gente y el paisaje colombiano. Se ha querido, por parte de una crítica incompetente, situar siempre a León de Greiff en un ámbito nórdico y legendario, olvidando que su obra, en todo momento, ha partido, recreándola, de la circunstancia y los motivos nacionales. Desde Rosa del Cauca hasta Itagüí nadie ha sido más fiel a su tierra: “Oh Bolombolo, país exótico y no nada utópico”.

Los Nuevos

Luego León de Greiff viaja a Bogotá, allí se empieza a conformar, bajo el influjo de la revolución rusa de 1917 y con aire de inconformismo, el grupo de Los Nuevos: integrado, además de él, por Luis Vidales, Rafael Maya, José Umaña Bernal, los hermanos Felipe y Alberto Lleras Camargo, Germán Arciniegas y José Mar, en torno a los seis números que aparecieron de una revista homónima, “bastante mediocre”, según la confesión de alguno de sus redactores. Los

Nuevos se enfrentaron a la generación del Centenario, y si bien alguno de ellos, Lleras Camargo, Arciniegas, pasaron a convertirse, al poco tiempo, en hijos putativos (y nunca el término ha sido más exacto) de los centenaristas, otros, como De Greiff y Vidales, mantuvieron siempre su distancia y su repulsa ante los Eduardo Santos y los Laureano Gómez, que manejaban el país.

La publicación en 1925 de su primer libro, *Tergiversaciones, Primer mamotreto*, y la aparición, el año siguiente, de *Suenan timbres*, de Luis Vidales, constituye el inicio de la vanguardia poética en Colombia. Humor, sarcasmo, irreverencia: estos jóvenes poetas empezaban a sacudirse de encima una herencia abrumadora de retóricos patrioterros, que habían mistificado totalmente nuestras letras para usarlas como instrumento de poder; un medio más de engañar y alienar. En cambio, De Greiff y Vidales ironizaban y caricaturizaban un medio provinciano riéndose de todo, especialmente de ellos mismos. Esta ironía, corrosiva, les impedía tomarse en serio y convertirse en los figurones grandilocuentes en que se han convertido la casi totalidad de los poetas colombianos.

La prisión

El 9 de abril de 1948 León de Greiff es destituido de su puesto y en 1949 sufre prisión “y en que ergástula”, con sus compañeros Diego Montaña Cuéllar, Jorge Zalamea y Alejandro Vallejo, constituyéndose así en “el decano de los presos políticos en Colombia”. Pero nada de esto interfería el crecimiento, cada vez más vigoroso, de su vasta obra poética.

En 1930 aparece *Libro de signos, Segundo mamotreto*; en 1936, *Prosas de Gaspar, Tercer mamotreto* y, en el mismo año, uno de sus libros definitivos: *Variaciones alrededor de nada*. Dejemos que sea un crítico, Hernando Valencia Goelkel, quien nos diga



León de Greiff. Gabriel Carvajal Pérez, s.f. Archivo BPP.

en su recopilación, *Crónicas de libros*, en qué consiste la tan mentada originalidad de León de Greiff. Dice Valencia: “Simplemente, es un hecho insólito en cualquier latitud y que en Colombia cobra dimensiones injuriosas: la de ser tal, la de la fidelidad a sí mismo. En este país de estilos intercambiados, en esta capital de *man*, del *on*, del *se*, la actitud de León de Greiff es tan insólita que escapa a la comprensión. Así, su obra da testimonio de una perseverancia, de una consecuencia, de una evolución interior, pero es también como el anverso de un momento en la vida de una nación. Es también una negativa prolongada y austera a inclinarse ante requerimientos de una burguesía que confunde la catatonia con el dinamismo”.

Desenfado y alegría

De ese modo, la obra de León de Greiff, impar, iba suscitando alrededor suyo un gran silencio; más tarde se prefirió alabarla y exaltarla, otorgándole premios que los idiotas recolectores de impuestos pretendían quitarle, pero todo este aspecto anecdótico en torno a su figura, sus amigos, su tertulia en El Automático no podía ocultar la verdadera dimensión del poeta, quien mantenía explícita su fe en la revolución socialista: sus viajes a Rusia, sus viajes a Cuba, su admiración declarada por el Che, su vinculación al Comité por la Liberación de los Presos Políticos, su trabajo en pro de la revolución cubana y su respaldo constante a la causa de la izquierda en Colombia.

Que el más importante poeta colombiano, sin lugar a dudas, de este siglo, haya muerto, no constituye, entonces, un pretexto para necrologías y editoriales lacrimosos: su obra vasta, polifacética, está viva, intacta, comunicándonos su desenfado y su alegría, su vinculación con lo mejor de Colombia y con el hecho de que en ella los colombianos nos reconocemos e identificamos en la misma medida en que en la persona de León de Greiff reconocemos al más auténtico de nuestros escritores. ©

Balada del tiempo perdido

Por Leon de Greiff

I
El tiempo he perdido
y he perdido el viaje...

Ni sé adónde he ido...
Mas sí vi un paisaje
sólo en ocres:
desteñido...

Lodo, barro, nieblas; brumas, nieblas, brumas
de turbio pelaje,
de negras plumas.
Y luces mediocres. Y luces mediocres.
Vi también erectos
pinos: señalaban un dombo confuso,
ominoso, abstruso,
y un horizonte gris de lindes circunspectos.
Vi aves
graves,
aves graves de lóbregas plumas
-antipáticas al hombre-,
silencios escuché, mudos, sin nombre,
que ambulaban ebrios por entre las brumas...
Lodo, barro, nieblas; brumas, nieblas, brumas.

No sé adónde he ido,
y he perdido el viaje
y el tiempo he perdido...

II
El tiempo he perdido
y he perdido el viaje...

Ni sé adónde he ido...
Mas supe de un crepúsculo de fuego
crepitador: voluminosos gualdas
y calcinados lilas!
(otrora muelles como las tranquilas
disueltas esmeraldas).
Sentí, lascivo, aromas capitosos!
Bullentes crisopacios
brillaban lujuriosos
por sobre las bucólicas praderas!
Rojos vi y rubios, trémulos trigales
al beso de los vientos cariciosos!
Sangrantes de amapolas vi verde-azules eras!
Vi arbolados faunales:
versallescos palacios
fabulosos
para lances y juegos estivales!
Todo acorde con pitos y flautas,
comamusas, fagotes pastoriles,
y el lánguido piano
chopiniano,
y voces incautas
y mezzo-viriles
de mezzo-soprano.
Ni sé adónde he ido...
y he perdido el viaje
y el tiempo he perdido...

III
Y el tiempo he perdido
y he perdido el viaje...

Ni sé adónde he ido...
por ver el paisaje
en ocres,
desteñido,
y por ver el crepúsculo de fuego!

Pudiendo haber mirado el escondido
jardín que hay en mis ámbitos mediocres!
o mirado sin ver: taimado juego,
buido ardid, sutil estratagema, del Sordo, el Frío, el Ciego.

*Perfil publicado en
Alternativa # 90.
19 de julio de 1976.



Una tarde cualquiera

por ANDRÉS ESTEBAN ACOSTA

Ilustración de Sara Serna Trujillo

A Castro

Así que la filosofía no podía ser solamente la lectura de un texto clásico señalada con notas a lápiz, bajo el amparo de una bombilla de luz amarilla y el sabor de un tinto oscuro sin azúcar. Con seguridad, Sócrates se aburriría en esa situación de habitante de hogar, sin la posibilidad de ir a participar de un banquete para hablar del amor y tomar vino. También se vendrían a menos los peripatéticos, que pensaban mientras deambulaban siguiendo y comentando las lecturas de Aristóteles. Para no ir tan lejos, Fernando González, andador a pie por trochas, filósofo de tertulias, se sentiría impotente ante la imposibilidad de emprender sus caminatas. La filosofía necesita el espacio público, la calle y los transeúntes, la retahíla de los vendedores ambulantes, las campanas de iglesia invitando al rito, el grito tras el ladrón que huye.

El profesor de filosofía, a punto de recibir su jubilación, no soportó más el ambiente de encierro y abandono extendido durante tres meses. La normativa nacional obligaba al confinamiento y al uso de tapabocas con el fin de contener la propagación del virus. Se lanzó a las calles en su bicicleta Campagnolo clásica, la misma que le había regalado su padre cuando vino de El Santuario a estudiar a Medellín y con la cual recorría en semana la distancia que lo separaba de su casa al trabajo en la universidad, la misma con la que los fines de semana coronaba el alto de Las Palmas. Señaló el pasaje de la carta seis del libro *Cartas a Lucilio* de Séneca y lo transcribió en una hoja de libreta que guardó en el bolsillo de su camisa: "Sin embargo, la palabra viva y el trato directo te harán más bien que el discurso; conviene que acudas a la vida real, primero porque el hombre da más crédito a los ojos que al oído, después porque el camino de los consejos es largo y el del ejemplo es corto y efectivo". Asumió esta frase como un modelo, la máxima final de toda una vida entregada a la lectura y a las clases. La filosofía estaba afuera. Comenzaba en el encierro, en la soledad, pero rápidamente exigía incorporarse a la ciudad, al mundo.

Su pasión por el ciclismo le venía por un tío que participó en carreras departamentales. En conversaciones de infancia el tío le decía que el ciclismo era como la vida. Nunca aclaró por qué esta similitud, pero la frase escueta le dejó muchas preocupaciones al muchacho.

Ya adulto, cuando salía a montar en bicicleta pensaba siempre en la frase de su tío y ensayaba respuestas. Mientras fumaba sus cigarrillos President y soplaban un tinto, intentaba una salida a esa frase enigmática. Alguna vez, en medio de un congreso de filosofía antigua, presentó un trabajo que sorprendió a los académicos invitados: "Sócrates hubiera sido ciclista". En su ponencia defendía que Sócrates fue el primer filósofo del sacrificio, de la entrega total por la existencia, el primer gregario, sin afán de una vida para el éxito. Sócrates fue el prototipo de ciclista, convocado a la reflexión y a la lucha con el camino o con la carretera.

Filosofía y bicicleta se conjugaban como pasión y estilo de vida. Fue una tarde de sábado cuando el profesor salió de su casa en la calle 9 en El Poblado, una cuadra abajo del parque. Cionó su casco a la cabeza, arremangó una de las botas del pantalón color caqui y se despidió del argentino y del italiano, vecinos dueños de una charcutería y una pizzería del sector, que hablaban con sus tapabocas a medio ajustar de la difícil situación de sus negocios.

El trayecto en bicicleta se fue convirtiendo en una revisión de los lugares de encuentro o de refugio cuando lo que se busca es proteger la soledad. La tienda del barrio Manila donde hay que tomarse la cerveza afuera por escasez de mesas, el tinteadero de la avenida El Poblado donde se lee el periódico y se comentan los resultados deportivos. Los lugares tradicionales de un típico habitante de los escenarios de la reflexión coloquial, esos que para muchos son lugares para borrachas y desocupaciones, pero que en realidad son

epicentros de una que otra frase bien dicha, destellos de lucidez en medio de tanta palabrería.

Ya en la ruta de Las Vegas aparecieron más personas. Trabajadores que no podían darse el lujo de perseverar en el encierro porque de su día a día dependía el sustento de un hogar, mecánicos con el tapabocas engrasado cambiando llantas o aprovechando la sombra para la conversación. Progresivamente se configuraba el ambiente del Centro. En San Juan ya era evidente que un asomo de multitud estaba desplegado en la ciudad como si se habitaran los días de la llamada "normalidad". Además de los atuendos de seguridad, lo extraño eran las cintas en las entradas de algunos locales, las rejas cerradas de lugares tradicionales. Entre ellos, para dolor de ese espíritu nostálgico que se movía lentamente por la vía señalada para las bicicletas, el famoso Málaga, salón que frecuentaba algunos viernes en la mañana para reunirse en una tertulia de música vieja.

Y mucho más dolor cuando recorrió Junín y no encontró los viejos que se apoderaban desde las horas de la mañana de las sillas de madera a unos pasos del Astor. Algunos resistían con el obligatorio tapabocas, quizá otros permanecían en casa ilusionados con el regreso a la calle más famosa de Medellín a sentarse y ver pasar el tiempo. Versalles, el típico restaurante de empanadas argentinas y jugo de mandarina, el acopio de escritores del ayer y alguno que otro de los nuevos, a medio abrir con sus mesas selladas y su famoso segundo piso a oscuras, esperando que tal vez con los días y la suerte retornara el ruido de fondo de las conversaciones.

Y al final, el Parque Bolívar. El profesor compró un café en Versalles y se dirigió a una silla cercana al CAI. Se sentó cerca de un embolador que tenía el tapabocas sobre su caja mientras se fumaba un cigarrillo. Él también encendió uno y sorbió el café.

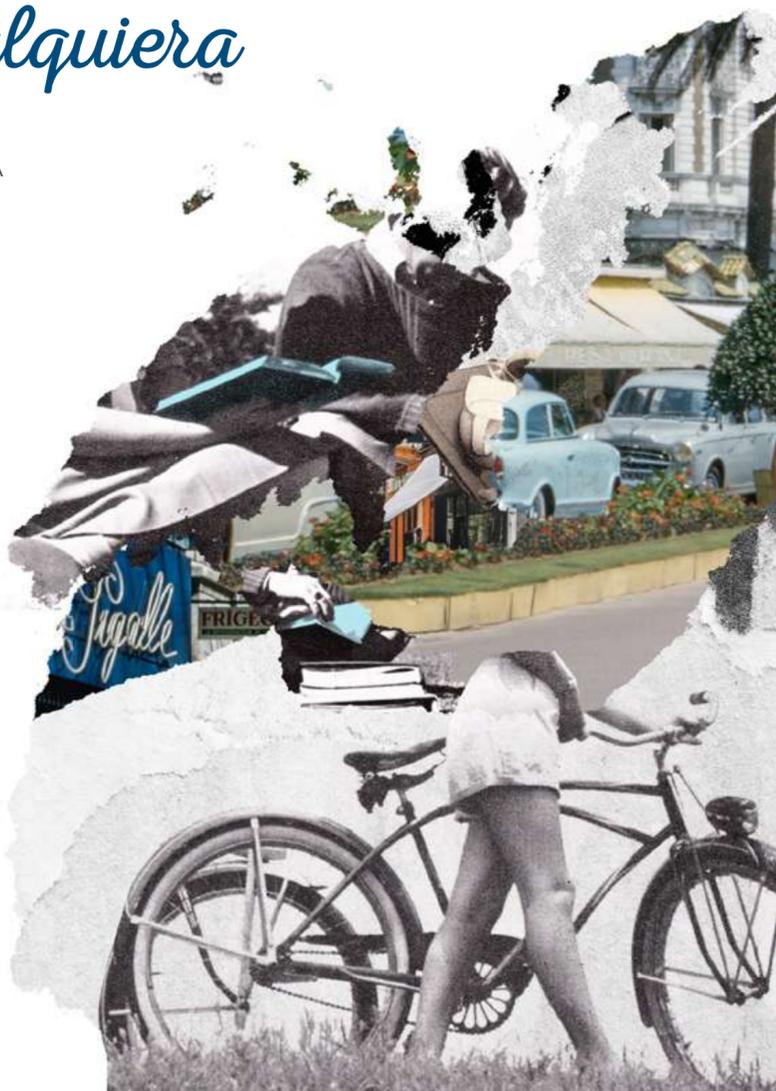
Sacó su libreta mientras el embolador limpiaba sus tenis y cantaba un bolero que sonaba en un

radio de pilas sintonizado en la emisora Claridad. Anotó: "Tenía razón Aristóteles: 'nadie elegiría vivir sin amigos incluso aunque poseyese todos los demás bienes'. Las calles del centro se amontonan de personas que evitan cruzar sus rumbos. Si antes nos ahogaba el aire contaminado, ahora nos ahoga la sospecha. Hace falta la palabra amiga en este paisaje. Alguien que nos devuelva al afecto. Es difícil encontrarnos en el miedo".

El profesor caminó alrededor del parque y subió por Caracas, giró por Sucre hasta Ayacucho. Bajó al pasaje La Bastilla y preguntó por su amigo librero con el que solía hablar de literatura. Le dijeron que seguía en casa, que solo un par de veces había pasado por el local a sacar libros. Siguió la vía del tranvía, dobló por El Palo en contravía y paró en Adiós muchachos, un bar de tangos que le gustaba. La cinta amarilla de "peligro" separaba la barra de los clientes. Solo venta de tinto y mecate. Tal vez, por el olor, un trago de licor en un pocillo. Sana costumbre. Un saludo rápido y el regreso a casa derecho por la Oriental hacia el parque de El Poblado.

Parque de El Poblado. Descansó en una silla mientras un perro negro olía la llanta delantera de su bicicleta. Anotación en la libreta: "Tarde lluviosa. Pasan pocos autos por la avenida. Una señora saca su carro para vender tinto y empanadas a los taxistas. Una pareja joven se abraza en las escalas del parque mientras se cubren con una chaqueta. Recuerdo rápido de un amor del sur que empezó en estas sillas. Un reciclador pasa en una bicicleta cargando dos costales al hombro. Tenía razón el tío, el ciclismo es como la vida. La ciudad tiene movimiento, se reconfigura en las cotidianidades, se resiste a ser un espacio olvidado. El camino termina en un punto de fatiga y de anhelo. Ensayos de filosofías mínimas".

El profesor tomó su bicicleta y la llevó impulsada con sus manos hasta la puerta de la casa. Su acto filosófico por la ciudad había terminado como si fuera una tarde cualquiera. ©



48 años juntos

48 años tejiendo lazos que nos unen
y que sin importar las pruebas que nos pone la vida
cada vez se hacen más fuertes.

¡Gracias por tanta confianza!

La diferencia está en confiar

confiar
coop

Cómo resucitar pájaros

por SILVIO BOLAÑO ROBLEDO • Ilustración de Johan Salazar

A los amigos de Carlos E. Restrepo

¿Nunca había escuchado que uno puede resucitar pájaros?, será porque usted es de ciudad pues fueron muchos los que nosotros resucitamos, cuando éramos niños, allá en Caracolí. Es fácil: basta con poner una ponchera encima del avichucho aporreado y darle golpes hasta que reviva. No se ría que es en serio: cuando vea que un pájaro se golpea contra una ventana o que se cae —porque ellos también se caen— y quede mareado en el suelo, usted debe buscar una coca, ponérsela encima y pegarle: ¡tas!, ¡tas!, ¡tas!, ¡tas!, como si el bicho estuviera en una cámara de reanimación, y verá que el mancito se despierta. ¡Por Cristo!, ¿no me cree? Tiene que hacerlo rápido. No se trata de volver a armar al pájaro si le pasó encima un camión, esto no rompe las leyes de la termodinámica: usted le pone una “totuma” y le cascra de la manera que le estoy explicando hasta que, por la vibración y esas chimbadas, el pajarito resucita. Por Cristo.

Lo anterior me fue revelado por el doctor en Física del barrio Carlos E. Restrepo, recién se desatara la contingencia mundial por el coronavirus. Lo apolíneo tiene la función de separar entidades invisibles como musas o virus. El científico sacaba a pasear a su perro y yo le había pedido el favor de que me imprimiera

una historia clínica de mi mamá, que lleva tres años enferma y los médicos no han podido dar con un diagnóstico. El perro, un jugueteón *bull terrier* de nombre Bronce, miraba una rechoncha paloma que caminaba sobre el parqueadero del granero de Miguel. Mi madre parecía una palomita de la paz pero ya pesa cuarenta kilos, lo mismo que pesa Bronce. A los animales y a los hombres nos une el terror a la muerte, pero nosotros sí tenemos conciencia lingüística para nombrarlo. ¿Quién me dijo esto ayer? “Por la vibración y esas chimbadas, el pajarito resucita...”. Lo que hubieran dado los alquimistas por descubrir el secreto que se esconde tras la expresión, aparentemente infeliz, de “esas chimbadas”.

Dejamos el tema del oficio de resucitador de pájaros porque en ese momento salía el panadero de su panadería, se bajaba la mascarilla y, antes de subir a la camioneta, me gritaba: ¿Cuándo se iba a imaginar que tendría que salir a la calle con tapabocas? ¿Tomar distancia de familiares y amigos? ¡Ahora sí que va a tener tema para escribir! Este es el futuro, ¡papá!, ¡y nos agarró con los calzones abajo! ¿O qué?... ¿Tienen pan trenza? No, ese debe ser consumido el mismo día, lleva mucha mantequilla y queso, no lo estamos produciendo en pandemia. ¿Qué es lo que más está vendiendo? La mogolla y el pan blanco.

No me gusta escribir sobre mis opiniones pero si tengo alguna sobre lo anterior es que un resucitador de aves necesita tener varias totumas. A la vez me parece recordar que el oficio de los niños, desde épocas inmemoriales, ha sido el contrario: tumbar pájaros a pedradas. Tal como la estatua a la madre que hay en todos los pueblos simboliza su amoroso habitat, de existir una estatua al hijo la instalación consistiría en una cicla a su lado y una pelota bajo el pie izquierdo, mientras sus manos desafiarían al emplumado universo con una honda cargada de una pepa de mango. He descrito un David sonero ante el sempiterno Goliat. Resalto la actitud pueril, enemiga natural de aves y felinos, pues no ha sido solo uno el niño viejo quien me ha confesado sus fechorías con la cauchera: “Cuántos pájaros maté por jugar a la crueldad, y ahora les pongo frutas y tiro pan en las tardes”, son frases recurrentes, tanto como la de “el fútbol no es lo que era antes”. Así funciona el karma: unos resucitan aves con totumas, otros comparten su pan para alimentarlas. Ernesto Cardenal nos enseñó a salvar pájaros de otra manera: a través de su música imaginaria. Vamos a probarlo.

En la mañana y en la tarde en los árboles del barrio Carlos E. canta el bichofué: bichofué, bichofué, bichofué. Canta sin importar si es inicio o fin de mes. Y

las loras, sonrientes y aparejadas, desde el cerro Nutibara y El Volador, van y vuelven mientras lanzan carcajadas: juajuajua. Son locas, así no estén mojadadas, como sus primas las guacamayas de colores amarillos, azules y rojos, la bandera de Colombia que es muy linda sí señor, y se lava la carita con agua y con jabón. ¡Viva el DIM el Poderoso!, ¡y óle mi Nacional!, ¡viva el Partido Liberal!, juajuajua, hijueputas vienen e hijueputas van. Cantan las loras del valle de Aburrá.

Pero el currucutú, que le parcha más la noche ya que es bohemio y anda de frac pues canta boleros, desde el amarbollo contempla las copas de los árboles y más allá pichones, zarigüeyas, ardillas, batracios, tortugas, lagartijas, grillos, lombrices, cucarachas y a todas las formas vivas del barrio comparte, exuberante, su ¡currucutú, currucutú, currucutú! El azulejo se posa sobre las hojas de las plantas del jardín en MercaCer para comer banano, cantar pispiririsi-risi-risi y mirar en todas las direcciones: atiende un pispiririsi-risi por respuesta. Los azulejos se parecen a las tías cuando hacen visita. Pero hay que tener paciencia para diferenciar sus cantos ya que el pispiririsi-risi del azulejo se funde con el piarpiarpiar-pirí del petirrojo americano, y así durante un instante los jardines del bloque 80 suenan pispirisi-pirí.

De esta manera petirrojo y azulejo etablan la *jam session* en el bulevar. Algo que parece del agrado de las tórtolas, cuya presencia es escasa en el suelo cascado de Playa Morsa: buscan su merienda y trinan urruuu-urruuu. Las tórtolas dan rondas por los tubos de colores de la obra *Cromointerferencia*, hábitat del que han sido desplazadas las neas de la Villa de La Candelaria. No abundan las palomas ni las tórtolas porque hay niños y gatos y perros y gavilanes, sus depredadores directos. Esto se llama ciclo ecológico. El atrapamoscas sulfurado sí que sabe de ciclo ecológico pues canta pisesú-pisesú, haciendo el seseo más paisa al final del pisesú y no a causa de la ingesta de mazamorra con panela sino para seducir lagartijas y lombrices; cuando muestra el pecho amarillo con chocolate su pico apunta al reptiliano alimento. Atrapamoscas sulfurado es un óptimo nombre para un superhéroe barrial que luce por los derechos de nuestros neas.

La piranga rubra, en cambio, tiene nombre de grupo de rock local, ya que en nuestra época preferimos nombres que aparentemente no significan nada para no tener nada que, en apariencia, significar. Pichurú-pichurú-pichu, trina vanidosa, como en una choza cerca del río Neiva, la piranga rubra en el almendro de la maceta frente al mural que pintaron en homenaje a Mauro, un vecino asesinado. El almendro lleva seis florecimientos en cinco meses. Estamos en aislamiento y contados vecinos y punkeros pacen a sus anchas; los zagales libres resisten la norma impúdica que constriñe sus albedríos. El almendro bota flores que pocos contemplan porque así dicta la ley. La piranga rubra es roja como un cardenal anarquista y su trino hace más rock que el de la silga mielera pues esta es punkera y hace tssisisis, como sin importarle el concurso de coros y conjuntos escolar. La silga está más allá del bien y del mal porque es pequeña y buena onda y pasa las horas piloteando la nave con su tssisisis, pegada del néctar de los bananitos amarillos y rojos por los que luchábamos con ellas en nuestra infancia, cuando la libertad consistía en bajar a Papitienda para comprar el Frescogourt de limón donde venían laminitas adhesivas de Maradona y Platini.

La soledad o barranquero llega puntual al mango que da sombra a la banca N°3 del bulevar, a las dieciocho menos cuarto. Mangos maduros dan cuenta de la prolongada ausencia del gremio de banqueros. El ave multicolor padece abstinencia del humo de sus amigos y de las empanadas de frisoles de MercaCer. Ningún gringo le toma fotos para Instagram ni se embelesa con su plumaje y tampoco se escucha su mántico cuaj-cuaj; ahora es menos barranquero y más soledad. Pero el mayo detrás de ella rapa su urbano pirurú-pirurú: busca las lombrices que haya dejado el coquito ibis que, ¡ganzá! temible tiene para remover el suelo!, y sus patas zancudas, inversas a las nuestras, lo asemejan a una pequeña cigüeña negra. A veces el coquito hace buaj-buaj y se levanta tras los círculos que dibujan los gallinazos bajo las nubes lechosas de Otrabanda. Entonces el mayo desafía el silencio con su hip-hop del pirurú-pirurú.

Pero en un instante vuelve el silencio y oscurece el cielo. La luz celebra el vuelo de un innombrable bú-bú. El temible bú-bú-bú que anuncia el saqueo que emprende el gavián. Las hadas saben del terror de los pichones al sentirlo cuando todavía los cubre la cáscara de sus huevos. El ser humano envidia y teme al gavián: quiere y no quiere ser como él. Bú-bú-bú anuncia y descende, rapaz, a por el ratón que da vueltas al Pulmón donde meditan los marihuaneros del Ñorse. Sus luces de oro y plata agradecen a los árboles mientras su vuelo asombra la placa deportiva del Inder. Es cuando el sirirí, ¡salve oh *tyrannus melancholicus* de La Iguanál, lanza en ristre acude a su arquetípica tarea: ¡sirirí-sí-sirirí!, acosa y, frenético, blande pico por espada al gavián. Arcana es la operación del melancólico tirano, émula de altruistas, herramienta del cosmos para regular al depredador: ¡sirirí-sí-sirirí!, ataca su traje de torero hasta cansarlo y regresa a las ramas del guayacán que sembrara la señora Lalinde. Campeador, sirirí trina su melancólico batallar mientras gavián, cazador cazado, da una ronda para rebuscarse la merienda a la quebrada La Hueso, en Naranjal.

—Dame dos panes blancos y dos mogollas para llevarle a mi mamá —digo al panadero—. Es tarde, ya cerramos la caja, mándeme mañana un mensaje por WhatsApp.

Sube a la camioneta. El científico y su alegre *bull terrier* se alejan rumbo al aislamiento. Los pájaros siguen cantando, su revelación continúa. Pago en el granero de Miguel. El bulevar está prácticamente vacío pero escucho que de los lados de MercaCer viene la voz inconfundible del auténtico jipi: “Hay una casa sola sin luz / donde yo logré ocultarme...”. Pelo blanco, botas Grulla; con una serpiente de madera en una mano y un micrófono imaginario en la otra. “Contento y sin dudas desperté / recordando aquella calle...”, canta y hace su *show* en un escenario de fantasmagorías, Juan del Viento. “Y entre mis sueños yo me vi / de pie / en la nueva calle... / Y yo ya no sufrí al ver que esa puerta se abre...”. La última vez que lo había visto estaba triste porque, siendo habitante de la calle, lo expulsaban de las esquinas, los baldíos y las ruinas que elegía para dormir: ¿Cómo me van a echar de la calle?, resoplaba. “Hoy siento dentro de mí / ¡el amooooor! / ¡Junto a la puerta del amor / te hallé y logré besarte...!”. Grita y lo saludo al pasar por la banca N°3, quiero hablar con él, preguntarle dónde ha pasado estos días de confinamiento. ¡Usted no me va a enseñar nada a mí!, gruñe, y se manda un trago de su raro alcohol. Bajo la bóveda celeste los pájaros caídos trinan el canto cósmico del barrio Carlos E. Restrepo. “...Mis sueños son ya realidad, amor...”, continúa Juan del Viento, como las demás aves: sin prestarme atención; y yo repito la letra de la canción mientras cruzo el puente de Colombia. ©



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

OTRAS VOCES, OTROS ÁMBITOS

Lo pasé muy bien durante mi estancia en España, hace de aquello un tiempo inmenso. Pero nunca pude habituarme, en mi calidad de modesto cinéfilo, a la absurda costumbre del doblaje cinematográfico. En esa época solo en dos teatros madrileños las películas hablaban con su voz real; el uno era la cinemateca, y el otro, si no recuerdo mal, el cine Gayarre. Un minúsculo oasis para la nutrida oferta de salas, donde, en filmes de todas las nacionalidades, los actores se expresaban sin excepción en el más rotundo español. Ver en esas condiciones películas de Bergman, de Truffaut, de Fellini, de Tarkovski, de Hitchcock, te hacía sentirte un exiliado.

Cedo la palabra al crítico —español— José Luis Sánchez Noriega: “La interpretación también se hace con la voz; doblarla hace desaparecer el timbre particular del actor, la prosodia (...) el acento de una región o un grupo social concretos...”.

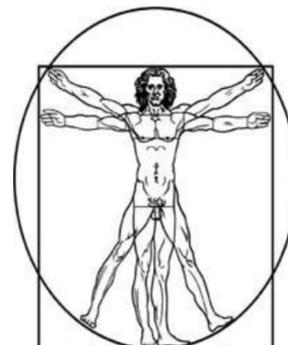
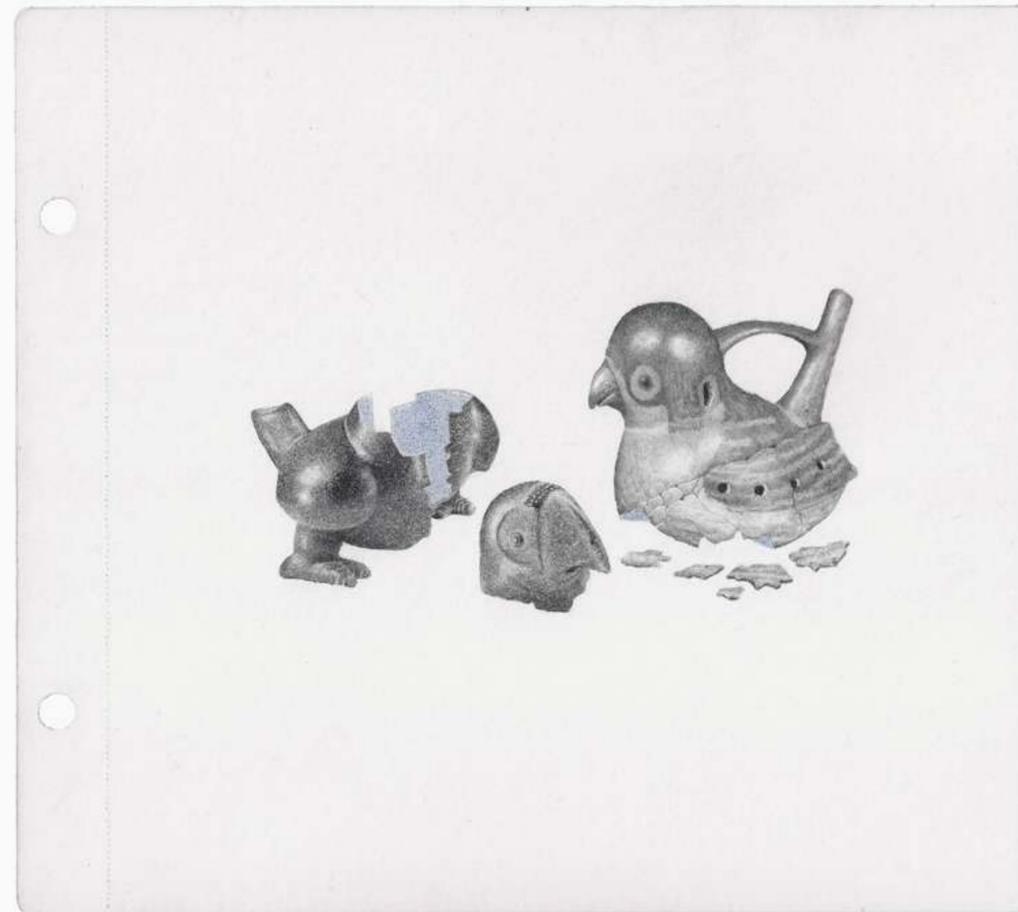
Pues eso. Nunca pude entender aquella norma y menos la pasiva complacencia de los espectadores, que además empezaban a conocer aires de destape. Cuando planteaba el tema ante algún nativo, me miraba con asombro, como si cuestionar ese escamoteo fuera una simple gilipollez; en fin, no quiero añadir obviedades, apenas consignar que tal estado de cosas sigue vigente en la madre patria. Condolencias, hermano ibero. ¿Has pensado alguna vez que nunca oírás hablar a Audrey Hepburn?

P. D.

Aunque no guarda relación con lo dicho arriba, una curiosa anécdota corrobora, desde su esquina, las falacias del doblaje: en *Mogambo* (John Ford, 1953), Grace Kelly hace parte de un triángulo que bordea (o traspasa) los límites del adulterio; bajo la censura franquista, el doblaje dio otro destino a Kelly, quien pasó de esposa infiel a simple hermana (no tan simple, hay que decirlo, pues compartía lecho con el hermano). El anestesiado público aceptó sin parpadeos la nueva situación, sin duda más sugestiva.

CODA

Para escribir bien hay dos requisitos. El primero, sobre qué. David Eufra-sio Guzmán eligió y recreó unas cuotas de memoria, fragmentos ubicados en una unidad residencial, una finca, una casa de barrio alto con sabor cubano. El otro requisito, bien se sabe, es el talento. Husmea, lector, esas páginas, y verás qué bien huelen. Se habla aquí de un libro de cuentos (*Piel de conejo*, Editorial Eafit). Si tuviera que quedarse este cronista con uno, se quedaría con dos: *El último vuelo de la araña* y *En las barbas de Joséito*. También se quedaría con los demás. ©



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

Con ocasión de mi tercer y último viaje a China entre julio y agosto de 2015 me obligué a escribir un recuerdo al final de cada día: una imagen, una anécdota, una idea o una reflexión que me parecía potencialmente más imborrable que las demás y que al escribirse se hacía aún más indeleble, se volvía más irrevocable en su cualidad de recuerdo futuro.

RECUERDOS FUTUROS

por EDUARDO BERTI • Fotografías por el autor



Vivía el presente como si fuera un recuerdo. Marcel Bénabou, *Por qué no he escrito ninguno de mis libros*

Recordaré a la joven empleada de la aduana del aeropuerto de Pekín mostrándole a su colega, sentada al lado de ella, la foto en el pasaporte de mi hijo y recibiendo como respuesta inmediata una sonrisa cómplice.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para ver si somos bien recibidos.

Recordaré que hace tres años, la última vez que estuvimos en Pekín, el metro costaba dos yuanes, mientras que hoy ciertos trayectos llegan a los siete yuanes, lo que equivale a un euro.

Recordaré que vi en la línea 1 del metro de Pekín al primer chino albino de mi vida.

Recordaré el restaurante de la calle fantasma de Pekín donde los mozos se visten como en tiempos de Mao.

Recordaré el gusto a ciruela del vino amarillo y esa antigua costumbre según la cual los padres compran un puñado de botellas de vino amarillo siempre que nace una hija: botellas que solo abren años después, cuando esta hija se casa.

Recordaré mi propia voz gritando con fuerza *fu wuyan* (camarero), como por cierto lo hace todo el mundo con tal de no convertirse en el hombre invisible del restaurante.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para hacer cosas desacostumbradas, para jugar, para imaginar lo que sería otra vida, para creer por un momento que vivimos, en efecto, otra vida.

Recordaré la hermosa librería San Lian de Pekín, abierta los siete días de la semana, veinticuatro horas sin pausa.

Recordaré que le dijimos a nuestra amiga Jinran que hace tres años había un enorme supermercado en la zona de Wangfujin y un café muy simpático en pleno barrio de Xidan, pero que ya no existen más, a lo que ella nos respondió: "Sí, no es fácil encontrar puntos de referencia sólidos en Pekín".

Recordaré a las muchachas y a los muchachos delgados como el bambú.

Recordaré la expresión *sai che*, equivalente a embotellamiento o caos de tránsito. Tres horas y media para hacer 110 kilómetros. Demasiados coches, mucha contaminación.

Recordaré las luces de la ciudad de Pingyao.

Recordaré las antiguas murallas de Pingyao.

Recordaré que ir a Pingyao es hacer un viaje al pasado.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para viajar no solamente en el espacio. Para engañar, aunque sea imposible, al tiempo.

Recordaré que me cuesta horrores diferenciar los nombres muy parecidos de ciertas comidas chinas, como *jiāozǐ* y *baōzǐ*.

Recordaré, al menos por algunos meses, la cara del obeso peluquero de la ciudad de Xi'an, y mi cara en el espejo, y el peluquero y yo tratando de comunicarnos, de entendernos. Y de haberme dicho, frente al espejo, que un corte de pelo en un país donde no hablamos la lengua es como poner nuestra cabeza en manos de lo impensado.

Recordaré a la tortuga viva en el supermercado Ren Ren Le de Xi'an. Ahí estaba ella, muy sola en su jaula de cristal, a la derecha de unos grandes peces nadadores, a la izquierda de unas pchugas de pollo inmóviles y lustrosas: entre la vida y la muerte.



Recordaré a la madre de mi amigo Shumin recitando de memoria, como si fuese un poema, la lista cronológica de las dinastías, sobre todo las últimas: Sui, Tang, Song, Yuan, Ming, Qing.

Recordaré que para los chinos el pasado se sitúa detrás, mientras que el futuro se encuentra delante. Un viejo poema de Cheng Ziang lo ilustra magníficamente: «Delante, no veo al hombre pasado / Detrás, no veo al hombre por venir».

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para mantener viva la sorpresa, para no olvidar la abundancia del mundo y la variedad del hombre.

Recordaré haber comido los fideos de Xi'an diciéndome: "Son los mismos que ha probado Marco Polo en esos tiempos lejanos y asombrosos, cuando en Italia no se conocía la pasta".

Recordaré para siempre la visita al Hua Shang, uno de los cinco montes sagrados del país, acaso el más célebre de los cinco. Hace dos años tendieron un cable de más de cuatro mil metros para subir los últimos ochocientos metros del monte por medio de un teleférico, y así alcanzar la cima a unos dos mil metros de altura. Un viento más potente que lo normal y el teleférico hace una pausa, suspendido en el vacío, como un pájaro perdido. En la cabina que se mece, apretados, vamos ocho pequeños seres humanos. Nadie dice una palabra durante cuarenta segundos.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para ver otros cielos.

Recordaré a mi mujer y a mi hijo jugando al bádminton en Xi'an con la tía de nuestro amigo Shumin, y a nuestro amigo Shumin explicando que en China llaman tío o tía, sin excepción, a todos los amigos más o menos próximos de los padres.

Recordaré las multitudes en las estaciones de tren.

Recordaré los trenes chinos de alta velocidad: blancos, largos y delgados como un interminable cuello de cisne. Y el hecho de que, en cada vagón, unas máquinas ofrecen agua caliente para un té o para que así rebroten los fideos deshidratados.

Recordaré, no tengo la menor duda, a mi vecina de al lado en el tren que fue a poner agua caliente en su envase plástico de fideos instantáneos y, volviendo a su lugar, derramó todo el contenido en mi asiento. Recordaré, especialmente, que la vi acercarse con el envase y me puse de pie como si hubiese previsto el accidente.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para vivir esa clase de experiencias que, si no, solemos buscar en los libros.

Recordaré haber leído un artículo periodístico sobre la superpoblación en los cementerios chinos: las personas que mueren cada año en Shanghai equivalen a la mitad de la población de una ciudad como Burdeos; los cementerios se ven tan abigarrados que se han empezado a construir torres donde apilan a los muertos; los visitantes son tantos que en muchos sitios han dispuesto o empiezan a disponer que los familiares vayan un solo día por semana o un solo día por mes; o sea, un sistema que calca las restricciones a los coches en los centros de las grandes urbes.

Recordaré haber pensado que muchas cosas que ocurren ahora mismo en China ocurrirán en el futuro en otros países, como si China hoy quedase en una especie de futuro.

Recordaré a la ciudad de Kaifeng y al tío de mi amigo Xiaosheng (un tío de verdad, por fin) todo orgulloso porque en Kaifeng, durante el apogeo de la dinastía Song, inventaron el fútbol y la imprenta con caracteres móviles. Todo hace miles de años, antes de Gutenberg y Messi. Recordaré también que el inventor chino del fútbol fue un eunuco.

Recordaré las cigarras y los saltamontes asados que comí en Lankao y su sabor a papa frita con tocino.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para jactarnos de ciertas audacias, que casi nunca lo son tanto.

Recordaré la almohada hecha jirones del padre de mi amigo Xiaosheng, puesta desde hace unos tres años, desde el preciso día de la muerte del padre, sobre el tejado de su casa natal, como lo exigen las antiguas tradiciones.

Recordaré la palabra *zhong* y a la madre de nuestro amigo Xiaosheng contándonos a mi mujer y a mí que en tiempos de su querido Mao (de quien conserva una enorme foto, junto a su televisor de pantalla extraplana) se bailaba públicamente una danza cuya coreografía buscaba imitar la forma, casi tortuosa, del ideograma *zhong*: fidelidad, lealtad en chino.

Recordaré haber leído en un periódico un síntoma ilustrativo del boom económico chino: que más de cincuenta ciudades están creando ahora, al mismo tiempo, su red de transporte subterráneo.

Recordaré que mi mujer me suplicó, tras una cena, que nunca más me sopla la nariz cuando estoy en la mesa porque esto es visto aquí como una grave falta de educación y de cortesía.

Recordaré que en China, cuando uno quiere comer un helado, debe pedir un *pinchilin*.

Recordaré el inglés aproximativo en las camisetas que usan los jóvenes chinos: "Hardcore dap mades me high". ¿Hardcore rap makes me high?

Recordaré que un profesor universitario, amigo de nuestro amigo Xiaosheng, nos contó que acaba de comprarse una casa en Pekín y que esto significa, según las leyes en vigor, que será propietario durante setenta años. Muchos creen que las leyes cambiarán pronto y se volverán propietarios para siempre. Mientras tanto se consuelan con un chiste muy conocido: las propiedades chinas están tan mal hechas que ninguna, de todos modos, se mantendrá en pie por setenta años... Y si de milagro alguna lo hace, sus propietarios morirán antes debido a la contaminación.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para no permitir que muera "el placer juvenil de la expectativa", como dijo una vez Italo Calvino.

Recordaré el tren que perdimos en Zhengzhou y, mucho más, el tren que debimos tomar en su reemplazo, uno popular, un tren "verdadero": cien personas sentadas y cien personas de pie en cada vagón. Gente que deambula a lo largo del tren. Vendedores que empujan y son empujados. Y el milagro de llegar, allí, de pie, en medio de la ruidosa multitud, a tener algo semejante a una idea: que finalmente este tren harto de gente no representa ni siquiera el 0,000000001 por ciento de la población total de China. Algo equivalente a un taxi vacío en un pequeño país.

Recordaré la palabra *jia* (familia) y la historia de los pájaros que construyeron su nido sobre un gran ideograma *jia* en relieve, encima del cartel publicitario de un negocio en el centro de la ciudad de Zhengzhou.

Recordaré que una ciudad de un millón y medio de habitantes puede ser vista, en determinado contexto, como una ciudad pequeña.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para sacudir la anestesia de la rutina o de lo habitual. Para "renunciar al renunciamento", como he leído en un libro de Jérôme Orsoni.



Recordaré las antiguas ilustraciones de propaganda gubernamental en los muros de una antigua aldea rural, a pocos kilómetros de Lankao. Ilustraciones acompañadas de eslóganes como: "¡Búrlense de las parejas no casadas que tienen un hijo!".

Recordaré al taxista de Tianjin que escuchaba un CD con mantras.

Recordaré los edificios *art nouveau* de Tianjin, los rascacielos hipermodernos de Tianjin y las gallinas paseando en medio de las calles del centro de Tianjin.

Recordaré haber visitado la casa donde vivía el último emperador Pu Yi, cuando ya no era emperador, en la zona de la antigua concesión japonesa, y haber visitado también el espléndido hotel Astor donde, como su nombre parece sugerirlo, Pu Yi y una de sus concubinas concurrían a bailar el tango, allá por 1920.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para olvidarnos de nosotros mismos. O para pasar un rato en un lugar virgen, un lugar del que no tenemos recuerdos, lo que en cierto modo equivale a estar más a solas con nosotros mismos.

Recordaré que basta y sobra con alzar la mirada en Pekín, en Xi'An, en Tianjin, en fin, en todas las ciudades chinas, incluso las más modestas, para ver uno, cinco, diez inmensos edificios en construcción, cada cual con su monstruosa grúa.

Recordaré el fenómeno de los *wedding planners* en China: más de tres o cuatro tiendas en cada centro comercial, cada cual con su nombre pseudo-europeo en la fachada: Wedding Dream, Amore, Paris Marriage.

Recordaré que una funcionaria estatal, amiga de nuestra amiga Jinran, nos contó que hay que pagar una multa si una pareja tiene más de un hijo, pero que están exentos de pagarla las parejas donde uno de los padres es hijo único. Recordaré que la funcionaria nos dijo que el gobierno estudia flexibilizar estas leyes, pero que entre tanto ella, como todos los empleados del Estado, no puede ilusionarse con un segundo hijo. "Por ahora, un funcionario pierde el trabajo si tiene un segundo hijo".

Recordaré que dos días después de haber visitado Tianjin se produjo allí una terrible explosión. Una colosal bola de fuego en el cielo nocturno. Mucha gente pensó que era una bomba atómica. Fue un depósito de productos químicos.

Recordaré que al leer la noticia de la explosión en Tianjin pensé en un anciano que tiene un restaurante muy cerca del río Hai Hei. Fuimos dos veces a comer allí.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para sentirnos vivos.

Recordaré el estado lamentable del hotel Ibis de Qingdao y recordaré, más aún, al recepcionista que, antes de darnos la llave de nuestra habitación, nos preguntó dos o tres veces si realmente estábamos seguros de querer pasar cuatro noches en el hotel.

Recordaré que para los chinos el hotel Ibis es el "Ibizzzzuu" y el hotel Mercure es el "Meiyyyyuuu".

Recordaré que mi hijo olvidó su reloj en la mesa de un café de la ciudad de Qingdao y que una hora más tarde el reloj continuaba ahí.

Recordaré que pasamos dos días enteros en Qingdao, yendo de playa en playa, de barrio en barrio, sin ver un solo occidental, un solo *lao wai*.

Recordaré las *brochettes* de estrella de mar que no tuve el coraje de probar, pese a mi audacia con los saltamontes.

Recordaré que fuimos a la casa en la punta del puente Zhan, la misma que aparece en la etiqueta de la cerveza Tsingtao.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para ver de cerca, palpar o admirar objetos y lugares cuya existencia nos resulta fabulosa, casi imposible.

Recordaré que los chinos usan a menudo unos *nilong mianju*: unas máscaras que algunos también denominan *facekini* porque protegen, principalmente en verano, el rostro de su exposición al sol.

Recordaré las algas verdes en las playas de Qingdao, recordaré haber nadado en el vasto mar Amarillo.

Recordaré haber leído al día siguiente que hay muchísimos tiburones en las aguas falsamente calmas del mar Amarillo y que por eso, en las playas, instalan grandes redes de protección.

Recordaré a los vendedores ambulantes que, tan pronto como nos veían, nos saludaban al grito de *hello*, como vulgares imitadores de Lionel Richie.

Recordaré a muchas familias (padre, madre e hijo, o, en menores ocasiones, padre, madre y dos hijos) vestidas en forma idéntica, como un equipo deportivo en gira, y también a muchas parejas de novios con la misma camiseta, como dos empleados de una misma empresa.

Recordaré a la joven vendedora de Qingdao que preguntó si éramos norteamericanos. Mi mujer le explicó que éramos argentinos. La vendedora nunca había oído hablar de la Argentina. Y, sin embargo, usaba una camiseta gastada con una imagen de la provincia argentina de Santa Cruz.

Recordaré que devaluaban el yuan, día tras día, para devolverle a China su mano de obra barata y su poderío exportador, y para nosotros, en consecuencia, las cosas resultaban paulatinamente menos caras.

Recordaré a mi hijo de ocho años explicándome que los chinos son unos copiones. Está la falsa casa de Gaudí en Qingdao, está la reproducción del puente Alexandre-III de París en Tianjin, está la rueda a orillas del río Hai Hei que imita a la rueda de Londres. Y está, por supuesto, la muralla china, simple copia del muro de Berlín.

Recordaré que jamás hay que regalarle un reloj a un chino porque la palabra *zhong* (reloj) suena igual que la palabra en mandarín para funeral.

Recordaré el momento en que me dije que olvidaré, sin dudas, todas las cosas y todos los episodios que quedaron fuera de esta lista de recuerdos.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para atesorar nuevos recuerdos. Recuerdos para el futuro, un poco como el arquitecto de los nazis, Albert Speer, que concebía edificios que fuesen a dejar, siglos después, ruinas hermosas.

Recordaré el parque Lu Xun de Qingdao, con su gran dragón de piedra, y también la leyenda según la cual hay que lanzar una moneda de un yuan y hacer que entre en la boca del dragón, puesto que solamente quienes lo logran regresarán pronto a China.

Recordaré haber lanzado cinco, ocho, doce monedas. Recordaré haber decidido hacer de cuenta que me olvidé el resultado.

Recordaré haber pensado que viajamos, entre diversas razones, para ver si somos capaces de volver. De volver tanto a nuestro punto de partida como a los sitios donde hemos sentido eso que se llama felicidad. ©



2. Sofía Betancur Silva.



3. Jossi Esteban Barbosa Marzola. @jossiebm



Organizan:



Mic-Ma

Maratón de ilustración creativa para marcas

Mic-Ma (Maratón de Ilustración Creativa para Marcas) es un evento realizado por Conexión-OE @conexion_oe, comité de Comunicación Social de la Organización Estudiantil de la Universidad Eafit. Su primera edición se realizó de manera virtual en alianza con *Universo Centro* y contó con la participación de 17 estudiantes de diferentes pregrados de la universidad. El tema elegido para las ilustraciones fue la situación actual del COVID-19 y se realizaron dos charlas informativas con dos de los jurados del concurso: Juan Fernando Ospina, fundador y director de *Universo Centro* y Ricardo Macía, diseñador gráfico con énfasis en ilustración. Junto con Karín Milena Martínez, diseñadora gráfica y docente de la Universidad Eafit, eligieron a Isabela Andrea Díaz como la ganadora de la maratón con su ilustración nombrada *Lo esencial*.

1. Isabela Andrea Díaz González. @issadgo



Fabio Manosalva
Clamor
Collage análogo.
50 x 40 cm
2020

Miedo y asco en Cuernavaca

por PAULA CAMILA O. LEMA • Ilustraciones de Cachorro



Llevo cuenta de este largo cautiverio en semanas. Digamos: semana siete, última de enero: ya un chino comió sopa de murciélago en un mercado de animales en Wuhan, China; ya cerraron el mercado y la ciudad entera, la enfermedad misteriosa se identificó como un coronavirus y la cifra mundial de muertos supera el centenar en la decena de países adonde ha llegado. Hace siete semanas, cuando el paciente cero ya presentaba síntomas, ese que debía ser mi único óvulo fértil dejaba entrar a un espermatozoide para dar forma a un cigoto del que no tuve cómo deshacerme porque, pese a ser abortera sin condiciones, yo misma lo invoqué, y cómo se deshace una de algo que deseó con tanta fuerza, casi sin querer. En la Organización Mundial de la Salud seguro ya saben que habrá que confinarse, pero en el planeta son apenas un rumor esos casos de neumonía sospechosa altamente contagiosa. Yo no sé nada, o quizás ya escuché hablar de un virus, pero la preocupación se diluye entre las gripes aviar y porcina, que nunca me tocaron, y la moridera del primer trimestre, que ya me tiene encerrada, con un infinito asco, un asco terrible, de todo y de todos, los vegetales al vapor, el aguacate, la quinua, el

divino atole y el aliento de mi perra, única compañía diaria con la que cuento en este pueblo de este país que no es el mío al que vine a estudiar hace poco más de un año y medio: Cuernavaca: la Cuauhnáhuac de Malcolm Lowry, la verdadera "Ciudad de la Eterna Primavera" —de la que fijo alguien robó el eslogan—, corazón del estado de Morelos, en México lindo y querido, tierra de maíz, frijol y nopal que sigue sin ser de quien la trabaja aunque así lo haya conjurado Emiliano Zapata hace más de un siglo.

De Cuernavaca amigas y amigos tenían como referencia las telenovelas: donde quedaban las casas de verano de los ricos del De Efe, ahora Ciudad de México, que queda a una hora y media si no hay tráfico. C., maestro devenido en amigo, recordaba a Lowry, el bar del consul de *Bajo el volcán*, de donde prometí enviarte foto, sentada ante un mezcál, y que en realidad no existe. Ya no podré enviar recuerdo, ni de la cantina La Estrella, donde una placa recuerda que por allí pasó el escritor inglés, ni del Hotel Bajo el Volcán, donde debió hospedarse. ¿Hablará de la increíble luz de Cuauhnáhuac ese libro impotable donde se mezclan indistintamente las milpas morelenses y el volcán Popocatepetl, "don Popo", que en realidad está a 63 km de Cuernavaca y se divisa hacia

el occidente sólo cuando el día es diáfano? No solo no encontré el bar del consul, sino que tampoco pude digerir más de un capítulo del libro de ese escritor borrachísimo que nunca olvidó este pueblo de guayabas, aguaceros nocturnos y furiosos vientos.

Lo del asco es una de esas cosas que no te dicen las mamis: que antes de los antojos, los calambres y las estrías llega el asco, el infinito y terrible asco, de todo y de todos. La mía me tuvo que ver demacrada, harta de las náuseas, para contarme que ella sufrió lo mismo, tras años de romantizar mi gestación, rematada sin excesivo dolor en la clínica León XIII después de un parto de tres días. Los malestares duran hasta el tercer mes, te dicen, pero cierta gentuza menciona a aquella conocida que los padeció todo el embarazo, como si al asco tuvieras que sumar la desesperanza. Yo espero ansiosa a que pasen, sin contarle a tantísima gente que gesto, en la cama más que todo, dormida o leyendo o viendo series o películas de Studio Ghibli en las que a duras penas puedo concentrarme. Salgo sólo al medio día, a poca distancia de casa, a comer en uno de mis tres lugares predilectos de "comida corrida" —el "corrientazo" mexicano—, pues por decirme a cocinar fue que le agarré asco, infinito y terrible asco, a los vegetales al vapor,

el aguacate y la quinua. Después de los cinco tiempos, en los que omito el agua fresca para evitar el vómito y el postre incluso si es arroz con leche, tengo que quedarme sentada e inmóvil al menos una hora para no dejarlo todo en el inodoro.

En uno de esos días malos, después de una semana entera de regurgitar y lloriar bajo las cobijas, ya casi sin poder caminar, voy a urgencias. Como cada vez que me desplazo en bus —"ruta", le dicen en Cuernavaca—, vomito, pero esta vez llevo bolsa y no le salpico el pelo ni la cartera a la muchacha bien vestida y perfumada del puesto de adelante. "Hiperemesis gravídica", diagnostica el médico, un señor muy amable que decide internarme para que me hidraten. Ya decía yo que no podía ser normal esta moridera. En el turno nocturno de urgencias ginecológicas del seguro social, una médica desgraciada me trata mal y la ira me desata tres ataques de ansiedad que me hacen berriar y agarrar a puños la pared del baño —"usted no opine, señora"—. En los entretiempos, alguna parturienta grita de dolor, la muchacha de la camilla del lado pide a su mamá, la que le sigue cuenta del niño malformado que no pudo abortar, confiada, a sus dieciséis años, en que la tecnología le dará a su segundo hijo lo que la genética le negó. En el quirófano un bebé saluda con llanto este mundo en el que todavía andamos sin tapabocas ni miedo al virus que en los próximos meses colapsará los sistemas de salud de numerosos países por falta de respiradores artificiales. "Que mejor se vaya a llorar a su casa", me da de alta a la madrugada la médica malparida, pero no me dejan salir hasta que van por mí las únicas dos amigas a las que puedo recurrir en tales casos, ya casi al mediodía. Vendrán más días de basca, arcadas y repelencia, aún sin miedo a la exposición en contextos hospitalarios. Pero, como les digo a las enfermeras de la mañana antes de abandonar urgencias: "Yo por acá no vuelvo".

En la semana trece, a principios de marzo, G., padre de la cría, viene a cuidar de mí unos días; a cocinar, mercar, jugar con la perra, esas cosas, mientras yo termino la tesis y el libro, requisitos para coronar con éxito la maestría. Ya no vomito casi, solo cuando algo me sienta mal: se equivocaba la gentuza y no será una de esas infortunadas vomitonas panzudas. Todavía no le hablo al beibi, como me aconsejan, porque aún no aterrizo en que eso que llevo adentro no es solo un cuerpo extraño que mi organismo se esfuerza por reconocer, sino "otro", un ser que en unos meses estará completo y podrá vivir sin mis nutrientes ni la sangre que ahora bombeo con el doble de fuerza. Me alegra mucho poder salir a la calle por gusto y no por necesidad, digamos a comerme una nieve del zócalo mientras paseo la panza, que ya se atisba por encima de la ropa. Me siento muy montañera por gemir de deleite ante una arepa de los cuatro paquetes que me trajo G., o un pandequeso de la media docena de la Panadería Caracas que me mandó A., pero otro día llevo a G. a probar chiles en nogada y pruebo unas enchiladas de huitlacoche que me recuerdan lo que tengo acá y me ayudan a olvidar por un momento todo lo que echo en falta de allá.

Cuando G. se devuelve a Colombia, a mediados de marzo, ya es preocupante la alarma por el virus, transmisible entre humanos y bautizado covid-19 desde mediados de febrero. Aprovechando la flexibilidad de las aerolíneas por la contingencia, G. trata de cambiar el vuelo pero no lo logra, cosa que luego habremos de agradecer. Las redes estallan, la ansiedad colectiva se dispara, las autoridades improvisan según van aprendiendo de la tragedia en países como China, Irán, España e Italia. Los que estamos de este lado de la pantalla tenemos miedo y aún no sabemos bien de qué. Por fortuna ya me hice los exámenes del primer trimestre y puedo volver a cocinar, de modo que puedo confinarme sin excepciones para buscar comida corrida. Igual, en este pueblo es como si no pasara nada.

A mediados de abril, semana diecinueve, cuando ya se han confirmado más de dos

millones de casos y ciento treinta mil muertos en el mundo, y ya hay más de tres mil millones de personas encerradas, la aerolínea —mexicana, económica— cancela mi vuelo de regreso debido al cierre de la frontera aérea colombiana. Desde marzo saldé mis deudas académicas y puedo, con autorización por virus y gravidez, regresar a Colombia, para no seguir gestando sola en medio de esto tan raro —una "pan-de-mia", admitió la OMS a mediados de marzo— y en un país ajeno donde no tengo más que un par de amigas a quienes recurrir, con algo de vergüenza, si hay derrumbe. Ya confirmó una ginecóloga que es niño, como supo con toda certeza el progenitor casi al enterarnos de que íbamos a ser mami y papi. Por fin el vómito ha dado tregua y me deja salvar la distancia que tan digna y amorosamente ha soportado Tita, la perra, pero casi trasbocado de pánico cuando pienso en la posibilidad de parir acá, quizás con la médica desgraciada del turno nocturno de urgencias ginecológicas que rompe fuentes con violencia y trata con desidia a las parturientas, prácticamente sola, sin G., sin mami, sin mis amigas, sin los seres queridos que ya comienzan a recoger y a guardar herencias de otros críos, propios y ajenos: ropita, cunas, el moisés, el cargador, el fular, el extractor de leche...

Me aconsejan amigos y parientes que me comuniquen con la embajada, pero en la embajada me remiten al consulado y en el consulado nadie responde. Toca apelar, como siempre, a las amigas, para conseguir uno, dos, tres contactos directos. En el consulado me incluyen en una larga lista de "conacionales varados", pero me aclaran que no soy prioritaria porque mi permiso de residencia de estudiante vence en julio, al igual que la beca que me ha permitido vivir estos casi dos años. Que no importa la gravidez, dicen, ni el trastorno de ansiedad y depresión por el que estoy medicada hace dos años, y que apenas un año atrás me costó un marido, un perro y toda la felicidad que esperaba tener en México, que al final se convirtió en algo más: una soledad grata, llenadora como un atolito de arroz con un tamal de pollo y salsa verde de un changarrito en la calle.

Como la ansiedad no es solo mía, con el papi de Joaquín Antonio, como se llamará la cría, recurrimos a amigos, medios de comunicación y redes sociales, mediante una carta escrita por él, un video con mi rostro y panza, bulla en todas partes: la pobre está encinta y medio loca y necesita regresar. Por esos días se anuncia el primer vuelo "humanitario" de repatriación de México a Colombia. Estoy ya tan panzuda, tan emalada para cosas simples como trapear, lavar trastes o agacharme a recoger la caca de Tita, que casi confío en que será incluida en ese vuelo: cómo no, si llevo la vida adentro, he salido ya en dos canales nacionales y uno local, y soy objeto especial de protección de la preciosa constitución de ese país en el que tuve la desgracia de nacer. Como no me dicen ni sí ni no, el viaje está cada vez más cerca y no me concentro en nada, no duermo, apenas como, me levanto el teléfono del consul de Colombia en México, un man del partido de gobierno que no solo no se ofende porque lo llamo a su número personal, sino que me dice que puedo llamarlo cualquier día, a cualquier hora, después de ofrecerme el cielo, qué tipo tan pero tan querido. Yo le creo todo. Le creo cuando me dice que no me incluye en el vuelo porque es de alto riesgo, pues viajan muchos turistas colombianos provenientes de países europeos en el pico de la pandemia que terminaron en México porque es uno de los pocos sitios que aún no cierra a cal y canto sus fronteras aéreas. Le creo cuando me jura que mi niño no nacerá en México, que no pariré en soledad, que no pasará sola el puerperio; que lo que me haga falta, él me lo va a dar. Le creo cuando me cuenta que mi caso ni siquiera es el más crítico, pues hay viejos, gente hambriada, una señora con un cáncer terminal que quiere pasar sus últimos días con los suyos, en fin, más de tres mil personas con afán de regresar para que el fin del mundo las agarre en el lugar donde nacieron. Le digo sí, claro, cuando me pide que calme los ánimos

en Twitter, donde su gestión y sus pobres y sufridos funcionarios, que trabajan sin descanso, son blanco de todo el odio del colombiano. Agradezco tanto la respuesta, la larga explicación y el buen trato que por supuesto lo hago. Y aprendo así que a veces la vulnerabilidad es el origen de toda la candidez —e idiotiez— del mundo.

A principios de mayo, cuando Joaco ya tiene veintidós semanas y el tamaño de un coco, se anuncia otro vuelo "humanitario", para el quince. Lo informa un congresista del partido de gobierno que ha sabido aprovechar la contingencia para hacerse a un capital político importante, y que, vaya paradoja, es el hijo de un consul encargado en España que semanas después una mujer denunciara por acoso sexual durante el ejercicio del cargo. Han sido días tranquilos, incluso felices: ya puedo sentir a la cría moverse. Al principio parecía un pedo de tantos —la gravidez también son gases, muchos gases—, delicado como un movimiento de tripas después del desayuno, pero era él, diciendo acá estoy, mami, bien aferrado, en cautiverio pero creciendo, ajeno al pavor por ese microorganismo que no está vivo ni muerto pero igual podría matarnos. Saber del vuelo, no obstante, me jode otra vez los nervios. Con G. retomamos el escándalo en redes y volvemos a salir en radio y televisión: la mami gestante medio loca que no quiere parir en el extranjero. Otra vez horas y horas de responder mensajes llegados por todos los canales, unos más afortunados que otros: de conocidos de tiempos remotos con los que había perdido contacto, gente que ofrece ayuda, amor y compañía, señores que hacen mil preguntas porque creen que sé mucho de trámites consulares, señoras que se apersonan de la causa y escriben todos los santos días a preguntar cómo estamos y a recordarme que no me puedo dar el lujo de estar mal porque eso no le sienta bien al beibi, cuya fama resulta francamente agotadora.

Para navegar las aguas de la ansiedad y no dejar nada por hacer, presentamos también una tutela, aunque me cuidó de avisarle antes al consul, casi pidiendo permiso, casi disculpándome por ejercer ese derecho, nomás por no arruinar esa relación que, pienso, eventualmente podría salvarme, en medio de este desamparo de "conacional varada". Apenas dos días después de interponerla, la magistrada ordena una medida preventiva que ni cancelaría ni consulado acatan: repatriación inmediata. En conversaciones con algunas mujeres que por mí interceden, el consul insiste en que no soy prioritaria porque no soy turista varada. Tras mucho pensarlo, dos o tres días antes del vuelo, lo llamo de nuevo para mendigarle un lugar en ese avión: ya no me quedan defensas contra esta soledad con panza, tanto chillar me da como unos coliquitos, ando muy triste pese a la meditación, la terapia y la orientación solidaria de ese par de bellas señoras, con la mitad de la medicación y un cansancio infinito por ser, sin quererlo pero necesitando, el centro de tanta atención.

El tipo que me contesta es otro. Se ofende mucho porque lo llamo a su número personal, pregunta cómo lo conseguí en tono de puro fastidio. Si no resultara increíble, pensaría que ya no recuerda a la preñada viral del *hashtag* de Joaquín, famoso desde hace días en la burbuja tuitera colombiana pese a tener el verbo antes del sujeto, principio de una ola impresionante de solidaridad con la causa de los papis primerizos, separados y azarados que desde distintos frentes luchan por la repatriación de mami. Comienzo a lloriquear y le explico que está dura la cosa y necesito viajar. Y él me explica, como me mandó a decir antes y le ha dicho a varios de mis defensores, que sigue sin considerarme prioritaria y que la decisión de incluirme en el vuelo es de cancelería y presidencia, donde no funcionan bajo presión, para mi desgracia, dada la alharaca que hemos hecho, que ya los tiene cardíacos y, en su opinión, ha resultado contraproducente. Según él, soy mentirosa, no escucho razones y lo tergiverso, porque me niego a aceptar argumentos como el de que accedí a no ser incluida en ningún vuelo de repatriación, cuando

solo acepté no viajar en el del 27 de abril. Cuando lo recuerdo que fui conciliadora pero ahora le estoy pidiendo la ayuda que ofreció, dice sonriente: “Tan conciliadora que puso una tutela”. Ojalá pudiera encajar el golpe, pero quedo hecha un trapo. Tanta brega para volver a ese tierra donde en consúl le habla así a una mujer preñada y con un ataque de nervios.

El día del vuelo me dedico a llorar mientras veo mensajes y fotos de los viajeros en los grupos de colombianos varados. Ya no le temo al virus aunque el hospital del seguro social haya pasado de un piso a tres de enfermos de coronavirus, los infectados ya sean cuatro millones y en las noticias exhiban sin pudor los cadáveres que se acumulan en las calles de Guayaquil. A lo que le temo es a esta incertidumbre, a este deseo doloroso de que alguien me haga el desayuno, a esta certeza de que aunque todos quieran ayudarme los únicos que en realidad pueden hacerlo no lo harán, ni con tutela de por medio. Lloro, más que por este vuelo, por el siguiente, anunciado por el mismo congresista para dentro de cinco días, reinicio del ciclo de ruido, ruegos e incesante espera de alguna noticia, una llamada, cualquier señal, otra vez.

El consúl insiste. A una de las mujeres que intercede por mí le dice que sigue sin considerarme prioridad, y se queja por la presión: que lo llamaron aquel periodista muy famoso y dos o tres congresistas, que en las redes lo acosan, que la tutela. A otra le pide que me diga que va a hacer lo posible por incluirme en ese tercer vuelo, pero solo si me quedo callada. A mí me llama, dos días antes del vuelo, para decirme vea, le voy a ayudar, desinteresadamente, pero no le puede contar a nadie, ni a su esposo, porque puede perder el cupo y yo mi puesto por no respetar órdenes de mis superiores, le pido toda la discreción del mundo. Y yo tengo que fingir que no lo aborrezco, ser solícita, casi servil; y luego, dedicarme a mentir. Cuando pregunta mami si ya sé algo del vuelo. Cuando preguntan los suegros. Cuando preguntan esas mujeres que se gastan horas y horas llamando a todas partes para que yo pueda viajar: no, no estoy haciendo el equipaje, no estoy repartiendo herencias, no estoy cerrando a la carrera

mis asuntos acá, no estoy dejando de despedirme como es debido de este pueblo cuya luz y ventarrones y cacomixtles y tianguis y elotes no voy a olvidar nunca, y que me dio todo hasta la confianza en que puedo criar a un niño.

Algo parecido le pasa a Kelly Gabriela, una indígena nasa con una hija de cinco años que la espera en Colombia, de quien me haré amiga luego, ya en Bogotá, en la vagoneta que derramará a los repatriados por los lugares de la localidad de Chapinero donde guardaremos cuarentena obligada. Pero ella, lista y desconfiada, graba, y días después divulga en un noticiero, una conversación con el consúl, donde él dice cosas como “yo no creo en los derechos de los afro, de las comunidades raizales y de los indígenas que quieren ser diferentes. Ustedes son los que se tratan como diferentes cuando exigen derechos diferentes”. Supongo que la misma lógica aplica para las mujeres embarazadas. En cualquier caso, las dos viajamos, por unos trescientos dólares, que es más de lo que he pagado, con poca antelación, por un viaje de ida y vuelta en temporada alta. En el aeropuerto evado al señor para ahorrarme la hipocresía, pero él me reconoce y me dice que por mi estado y la perra —“mascota de apoyo emocional”— me va a poner en clase ejecutiva. Me lo vuelvo a cruzar en el pasillo de abordaje, después del muchacho que reparte el kit sanitario (tarrito de desinfectante, tapabocas y par de guantes) y antes del que le toma fotos con algunos viajeros, mientras entrega generosamente un refrigerio de sánduche, galleta y juguito de caja para que no pasemos hambre en ese vuelo en el que tan generosamente nos incluyó. Como se hace el bobo y desde que perdí el asco tengo hambre todo el tiempo, me acerco a pedir lonchera y él me dice, mientras nos toman la foto que luego subirá a Facekk, mirándome a la cara cubierta por el tapabocas, sin sudar ni un poquito, que ahora sí le sirve que ponga algo en redes sociales. Y yo que antier en la noche recibí el fallo de tutela, “amparo concedido” por una magistrada que desestimó todos los argumentos de los demandados, en particular los de cancelación y consulado, quienes recurrieron a mi relato público y lo adobaron con una sarta de mentiras,

como que yo había dicho que estaba dispuesta a esperar la apertura de Eldorado y que era consciente de que “lo mejor” para mí era “permanecer un tiempo más en México”. Ja. La magistrada, salvavidas en medio del desconsuelo, dijo: “Llama la atención de esta Sala que tal entidad use en contra de la tutelante, claramente desesperada por el suplicio que atraviesa, sus palabras que, en todo caso, no cambian las circunstancias que la rodean, ni difuminan la evidente amenaza que se cierne sobre sus derechos fundamentales y los de su hijo por nacer”. Le digo al consúl sí, claro, yo le ayudo con eso, y sigo caminando, sanduchito en mano, hacia mi lugar en el último puesto del avión, en la ventanilla izquierda de la última hilera, donde por seis horas y media —debido a una escala en Cancún— cargo panza y perra en qué estrechez, me aguanto las ganas de orinar para no incomodar a mis dos compañeras de viaje, duermo un poco, como otro poco, lloro como una cursi patriota cuando suena la cumbia que así se llama y contengo la risa cuando el piloto pide un hurra para la tripulación de la aerolínea que desde el segundo viaje acaparará los vuelos “humanitarios” de repatriación, sin competencia ni control de precios. “¡[Inserte acá nombre de la aerolínea] seguirá volando!”, gritan casi todos los pasajeros. En dos semanas viajaré a Metrallo, último destino, en un servicio especial muy bueno pero carísimo que una solidaria mujer desconocida ayudará a cubrir, en uno de los muchos gestos de amor y solidaridad que me han asombrado desde que empezó este susto.

Para la semana 32, a mediados de julio, ya instalada con marido, perra, gatos y ropita, cunas, el moisés, el cargador, el fular, el extractor de leche..., y con quince kilos de más, seré enorme como un trasatlántico. Seguiré de este lado de la pantalla, devorando noticias, sin conocer a ningún contagiado pero temiendo lo peor por la alta ocupación de las UCI del país, bajo nueva y severa cuarentena con la que se buscará aplanar la curva que desde hace meses amenaza con llegar pero no llega y ahora al parecer sí. No habré hecho ningún curso prenatal, no sabré cómo respirar durante el trabajo de parto, cómo dar a luz, cómo dar teta. Y sobre mi cabeza penderá cada día el miedo a toparme una médica como la del turno nocturno de urgencias ginecológicas del seguro social mexicano, aun mayor al de parir justo en el pico de la pandemia en un hospital invadido de virosos. No sabré un culo de estimulación temprana, aunque le hable y le cante y G. le hable y le cante y nos quedemos mirando la panza, mientras ondea como si en ella bailara un pequeño alien que, según los médicos, será grande y acuerpado, por herencia quién sabe de quién porque papi y mami somos los dos bien tacuacos. Con G. nos amamos pero a veces nos costará aguantarnos porque estaremos juntos veinticuatro horas diarias, siete días a la semana. Mientras se pueda, me volaré a dormir donde alguna *sista* para que él nos extrañe un poco, pero con el tiempo iré perdiendo las ganas de moverme de casa porque cualquier gesto o movimiento implicará un gran esfuerzo y hasta las breves caminatas con Tita me dejarán agitada y sudorosa, y un poquito orinada. Cambiaré de lugar el papel higiénico porque inclinarme para agarrarlo en mis cien micciones diarias hará que la tripa tire y duela. La piel se estirará como se estirará la cuarentena, que para entonces ya irá hasta agosto, el mes en el que tendrá que nacer Joaquín, o quizás sea septiembre. En cualquier caso, mi hijo será un virgo de pandemia, beibi del covid, coronaniño.

Por lo pronto, es la semana veinticuatro y ya no estoy confinada en un país que no es el mío. Mientras el avión entra en el espacio aéreo de esa patria horrible en la que tanto deso parir, pienso en C.: el bar del consúl no existe, no me tomé foto en La Estrella y ni siquiera pude pasar de la página treinta del libro, pero mira cómo México me quitó y me dio todo, incluso a mi propio consúl, monstruoso como buen borracho consumado, denso como son siempre los libros de Lowry, pesadillesco como esa tristeza tan dura de atravesar del delirante escritor; incluso un hijo, que me hará mami en medio de una pandemia. Gracias por tanto, México. Gracias por tanto, Cuauhnáhuac. ©

Esta tercera entrega del diario de Massimo Pareja, médico intensivista, para Pensar la Cuarentena, da cuenta de la relación médico-paciente-familias justo en este momento de pico. Para conocer los demás diarios visite quarentena.universocentro.com.

La marea del coronavirus y el duelo familiar

por MASSIMO PAREJA • Ilustración de Coste Montenegro

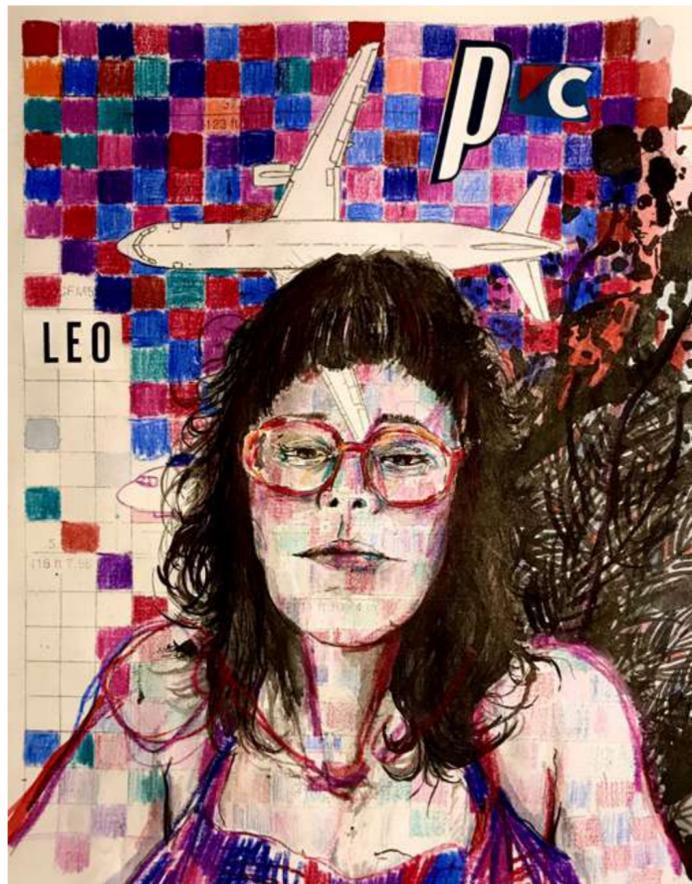


adicionales o que se haría todo lo posible para “convertirlos” en covid. Situación difícil de sortear teniendo en cuenta las actuales restricciones de comunicación cuando en las unidades de cuidado intensivo las visitas son muy limitadas y el intercambio de información es telefónico o por videollamada cuando las condiciones del turno lo permiten.

Actualmente pienso que estamos en una nueva fase de negación, los casos han aumentado como era de esperarse, cada vez nos acercamos a los doscientos muertos diarios y estamos en un caso por cada mil habitantes, por lo que el fantasma del coronavirus crece al interior de las familias. Y nuevamente se aprecia algo de miedo y un renovado respeto al personal médico y paramédico, pero eso sí, luego de una explicación aún muy extensa y un entendimiento más claro de lo que puede llegar a pasar con el paciente, incluso si fallece, porque sí, en esta fase ya estamos hablando de la muerte cuando los pacientes ingresan a una UCI. Y no solo de la muerte, porque de eso hemos hablado siempre con las familias, ahora estamos en la obligación de explicar con detalle todos los protocolos sobre cómo será embalsado el cuerpo, su identificación y traslado a la funeraria, la posibilidad de no tener rito funerario a pesar de una prueba negativa para coronavirus, cosas de las que nunca hablabamos desde el ingreso de los pacientes.

Me imagino que vendrá, cuando estemos llegando a la cresta de la ola, una fase de depresión, en la que será más duro que nunca despedirse de algún familiar al llegar a la UCI ante el nivel de miedo en el ambiente y la posibilidad alta de fallecer a causa de coronavirus. Habitualmente, en época prepandemia, alrededor del treinta por ciento de pacientes que ingresan a UCI mueren versus 40-50% en el que estamos ahora. Y esperamos recobrar una total confianza en lo que hacemos desde urgencias hasta la UCI. Veremos pacientes con enfermedad general no respiratoria que al no tener posibilidad de camas necesitarán una remisión a otra institución o incluso ser manejados indefinidamente en salas de cirugía hasta disponer de una cama en la unidad, lo cual va a generar un gran nivel de estrés y tristeza entre familias y personal de salud.

Y quizás al final de la ola, o ya bajando la cresta, veremos el nivel máximo de aceptación, en el que muy posiblemente afloren los sentimientos que observamos al inicio de la cuarentena y otra vez el personal de la salud y en especial todo aquel que esté en primera línea contra el covid-19 va a sentirse valorado, va a sentirse importante y, por qué no, imprescindible en la sociedad donde vive. Vendrán expresiones y manifestaciones de cariño y gratitud. Sin embargo, lo único que esperamos quienes estamos en este frente es un agradecimiento sincero, tal como lo han hecho la mayoría de las familias conmigo y con nuestro equipo durante años de ejercicio de la medicina y el cuidado crítico. ©



La tan esperada ola de pacientes infectados con covid-19 finalmente está empezando a llegar a las unidades de cuidado intensivo de Colombia, después de la miniola que tuvimos al inicio la cuarentena y la posterior tensa calma que generó el pasar de los días cuando nos preparábamos con reuniones virtuales, entrenamientos y simulacros; y después de velar nuestras unidades vacías, con uno que otro caso de Covid-19 producto de las personas con actividades esenciales que resultaron infectadas. Fue el primer momento, el tanteo inicial en un tiempo de tanteos.

Posteriormente llegaron casos esporádicos que se generaron con las primeras excepciones y con los que empezamos (por la descripción amplia de caso nacional del Ministerio de salud) a tener muchos pacientes sospechosos, de los cuales unos pocos fueron saliendo positivos al realizarles la PCR, aumentando de manera lenta pero creciente. Hasta ahora, cuando los pacientes que ingresan con la definición de caso sospechoso por covid-19 se convierten cada vez con mayor certeza en pacientes confirmados con covid-19, al menos los que llegan a UCI. Ahora las unidades de cuidado intensivo en las que trabajo con mi esposa, también intensivista, se encuentran con un volumen muy importante de pacientes producto de la pandemia, desplazando cada vez más a las patologías habituales.

Esta mutación en la marea en las UCI ha coincidido con un efecto curioso en las familias de los pacientes, que han venido cambiando su manera de relacionarse con nosotros los médicos, un efecto que probablemente no se sintió en Europa, Asia y Norteamérica ante la ausencia de una larga cuarentena previa al pico de contagios.

En Colombia, cuando empezamos la cuarentena las familias nos veían, curiosamente, con mucho más respeto del que nos han visto a los médicos en los últimos veinte años, era una sensación bonita sentir que te agradecen por lo que haces, incluso desde el ingreso del paciente, sin haber hecho nada aún, mostrando una confianza absoluta en nuestro hacer diario y, si se quiere, en nuestras instituciones. Todo lo anterior posiblemente mediado por el miedo y por la empatía, dada la connotación de “héroes” que se les dio a los médicos en el mundo con pleno pico de la pandemia en los países desarrollados.

Se sentía raro ver a través de las ventanas de la UCI aplausos al personal de salud cuando nuestro turno estaba suave con una ocupación de las UCI muy baja. Era una sensación rara y gratificante. Así duramos casi toda la cuarentena, acompañados por la incertidumbre y el miedo de muchas familias, hasta que el país empezó a “liberar la economía”. Ahí se presentó el primer cambio, fueron apareciendo las fases del duelo de esta pandemia para muchas personas, empezando obviamente con la negación.

Esta fase se alimentó con el caldo de las redes sociales y con algunas declaraciones de funcionarios que hicieron énfasis en los números favorables para mostrar una muy buena gestión y pusieron especial interés en las UCI,

previéndolo lo que se vendría al iniciar una liberación de la cuarentena. Desde el gobierno se puso en duda el uso adecuado y la ocupación de las UCI y esto coincidió con teorías conspirativas sobre posibles carteles con incentivos a las instituciones y a los médicos para “rotular” pacientes como covid y obtener ganancias.

En este punto la relación médico-paciente-familias comenzó a cambiar, aparecieron las tensiones y la necesidad de dar mayores explicaciones por parte del personal de enfermería y de los propios médicos. Casi gastábamos más tiempo y dedicación en explicar por qué los pacientes eran ingresados a la unidad que en la misma atención clínica. Hacíamos entonces de psicólogos, explicábamos nuestra razón de ser como médicos y respondíamos una auditoría económica.

Posteriormente llegó la fase de ira que afortunadamente duró poco. Los pacientes se demoraban en consultar porque no estaban de acuerdo con los rotularlos como covid en las clínicas, donde pensaban que al llegar inmediatamente irían a cuidado intensivo y se conectarían a un ventilador mecánico. Ni siquiera los pacientes con patologías no respiratorias se salvaron de esas especulaciones. Varios de ellos terminaron en cirugías mayores por esperar en casa, a pesar del dolor, con tal de no consultar, todo por la desconfianza que ya generaba el ingreso a una clínica u hospital.

Matarife: ¿terremoto o temblorcito?

por PEDRO ADRIÁN ZULUAGA

El 22 de mayo de este año empezó un terremoto mediático y de redes sociales: el estreno de la serie *Matarife*, del escritor, periodista y abogado Daniel Mendoza Leal, conocido, entre otras cosas, por sus encendidas columnas de prensa y por una polémica sobre la libertad de expresión en la que se enfrentó al Club El Nogal. El terremoto había sido antecedido por una eficaz campaña de expectativa, en la que ya se anunciaba el estilo de la serie: un tono confrontacional y de agitación que desafiara, como el episodio del autor con el famoso club bogotano, los límites del derecho a la libre expresión.

En el primer capítulo, Mendoza Leal, quien tiene un papel protagónico como el narrador que interpreta la multiplicidad de archivos y fuentes en los que la serie se sostiene, menciona como un gran logro jurídico el poder calificar a Uribe con epítetos no solo insultantes, sino útiles para señalar sus vínculos con el mundo del crimen, luego de las acciones jurídicas emprendidas por el expresidente contra activistas, periodistas e influenciadores que se atrevieron a usar esos calificativos. Mendoza explica cuál fue la estrategia de defensa para el caso concreto de la demanda por difamación interpuesta por Uribe contra el periodista Gonzalo Guillén, uno de los productores de la serie. “Escriba Gonzalo un artículo, le dijimos, en el que usted explique con evidencias documentales, videos, citas e hipervínculos, el por qué le dice todo eso. Así no hubiera un fallo en firme condenándolo”. Guillén, con Mendoza como abogado, ganó una tutela por la cual —otra vez en palabras del narrador— “quedamos autorizados para tratar de matarife, paramilitar, asesino, corrupto y narcotraficante a este señor”. *Matarife* es pues una especie de *spin-off* de esa estrategia, al menos en la forma en que usa los mismos elementos para sostener la argumentación *ad hominem* contra Uribe.

El mal de archivo

La serie empieza, justamente, con un recorrido de la cámara por carpetas, archivos, documentos, fotografías y computadores en los que reposarían las pruebas o indicios que Mendoza, investido del papel de detective, se propone reunir. El mayor interés de la serie es la recopilación de archivos dispersos: una memoria fragmentada de la historia reciente de Colombia cuyas astillas hay que buscarlas en los noticieros de televisión, los libros de periodismo investigativo, los testimonios de reconocidos criminales, entre otros lugares. Así se va armando lo que cuesta mucho definir si es un documental, un docudrama o una modalidad que Ricardo Piglia llamó relatos de archivo, o el *archivo como modelo de relato*. Para Piglia estos relatos expresan “la tensión entre materias diferentes que conviven anudados

en un centro que justamente es lo que hay que reconstruir”.

A diferencia de estos relatos mencionados por el escritor argentino, que serían como especies de novelas policíacas al revés, en las que están todos los datos pero no se termina de saber cuál es el enigma que se puede descifrar, en *Matarife* no se plantea ninguna duda. El enigma está resuelto de antemano: Uribe es el culpable. Ante esa convicción preexistente, el archivo solo cumple una función de verificación. Para Mendoza da igual si la fuente que le permite acusar al hoy senador es un informe de Noticias Uno (medio reconocido por el rigor de sus investigaciones), una columna de opinión, algún libro olvidado sobre las mafias colombianas o un testimonio de Popeye. Si el mayor interés de *Matarife* es la recuperación de memoria, lo más decepcionante es cómo aplanan la complejidad de los materiales recuperados.

Muchos han dicho que esa simpleza de la argumentación es explicable por el formato (capítulos de siete minutos y circulación por WhatsApp, Telegram y redes sociales) y que no estamos ante un texto sobrio o un libro de historia sino ante un producto mediático que incorpora una sensibilidad popular melodramática, es decir, maniquea, de buenos y malos tajantes, de villanos y justicieros sin pliegues. Mendoza, por cierto, se autoconstruye como un héroe de proporciones míticas en el que se reúnen las características de justiciero, delator, salvador, y, sobre todo, un traidor de su clase, que habla desde un conocimiento de primera mano de esas élites del poder en Colombia que él mismo calificó, en un artículo, como canibales. Se afianza, de este modo, la narrativa del hombre fuerte y vengador: Uribe y Mendoza serían las dos caras de una misma moneda. Se diría que se necesitan mutuamente.

La duda que sale al camino es de qué manera esa pugnacidad, en vez de disputar el relato o el sentido común de la derecha, los reproduce. Qué efectos tiene, por ejemplo, reducir la historia de Colombia a una partida entre matones y mafiosos, como hace la serie, mientras las víctimas aparecen de manera sumaria o genérica. (Solo en la tercera parte del cuarto capítulo parece haber un contrapeso, cuando adquieren relieve figuras como Rodrigo Lara Bonilla o Guillermo Cano, y, al final, vemos el rostro de una mujer negra, tomado del documental *Los matachines de Buenaventura*, que reivindica la memoria de las víctimas, sumado a una dedicatoria que reza: “En memoria de las víctimas de Matarife”). ¿Contribuye esto a un ejercicio de memoria colectiva de carácter masivo, como lo han esperado quienes defienden *Matarife* y por lo cual le perdonan sus ligerezas interpretativas, sus excesos de adjetivación o el protagonismo narcisista de su narrador? ¿No es esa negación de la larga duración de nuestro conflicto social y político, y de la trama compleja



de sus causas y consecuencias, el *modus operandi* del uribismo? Si la serie está dirigida, especialmente, a sectores sociales con poco acceso a información de calidad y a las nuevas generaciones, ¿no contribuye la serie a una mayor confusión histórica o a que la necesidad de comprensión quede reducida a encontrar un blanco fácil en el cual depositar toda la responsabilidad, es decir, un chivo expiatorio, alguien a quien condenar de manera expedita?

La sobreexposición del crimen, y la presunción de que este es el único vector de la historia reciente de Colombia, y el ocultamiento de las luchas y movimientos sociales que se han opuesto a su lógica y a su dominio, puede tener un efecto político paralizante, y sembrar a los supuestos nichos a los que va dirigida la serie en el conformismo, el descreimiento y la quietud. Y eso, en vez de romper la narrativa del establecimiento político de derecha, la fortalece.

Una recepción obnubilada

Si bien los efectos políticos de *Matarife* a largo plazo aún son imposibles de evaluar, los inmediatos revisten mucho interés. La serie propició un pulso entre intelectuales y líderes de opinión que empezó incluso antes de la circulación de su primer capítulo. Uno de los primeros en pronunciarse fue Mario Jurisch, editor y exdirector de la revista *El Malpensante*, a través de una entrada de Facebook: “A lo mejor me equivoco de manera grave, pero yo en principio manifiesto mi escepticismo no sólo respecto al documental ‘Matarife’, sino a cualquier cosa que diga o ponga por escrito Daniel Mendoza Leal. En el pasado leí algunas entradas de su blog en El Tiempo y, basándome en ellos, puedo decir que es, además de un muy mal investigador, un pésimo escritor. No se trata de que sus denuncias sean inverosímiles o difíciles de creer: en un país como el nuestro incluso lo más descabellado podría ser cierto. Sin embargo, investigar es algo muy distinto a opinar, de la misma forma que presentar pruebas no se parece a especular a partir de indicios débiles. Sin haberlo visto, estoy seguro de que ‘Matarife’ será una sopa de lo ya conocido sobre el señor Uribe adobada con la pimienta de los muchos adjetivos y la sal generosa de las teorías de la conspiración. En resumen, un guiso incohibible”.

En los días sucesivos, muchos otros nos pronunciarnos en redes sociales, lo que generó un espacio secundario,

pero tremendamente belicoso, de debate. Más allá de los matices de las opiniones que circularon, lo que es posible leer en esa necesidad de los intelectuales colombianos de pronunciarse sobre la serie es una especie de ansiedad: qué lugar tiene el pensamiento crítico, del que los intelectuales seríamos garantes, en la construcción colectiva de memoria. ¿Estamos siendo desplazados por narrativas de mayor efecto mediático? No puedo dejar de pensar en que esa ansiedad tiene que ver con las pérdidas que el sector cultural ha sufrido en los últimos meses, como la interrupción de la revista *Arcadia*, o, en términos más generales, con los debates alrededor del nuevo director y los nuevos lineamientos del Centro de Memoria Histórica. ¿Qué papel jugará en el futuro la argumentación racional y moderada sobre la historia y la memoria, o la producción académica, cuando el alto impacto social parece depender de los nuevos formatos?

Otra pregunta es si *Matarife*, cuya estrategia de circulación ha sido muy alabada, logrará mantener el interés durante todo el tiempo de su emisión: cincuenta capítulos distribuidos en cinco temporadas (aunque algunos capítulos se subdividen en partes). Tras los cuatro capítulos conocidos al momento de escribir este artículo, es posible notar que el debate, aún álgido, tiene una curva descendente, y que una de las formas de mantener a flote su interés dependerá de las acciones judiciales que emprendan los acusados por la serie (como lo anunció, por poner un caso, la vicepresidenta Marta Lucía Ramírez).

La serie podría pasar entonces de los tribunales mediáticos, que son naturalmente calenturientos, a los opacos y largos procesos judiciales, que podrían redefinir el derecho a la libre expresión en el país. Esto plantea una paradoja que, considero, es lo más importante que está en juego: la tensión entre una memoria que busque la verdad y la reconciliación, por un lado, y el juego del espectáculo, por el otro. Podría ser también una ambivalencia entre la venganza, que es vistosa y espectacular, y la justicia, que conlleva compromisos, renuncias y, en últimas, diálogo. Los entusiastas de la serie afirman que una cacofonía de memorias es necesaria y que no todo es judicializable, que Uribe y el uribismo necesitan una sanción social y, en consecuencia, política. El otro escenario donde se dirimiría el efecto de la serie sería entonces las urnas. Aunque la serie está construida en torno a la impaciencia, es paciencia lo que necesitaremos para llegar a ver sus consecuencias. ©

HAT, una conciencia replicante

por MARIO CÁRDENAS



Fotografía de Yuri Valecilla.

La ciudad de Cali está vacía, la circulación de carros es mínima y los alrededores de la avenida sexta están desérticos. Moverse es fácil entre sus calles, así estemos perdidos. Es un día sin tráfico. Solo hay esquinas con la basura de la noche anterior y calles por donde apenas caminan personas. Damos varias vueltas hasta que encontramos el apartamento. En la portería preguntamos por él, ¿Acá es, verdad? El vigilante nos anuncia y subimos. Cuando se abre la puerta, un cuerpo gigante con una almohada de viaje amarrada al cuello nos espera a la salida del ascensor. Tiene unos Converse rojos y la cabeza inclinada. Es un cuerpo desconunal e imponente. Pasen, dice, señalando la puerta con un cuchillo en una mano en la que brillan dos anillos dorados.

El apartamento donde vive Harold Alvarado Tenorio tiene un primer salón amplio, con ventanas frontales por donde se ve la fila de edificios del sector. El lugar parece estar desarmándose, en medio de un trasteo; cajas, piezas de cuadros, bibliotecas en los cuartos, y varios lugares de trabajo con computadores e impresoras. Hay papeles y materiales de impresión para una editorial. Galones de agua. Un par de perros chinos. Dos gatos que se ocultan bajo una mesa y una silla. El gimnasio de los gatos. Al lado de la cocina, un retablo con la imagen del poeta Jaime Gil de Biedma. En una de las paredes unos mosaicos en los que aparecen páginas enteras de periódicos enmarcados. En la mayoría, está su imagen acompañando una entrevista o un texto y grandes títulos: “Las peleas poéticas y prosaicas de Harold Alvarado”, “Cultivo mi poesía, mi consciencia replicante”, “Ajustes de cuentas, un libro a cuchilladas”. Harold, en la pared, de distintas formas, en lo que parece ser un altar de sí mismo. Al lado del altar, en una mesa, en un

cofre, una revista *Eco* con fecha de abril de 1979, en cuya portada aparecen los nombres de Ernst Bloch, Nicolás Gómez Dávila y Harold Alvarado Tenorio.

Antes de vivir en Cali de nuevo, Harold vivió en Manizales, en Turbaco, a veinte minutos de Cartagena, en Bogotá, en Madrid, en Beijing trabajó como traductor y asesor literario, en Nueva York fue profesor, en Ciudad de México y en París vivió breves períodos.

A finales del año 2000 en un predio llamado Zaragoza, situado en la vereda El Hato del municipio de Guaduas del departamento de Cundinamarca, Harold fue desplazado de su finca por un grupo de hombres armados. Entonces se fue a vivir a un pueblo cerca de Cartagena, y de ahí a Cali. La finca quedó abandonada hasta que pudo regresar después de casi tres años, tiempo en el que tuvo que ser sometido a una operación quirúrgica para salvar su vida. A su regreso, la finca estaba ocupada por unos hombres. En el año 2004, otro grupo de hombres armados que decían ser de las AUC la ocuparon de nuevo y lo obligaron a él y a Edinson Mira Barrera, el administrador, quien había sido torturado por los hombres, a marcharse otra vez. Todo esto lo escribió Harold en la crónica: “De cómo me sacaron de mi casa un grupo de hombres armados que decían ser de las AUC”, publicada en la *Revista Universidad de Antioquia* en octubre de 2005.

El poeta expulsado

Harold Alvarado Tenorio nació en Buga, Valle, en 1945, hijo y nieto de carniceros. En un resumen personal sobre su biografía, dice que fue “expulsado de todos los colegios de su pueblo por relapso a los dogmas de la iglesia católica y sus rudimentarias ideas políticas afines al presidente Mao Zedong”. Primero, en 1957, fue expulsado

del Colegio José María Cabal por consignar en los libros de registro de clases de religión noticias de las visitas de los líderes soviéticos aparecidas en revistas comunistas. Luego, en 1958, fue expulsado del Colegio Académico por el rector Narciso Cabal Salcedo, el cual informa que el estudiante Tenorio, contradice y rechaza los dogmas de la iglesia. En 1960 su tío Rogelio Tenorio intentó ingresarlo al Liceo de la Universidad del Cauca en Popayán, pero el rector, luego de una conversación con el joven, llegó a la conclusión de que tampoco podía ser aceptado allí, pues según dijo a su tío “parecía como si ese joven hubiese leído las *Cinco tesis filosóficas de Mao Tsetung*”.

—¿Todavía es maoísta?
—No creo haber sido maoísta nunca.
—¿Entonces?
—Mao quiere que el arte interprete el mundo, no que agregue objetos a él, quiere ideología, control de las apariencias y no nuevas apariencias. De allí que nunca me gustaran esas tesis. Además, la mayoría de los maoístas que conocí cuando estudiaba el bachillerato y la universidad eran de las capas medias, pequeños burgueses que ahora yo llamo social bacanos, niños bien, a medias, pero al fin, niños bien, salidos del catolicismo, refractarios al comunismo soviético y trotskista, que hallaban en la fantasía del maoísmo un escape muy lejano, pero muy lejos, de lo que era la enorme influencia del estalinismo entre nosotros.

—Pero...
—A mí me ha fascinado siempre la cultura china milenaria, su historia, sus pensadores, y claro, mucho, sus poetas. Yo comparto esa idea de los budistas de que la vida es la raíz y la fuente de la miseria del hombre, la naturaleza misma, nuestro ser, es la causa de nuestros sufrimientos, porque nos llevan a la reproducción obligatoria y a luchar por

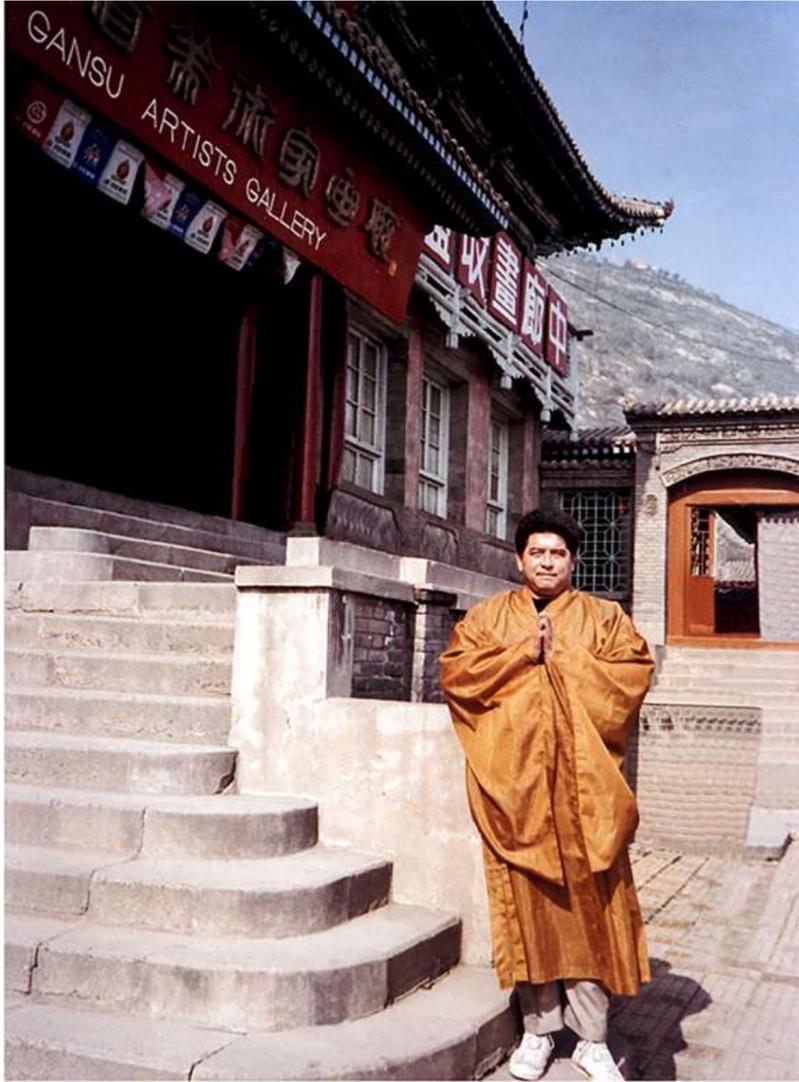
alcanzar bienes que de nada sirven, solo para perpetuar el cuerpo como el carcelero del ánimo, de la inteligencia.

Harold llegó a Bogotá con doce años, en la capital, también fue expulsado de otros colegios, y solo terminó su bachillerato en una pocilga de dos filocomunistas en la calle 12 con carrera cuarta.

Pasa y se sienta de nuevo en un sillón, al lado de una copia de la biografía de Simón Bolívar escrita por Marie Arana. En el libro hay un comentario en la portada “Al fin Bolívar tiene la biografía que se merece” del biógrafo Walter Isaacson. Agarra el libro, y lo muestra, “Esta es la mejor biografía del libertador”, desde su sillón central, vuelve su mirada a la pantalla de un televisor de más de cincuenta pulgadas que cuelga en una de las paredes laterales del apartamento y reanuda la película que estaba viendo antes de que llegáramos. La devuelve cuadro a cuadro mientras va soltando comentarios sobre ella.

—Es una obra maestra. *El irlandés* es una obra maestra. Le he visto cinco veces. Entusiasmado, hace un resumen instantáneo de la película, al tiempo que habla de la serie *The Crown*. Mientras habla de ella, muestra una fotografía en la que aparecen la reina Isabel y el duque de Edimburgo.

Se dicen muchas cosas de Harold Alvarado Tenorio. Que es odioso. Que está loco y es intransigente. Que es mejor tenerlo lejos, no invitarlo a nada. Se dice que es de derecha pero apoya la causa Palestina. Que es un uribista confeso. Que era el Sainte-Beuve de nuestro tiempo. Se dicen muchas cosas. Pocos mencionan su vocación como docente, la dedicación y su trabajo como profesor. La crítica y la divulgación de la poesía. El escritor Renson Said, quien fue alumno de Harold en la Universidad Nacional, escribió: “La primera vez que lo vi llegó al salón de clase con unas botas



Harold Alvarado Tenorio en China, 1993. Tomada de: www.haroldalvaradotenorio.com

sucias de ganadero y dos perras labrador que amarró a la pata de su escritorio. Debía medir casi dos metros y pesaba 150 kilos. Voluminoso, pantagruélico, escupía fuego en cada sílaba contra quien le había programado el curso de Borges a la una de la tarde y le impedía hacer la siesta. Pero era exquisito y bello y grande y no se parecía a ningún otro profesor de literatura del mundo”.

Ahora no pesa los 150 kilos descritos por Said, pero su imponente no se ha debilitado. La mantiene intacta.

Es 25 de diciembre de 2019, Harold se toma un vaso de agua con gas y limón. Cuando llega el vaso, mira el pedido y sonríe diciendo:

—Pero a esto le falta limón.

El mesero lo señala en el fondo del vaso, él sonríe otra vez. Solo estaba molestando. Es temprano, una tarde luego de la nochebuena, y las familias del oeste de Cali empiezan a llegar y ocupar las mesas del lugar, que está a uno de los costados del río. Los meseros cruzan la calle. Van y vienen, corriendo con bandejas de empanadas, frituras para picar y platos con marranitas recién preparadas. Harold lo mira. Está en la mesa pero su curiosidad lo distrae. Son los meseros del Obelisco, un hotel que queda al lado del Museo La tertulia.

—Se apoderaron de todo este espacio los del hotel. Se adueñaron de todo, este espacio es público, es una vergüenza —repite con pavor.

Hace unos meses, Harold se encontró con la escritora Carolina Sanín en un vuelo. Le pregunto por ella, y por una fotografía en la que aparecen juntos, sonrientes, como dos cómplices en las sillas de un avión.

—Carolina Sanín y yo coincidimos en algunas cosas.

—¿Cómo así?

—Me da la impresión de que en ciertos asuntos coincidiéramos, al menos, superficialmente. Se me ocurre que las actitudes radicales, que yo no ejercí a su manera, son parecidas a las mías, pero yo no las hago explícitas. De lejos no estoy tan cerca de ella,

pero cuando estoy cerca me es familiar, me parece que conmigo se portara de la manera culta que fue educada y que para el resto del respetable, ella actuara, fingiera ser lo que desean los otros.

Harold también parece actuar para el público. Una manera de ser reconocido por los otros que no es la suya. “Harold Alvarado Tenorio, el temido y temible, es uno de los personajes interesantes y controversiales de la vida literaria nacional”, escribió el periodista Ángel Castaño.

“Alvarado es un lector temerario, usa técnicas como el anacronismo deliberado y las atribuciones erróneas para agitar la calma chicha de la pecera literaria, sus intervenciones distorsionan el canto solemne y mediático de esas dos sirenas llamadas Historia y Cultura. La crítica que se le da tan bien a los artistas ahora resulta que tiene límites: cuando se trata de ellos mismos; muchos ven como algo inmoral y reprochable que un artista como Alvarado se parrandee la inmunidad gremial y use literatos y obras literarias ajenas como materia prima para hacer lo propio: crítica”, escribió Lucas Ospina en una columna para revista *Semana*.

El poeta de Buga que inventó un prólogo de Borges

El primer libro que Harold Alvarado publicó fue a los 27 años, en 1972, *Pensamientos de un hombre llegado el invierno*, un compendio de poemas con un prólogo firmado por Jorge Luis Borges. Sobre ese libro escribió Umberto Cobo, el mejor “crítico” de la Generación Desencantada: “¿Cuál invierno en un país donde hace tanto sol y en el cual si llueve no escampa?”.

—Como admirador de Jorge Luis Borges he escrito algunas páginas tratando de imitar sus fabulaciones con el solo y exclusivo propósito de divertirme, como él mismo hacía y sin pensar en lucrar con ello. De esa manera confeccioné hace años un prólogo para uno de

mis libros, que nunca se puso en él, y que los editores, para entretenerse, dijeron que era de JLB. Con tanto éxito, que el día de su presentación, se vendieron en un suelto, setenta prólogos y apenas doce libros.

El poeta continúa:

—Yo hacía mi tesis de doctorado sobre Borges y entonces intercalé frases de Borges sacadas de reseñas de libros que había hecho en *Sur*, la revista de Victoria Ocampo, con frases mías, elogiando mis poemas de manera suma. Ese fue el origen de ese revuelo de pueblo que causó en Cali el anuncio de que un pobre diablo de Buga tenía un libro de poemas con prólogo de Borges. Pero lo cierto es que soy el único colombiano con prólogo de Borges, él mismo nunca lo negó.

“Que yo sea una lengua viperina es también por Borges, que era experto en el arte de humillar. Muchas de las cosas que escribió las hizo para burlarse. Borges se puede leer de muchas maneras: los franceses lo leen como metafísico, pero los argentinos como un viejo hijueputa que se burla de todo el mundo y que destilaba veneno contra sus amigos”, le respondió a Marianne Ponsford en una entrevista.

Harold es además Doctor en Letras de la Universidad Complutense de Madrid, fue profesor titular de la cátedra de Literaturas de América Latina, creador de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Colombia, director del departamento de Español de Marymount Manhattan de Nueva York, entre otros. En 2002 creó la revista *Arquitrave*, una revista de poesía con más de sesenta números digitales e impresos.

“Resulta paradójico que alguien que respira y transpira literatura no sea reconocido como la figura que es y en cambio sea rotulado (de Afán y como con pinzas) de envidioso blasfemo”, dijo Lucas Ospina en *Semana*.

El temor inicial que tenía por el hombre gigante con el cuchillo en la mano ha pasado, no hay nada que temerle al “Caballero de la injuria” como escribió Luis Ospina en el prólogo a su libro *La cultura en la república del narco*, o “el poeta desahogado, crítico errático y contradictorio y paranoico, persona habitada por muchos demonios”, como escribió Antonio Caballero en el prólogo a su otro libro *Ajuste de cuentas*, que trae en la portada a un joven y amenazante X504.

—Usé a Jaime Jaramillo porque se veía peligroso —dice sonriendo sobre la portada—. Así quedaba más amenazante.

Ajuste de cuentas es “un libro escrito con una prosa penetrante y exacta”, como escribió Carolina Sanín.

No hay rastro del tipo envidioso y obsesionado con las denuncias, ni con los otros escritores, de eso no habla, sus preocupaciones son otras. Las denuncias para él son apenas un divertimento, una manera de pasar el tiempo. En esta tarde no habla de los temas recopilados en *La cultura en la república del narco*, sus denuncias a la social bacanería, a las rascas culturales, al arte y la cultura, como una de las tantas formas de corrupción en Colombia, del Moisés colombiano como llamó a Antanas Mockus, o de por qué Fernando Rendón, el director del Festival de Poesía de Medellín, es un vividor, ni del huérfano ilustre como bautizó al escritor Héctor Abad Faciolince, ni del poeta Belisario Betancur, de quien escribió “es una vergüenza para Colombia”. Lo que hay en él es un espíritu libre, juguetón, enérgico, desbordado de curiosidad con una mirada pícaro. “Como Fernando Vallejo, Harold es un santo que posa de malo. Juega porque sabe que va a morir”, escribió Julio César Londoño.

—No hables. / Mira cómo las cosas a tu alrededor se pudren. / Confía sólo en los niños y los animales y de los ancianos aprende el miedo de haber vivido demasiado. / A tus contemporáneos pregunta sólo cosas prácticas y comparte con ellos tus fracasos, tus enfermedades, tus angustias, pero nunca tus éxitos”, escribió Harold Alvarado en su poema *Proverbios*.

—Mientras otros roban haciendo carreteras, en la cultura se roba con otras cosas, se roba igual así sean sobras. Hay intelectuales que son ladrones de migajas, corruptos de migajas. Es una vergüenza, una cosa horrenda, lo que pasa acá. Nadie cree que con la cultura también se roba. Hay mafias y carteles de la cultura. Emprendimientos y festivales hechos para robar. Es una vergüenza cómo trafican con la cultura. La cultura en general y la literatura se han convertido en otra mercancía más de la demencia consumista que trajo consigo el narcotráfico.

—¿Por qué lo tachan de envidioso, odioso, loco y blasfemo?

—Porque siempre he escrito de manera radical contra lo que no me ha gustado.

—¿Con odio?

—Yo no odio a nadie, a nadie —repite varias veces.

“Nunca he hecho mal a nadie, lo que hecho es opinar y eso no hace daño sino a los poderosos y los corruptos. Soy la suma de todas mis experiencias, que no son pocas y la vitalidad de mi memoria que es

mucha”, respondió en una entrevista con el escritor John Better.

Llegamos al Café Valparaíso y Harold se acerca a una de las mesas y agarra un libro de Fernando Vallejo, *Barba Jacob el mensajero*.

—Este es el mejor libro de Vallejo —exclama proyectando su voz en el silencio del lugar—. Es una obra maestra, quizás la obra maestra de Vallejo, que parece ha tratado de destruirla para convertirla en otra más de sus novelas, género que ya no existe.

—¿Por qué es la obra maestra de Vallejo?

—Fue redactada y concebida de una manera novedosa para nuestra lengua, con una frescura frásistica y un vigor que dejaba huella en el lector e iba cincelando la persona de ese horrendo poeta que fue Barba Jacob, o como diablos se llamaba.

El profesor de literatura

Pide un martini y nos quedamos esperando el concierto de tango, pero no hay nada organizado, ni siquiera un bandleón en la pequeña tarima. Después de un rato, aparecen un par de hombres con traje negro, la gomina en el pelo se les escurre por el cuello. Uno de ellos, el más viejo, empieza a cantar tangos al lado de un computador con el que controla las pistas. Luego de la primera canción presenta al más joven que se reuerce como un maniquí embutido en el traje negro que lleva a pesar del calor, con un impostado acento porteño y gesticulaciones extras, saluda varias veces diciendo que viene de Medellín con un fraseo calçado. Harold se manda un sorbo del martini y sonríe.

—Otro impostor. Este país está lleno de impostores ¡Qué vergüenza!

El carro sube por una falda al oeste de Cali. Poco se puede circular; la falda está atestada de extranjeros, gente en la calle, ventas en cada rincón. El carro apenas puede subir y no hay lugar para parquear. Harold como en las otras ocasiones nos guía dando indicaciones, buscando un lugar. Pero no hay lugar. Todo está lleno de carros.

—Esto no era así, está lleno de gente horrible. Y estos se apoderaron de las calles.

Subimos y bajamos por las callejuelas del barrio, cada casa es un negocio, una venta de comida, de licores. Llegamos a un sitio, una casa colonial, con un letrero en azulejos que dice “El Zaguán de San Antonio”. En las paredes

de la casa, que parece haber sido expandida a la fuerza, hay una montonera de fotografías exhibidas como trofeos con personajes de farándula colombiana; deportistas, actores, políticos que han pasado por el sitio. En medio, y antes de unas escaleras que dan acceso a un piso superior, está la cocina, varios afros están pelando plátanos, friendo y sirviendo los platos que piden en el sitio, los cuales son llevados a la parte superior. Arriba, varias familias blancas en las mesas disfrutan comiendo los platos de picadas y frituras servidas en minimas porciones.

En algún momento lo interrumpo y le digo que ese de allá es el deportista del siglo en Colombia.

—¿Quién?

—Martín Emilio ‘Cochise’ Rodríguez.

—Ese no es, debe ser otro impostor.

Harold se queda mirando un rato la mesa donde está Cochise.

—Sí, parece.

Y como cualquier fan, como un niño que acaba de ver a su deportista favorito, se para de la mesa.

—Yo quiero una foto con él.

Y se va en busca del deportista y le pide una foto. Vuelve a la mesa. Apenas Harold se sienta empieza una celebración, la música del sitio para y empiezan a cantarle el cumpleaños a Cochise. El ciclista, que viste una camisa roja, trae puesta una pañoleta en el cuello. Se levanta y canta, le traen torta, lo celebran, lo abrazan y le piden fotos. Nos quedamos viendo la escena. Cuando el festejo termina nos vamos del sitio porque el trago de whisky es caro.

—En mi casa tengo una botella de whisky de malta, una delicia. Vámonos que aquí todo es caro y explotan a los empleados.

Al salir, le digo que Cochise no cumple años hoy, sino el 7 de abril.

—Si ve, otro...

Bajamos del oeste y volvemos a la sexta. Harold empieza a hacer una presentación de los bares y las discotecas del sector. Una fila de lugares con luces y letreros de colores. Todos parecen recién construidos. Nuevos.

—¿Usted sale por acá?

—Yo no vengo a estos sitios horribles.

“Los que no tenemos dinero ni poder siempre hemos llamado para poder vivir largos años. / Los que no tenemos dinero ni poder llegados a los cuarenta debemos vivir en silencio en absoluta soledad. / Así lo entendieron los antiguos, así lo certifica el presente”, dice el poeta Alvarado en *Proverbios*.



Fotografía de Yuri Valecilla.

Enciende el televisor, en la pantalla a blanco y negro de un video del canal de YouTube aparece Ray Orbison con sus gafas oscuras, acompañado de Bruce Springsteen, Elvis Costello, Tom Waits, y otros músicos. Parece un concierto con los personajes de Reservoir Dogs. Todos vestidos de negro cantan *Oh, Pretty Woman* a coro, las guitarras de los músicos se mezclan, se cruzan, se sientan las cuerdas. Harold aparece con unos vasos llenos de whisky de malta, mueve su cuerpo de un lado a otro, siguiendo el ritmo de la música, agita sus manos gruesas que tienen ahora más anillos de colores, gigantes, de varias formas y, con un perfecto inglés, empieza a cantar. Las canciones de Orbison siguen y una tras otra las sigue.

Unos cuantos tragos después, Harold desaparece en uno de los cuartos. Cuando regresa, está sonando *La maldita primavera* de Yuri. Aparece en la sala con un revólver en la mano. Un revólver pequeño, plateado. Lo muestra y apunta al televisor. Saca el tambor y lo hace girar, con el movimiento se deslizan algunas balas. Caen al suelo, las recoge y las introduce en el tambor. Nos apunta y dice que va a disparar. No lo hace, pero mientras regresa de nuevo al cuarto dispara dos veces al suelo. Todo sucede rápido. Es otro de sus juegos. Es una pistola de foguero.

Harold exagera, manipula los hechos, repite chismes sin corroborar las fuentes, destila un veneno a veces demasiado fácil —y no da siempre en el blanco, sin duda—, pero hay un alocado parpadeo de verdad en su desmesura, algo de difícil verdad en su monomanía”, escribió Marianne Ponsford en “Un arsenal de venganzas”, para la revista *Arcadia*.

Minutos después, Harold se sienta y se desparrama en su sillón. Ya no tiene la pistola. Se lleva la mano a la cara con los anillos. Tiene lágrimas en los ojos. Y dice algo que ha repetido en otras ocasiones:

—Pablo Catatumbo secuestró a mi tío cuando tenía ochenta y tres años, lo tuvo en una jaula de hierro en un zulo a cinco metros bajo tierra y le daba una Colombiana al día. Para liberarlo hubo que llevarle hasta su cueva dos camiones repletos de billetes de banco. Y a mí casi me matan los paracos por confundirme con un partidario de las guerrillas cuando toda mi vida los he detestado...

Todo lo que tengo se lo debo a mi tío. Yo he sufrido y he pensado este país. Me han destruido muchas cosas pero jamás he hecho negocio con eso.

Se queda en silencio un largo rato, está agotado. Algunas lágrimas todavía le bajan por la cara.

Y recuerdo de nuevo su poema *Proverbios*. “Quien no pudo cambiar su país / antes de cumplir la cuarta década, / está condenado a pagar su cobardía por el resto / de sus días. / Los héroes siempre murieron jóvenes. / No te cuentes, entre ellos, / y termina tus días / haciendo el cínico papel de un hombre sabio”.



Fotografía de Juan Manuel Acevedo.

Del manicomio al mercado en “metro”

Supongamos que usted vivía en la Medellín de hace cien años. Y que como en tantas familias “de bien” (o de mal) había en la suya algún familiar que por esas cosas de la vida hubiera ido a parar, bien o mal diagnosticado, al famoso Manicomio de Aranjuez. El pobre sujeto estaba, por lo tanto, en los extramuros de la ciudad, por allá lejos en el norte. Con el tiempo, así es la vida, usted le daría lustre a ese recuerdo, afirmando: “El mismo donde internaron a Epifanio Mejía, el que compuso el himno antioqueño”.

En ese entonces usted vivía, digamos, arriba de la Plaza San Francisco, tirando hacia el morro de El Salvador, por los lados del que fuera Guanteros: emotivo barrio de trabajadores, proscritos y artesanos, y por eso mismo lleno de estigmas y maledicencia en la lengua de tanto godo local.

Y resulta, pues, que cualquier día en que bien de madrugada lo hubiera picado a usted el alacrán de la culpa o la nostalgia, habría salido de su cama, y con la cara lavada habría bajado a pie hasta la Plaza de Mercado de Guayaquil. Y después de llenar un costal con lo que se le viniera en gana habría cruzado la calle de San Juan hasta la estación del ferrocarril. Y de ahí —siempre y cuando hubiera logrado estar a tiempo— se habría montado en un tren, habría avanzado hacia el norte en esa máquina a vapor, y aún dentro de las fronteras del mapa oficial de la ciudad habría pasado por la estación Villa (en aquel barriquito, cerca de la Minorista de hoy) y se habría bajado en el barrio Norte, en la estación El Bosque, al pie del actual Jardín Botánico frente al Parque Norte.

Entonces desde ahí, gladiador de la vida, se habría terciado nuevamente la remesa, y habría echado a trepar la loma del fondo, el alto del Bermejil, hasta la propia puerta de la casa de enajenados, a dejarle unos plátanos, unos aguacates y cualquier libra de panela a ese ser querido en garras de la atolondrada siquiatria de su tiempo.

O al revés, también. Supongamos era usted un hombre con sed de progresar. Y que un poco estrechos sus bolsillos como para aspirar a compartir cuadra con banqueros y hacendados en “los barrios de los ricos”, se hubiera dejado seducir por eslóganes que rezaban cosas parecidas a “muy cerca de la estación El Bosque”. Y allá, por Campo Valdés, habría erigido su pequeño palacio proletario de tres o cuatro alcobas y salita, como quien hoy se siente tentado por un apartamento “a dos cuadras de la estación Floresta”.

Y así, bien trajeado incluso, habría usted caminado las seis o siete cuadras que separaban su rancho de la estación del tren. Y allí —si lograba estar a la hora justa— podría haber tomado asiento junto a viajeros que podían venir desde Barranquilla —o desde el otro lado del Atlántico— a probar suerte a Medellín vía río Magdalena. Y de ese modo, y de pronto hasta perfumado, habría atravesado el borde oriental de esta ciudad hasta el extremo opuesto, allá por los lados de Guayaquil, a buscar un café dónde rumiarse sus pensamientos, o matar de un aguardiente o varios la pesada molición de su tiempo.

No hace tanto, pues, solo cien años, que esta ciudad ya llevaba y traía las cuitas de su gente a bordo de un tren que la peinaba, exageremos, de polo a polo.



Vista de Medellín —sector Guayaquil— desde el morro El Salvador. A la izquierda la estación del ferrocarril. Daniel A. Mesa. Archivo BPP.



Plaza de mercado de Guayaquil. Al fondo la estación del ferrocarril. Fotografía Rodríguez. Archivo BPP.



Estación El Bosque. Al fondo a la izquierda, el manicomio, en el alto del Bermejil. Manuel A. Lalinde. Archivo BPP.



EPM, 65 años de un engranaje al servicio de la gente

Cambiar la vida de una comunidad no suele ser asunto de una sola persona. Depende del esfuerzo colectivo y de la suma de voluntades que, cuando trascienden, pueden extenderse y transformar la calidad de vida muchas personas en entornos que antes parecían distantes. Prueba de ello es la historia de EPM, que el próximo 6 de agosto cumplirá 65 años.

Durante ese tiempo, la empresa no solo ha llevado servicios vitales a millones de personas, sino que ha tejido redes de cooperación para construir un engranaje capaz de funcionar al servicio de más de siete millones de personas.

“EPM nos instaló los servicios y eso nos ayudó a legalizar nuestras viviendas. Nosotros hicimos nuestras propias redes de acueducto y alcantarillado porque EPM nos contrató”, dice Wberney Zabala Miranda. Este dirigente comunal, que vive hace 22 años en el sector conocido como Medellín sin tugurios, en la comuna 9 de Medellín y recuerda cómo fue la formalización de los servicios en su barrio.

“Aquí mucha gente pensó en un principio que EPM nos iba a cobrar mucha plata, pero después cayeron en cuenta que nos sale mucho más barato tener los servicios legalizados que estar con instalaciones de contrabando. Además de tirar las tuberías, nos hicieron andenes, escaleras, pasamanos, muros de contención. Nosotros le tenemos un gran aprecio a la empresa, porque nos mejoró no sólo los servicios, sino la calidad de vida. Mejor dicho, construimos tejido social a través de esas redes”, dice Wberney.

Historias como la que reconstruye ese líder comunitario hacen parte de una trayectoria que comenzó en 1955, cuando se fusionaron cuatro entidades que hasta ese momento funcionaban de manera independiente y que tenían a su cargo los servicios de energía, acueducto, alcantarillado y teléfono en Medellín.

Pero esa empresa naciente no se quedó solo en la ciudad donde surgió. De manera gradual se extendió por el Valle de Aburrá y a otras regiones de Antioquia. En la actualidad lleva sus servicios a otros departamentos.

Por ejemplo, en 2008 EPM asumió el reto de mejorar el acceso a los servicios públicos de acueducto, alcantarillado y aseo para los habitantes de Quibdó, por intermedio de su filial Aguas Nacionales. Diez años después, la capital de Chocó tiene un 36,11% de cobertura en el suministro de agua potable, un 20,02% en el servicio de alcantarillado



Foto: EPM

y un cubrimiento del 97% en el servicio de recolección de residuos sólidos.

Para los habitantes de esta ciudad, eso representa una transformación notoria. “Desde 2006 estábamos solicitando redes de acueducto, porque las que había se dañaron y teníamos el servicio suspendido. A finales de 2018 nos instalaron las redes nuevas y desde entonces el servicio ha sido fenomenal”, asegura José Wiston Ibarquén, presidente de la Junta de Acción Comunal del barrio Piñal de Medrano y vicepresidente de la Asociación de Juntas de la comuna 5 de Quibdó.

Y aunque en esta zona de la capital chochoana el servicio aún no se presta las 24 horas, sí se garantiza suministro de agua potable todos los días, en lapsos variables, algo que era impensable hace apenas unos años. “A mí me tocaba constantemente estar buscando a funcionarios públicos para que nos mandaran un carro de agua al barrio cuando pasaban dos o tres días sin llover. Eso ahora ya no se ve”, sostiene Ibarquén.

Algo similar se vive en el barrio Casa Blanca, también en Quibdó. “En esta zona sufríamos mucho por el agua, por aquí había una tubería enterrada, pero no funcionaba

bien. En el 2008 tuvieron que venir de Medellín algunos carrotaques con agua para ayudar a la gente, porque había un verano muy largo y la gente estaba sufriendo mucho porque no había lluvia de donde abastecerse”, recuerda Luis José Mosquera.

En su barrio de la comuna 1 de la capital chochoana, Luis José es reconocido por su trabajo comunitario desde hace unos 20 años y es uno de los interlocutores con Aguas del Atrato. “La relación mía con la empresa ha sido muy buena, muchos de los que están ahí nos dan confianza e información de primera mano”, dice el líder.

Al celebrar sus 60 años, en 2015, EPM publicó un libro conmemorativo que reconstruye en seis relatos la historia de la empresa. En uno de ellos, el escritor Esteban Carlos Mejía presenta un perfil de Lucio Chiquito Caicedo, uno de los fundadores. En el cierre del texto, Chiquito dice: “Los ingenieros sabemos que el cuerpo humano es un conjunto de sistemas (...) A veces algunos fallan o se deterioran. Mientras tanto, ahí vamos”. Quizá esa referencia con el cuerpo humano sea útil para entender que EPM también es un conjunto de sistemas, que ya son 65 años, pero que ahí va porque ese engranaje funciona al servicio de la gente.

12.ª PARADA JUVENIL DE LA LECTURA diásporas

Durante el 11 y 12 de julio, Medellín disfrutó de la 12ª Parada Juvenil de la Lectura, un viaje por Territorios de Libertad que apostó por la virtualidad para llegar a la ciudadanía con 22 horas de programación académica, artística y cultural, y que ha quedado disponible para su consulta en el canal de YouTube de la Fiesta del Libro y la Cultura y en la página de Facebook.

La plataforma interactiva contó con 10.641 visitas a las actividades en espacios como el ring de boxeo, la muestra comercial, la Cinemateca, Jardín Lectura Viva, el Cuentódromo, La Próxima

Parada, el Laboratorio, los salones de Nuevas Lecturas, de Editoriales Independientes y el primer Salón del Cómic y la Ilustración.

El sector editorial y librero de la ciudad también estuvo presente con 105 expositores que pudieron ofrecer sus productos para ser adquiridos a través de un sitio especial dedicado a esta muestra comercial. Al finalizar las jornadas se reportaron 1.288 libros vendidos por valor de \$34 millones.

La Próxima Parada visitó durante las dos jornadas siete comunas de la ciudad con actividades como el ring de boxeo,

el Cuentódromo y diferentes muestras artísticas y culturales de las que también participó la ciudadanía.

La programación, inspirada en las diásporas y el propio cuerpo como un espacio de libertad y en constante transformación, tuvo importantes invitados entre escritores, académicos, activistas, ilustradores y artistas. Uno de estos fue Zay Cardona, la ilustradora y creadora del proyecto de cómics Mariquismo Juvenil, quien el sábado 11 de julio conversó con el artista plástico Abraham Restrepo Marín sobre el activismo de género a través de la creación gráfica.



Pequeño cuadrado negro

por JUAN CÁRDENAS • Ilustración de Señor OK

Hace unos días, recordando una experiencia reciente con ayahuasca, pensaba en lo mucho que nos deleitamos hablando de nuestras visiones en los días posteriores a la toma. Por momentos, pareciera que, como en una curiosa variante del psicoanálisis, lo que importa es el relato más que las visiones mismas y entonces los usuarios de esa poderosa sustancia nos enfrascamos en una especie de torneo de la descripción, casi siempre bordeando la fantasía pictórica. Existe un largo debate entre los estudiosos acerca de los posibles significados y hermenéuticas chamánicas de “la pinta”, que es como llaman los taitas del Putumayo a esas imágenes que surgen durante el estado alucinatorio propiciado por el yagé. Todas esas interpretaciones, sin embargo, hasta donde yo sé, comparten una fijación con el dibujo mismo, esto es, con el acontecimiento de la aparición de la pinta, con su Anunciación, podríamos decir, haciendo aquí un guiño a nuestra larga tradición de arte religioso católico. En efecto, entregados como estamos a un ejercicio que tiene mucho de la fabulación de las apariciones marianas, nuestras palabras se esmeran por reproducir los drapeados del manto, la filigrana, la delicada textura de la piel virginal de aquella milagrosa pinta. No está de más recordar que para los taitas del Putumayo —y también para los practicantes de la religión del Santo Daime y otros cultos cristianos ayahuasqueros—, la figura de la Virgen ocupa un lugar crucial.

Pensaba en todo esto mientras recordaba mis propias visiones durante aquellas tomas recientes y me daba cuenta de que solemos exagerar en la descripción pirotécnica, pues creo entender que la pinta de la ayahuasca pertenece, a pesar de su poder y de su intensidad, a un corpus de imágenes más bien humildes o en todo caso alejadas de la mecánica del espectáculo del Gran Arte. Se trata casi siempre de sesiones de metamorfosis que recuerdan más bien a los dibujos animados de los albores del cine, magia de la materia plebeya en movimiento. Al menos así lo he experimentado yo y así me lo han hecho saber muchos usuarios tras un examen más concienzudo de sus pintas. Con esto no estoy tratando de minimizar la complejidad o la fuerza del “dibujo”, pero sí me parece que solemos compensar las limitaciones de nuestro lenguaje con una hipérbola de los efectos visuales, descuidando no solo lo que no vemos, lo no-visible, sino aquello que experimentamos con otros sentidos distintos a la vista.

Pensaba, por eso mismo, que ni los estudiosos ni los usuarios jamás nos hemos detenido a pensar en la posible relación entre la pinta y la oscuridad sobre la cual se recortan las humildes imágenes. Y quiero aprovechar la inmejorable ocasión para exponer aquí una sospecha y es que llevamos años viendo solo la mitad del cuadro, que la pinta importa en su relación con esa oscuridad engendradora, con el color negro donde van a morir todos los colores juntos. Sospecho también que, incluso en los momentos de mayor predominio del color, el negro parece rellenar desde el interior todas las imágenes y, en cierto modo, está determinando su aparición.

Si mi sospecha no es infundada, podemos pensar asimismo que el fosfo —esas chiribitas que parecen bailar como hadas diminutas alrededor de nuestra cabeza— no tiene la función de presentarse a sí mismo, sino la de servir como indicio que deja una marca muy efímera sobre lo negro. El fosfo como el grado cero de la dialéctica entre aparición y desaparición, entre el color y la oscuridad, entre lo blanco y lo negro. El fosfo como un guiño fugaz que, durante unos breves instantes, tras su desaparición, nos permite ver la oscuridad, del mismo modo en que algunos sonidos parecen sonar solo para que podamos disfrutar del silencio posterior.

Mi sospecha cabe también en dos preguntas: ¿acaso no es cierto que lo predominante en las noches de yagé es, precisamente, la noche? ¿Y no será por eso mismo que todo el arte de inspiración lisérgica tiende a la banalidad multicolor, al inevitable fracaso estético de la manta jipi y el *souvenir* emplumado?

En un formidable ensayo (*Religión, arte, pornografía*, 2016. Todas las citas posteriores de González García fueron extraídas de este mismo libro) sobre los encuentros y desencuentros entre el arte y la religión, el crítico Ángel González García nos recuerda que existe una tradición de las imágenes sagradas asociadas a una concepción mágica del color negro. “Volvemos así a *lo negro*”, escribe González García, “como causa y raíz de un enigma que no puede resolverse recordando que algunas diosas antiguas: Isis, Démeter o Artemisa, cuyo culto podría muy plausiblemente haber sobrevivido en [el culto] cristiano de las Vírgenes Negras, fueron también representadas de ese color; o que en muchos lugares de Europa, aunque indudablemente la más notoria de todas sea la Kaaba de La Meca, se veneran desde tiempos inmemoriales piedras negras dotadas de poderes fecundantes (...) El problema de *lo negro* sigue ahí pendiente; y quiero decir la razón de su prestigio sagrado”.

González aporta en su ensayo una buena cantidad de ejemplos y establece inesperados nexos entre objetos de distinta proveniencia que comparten esa cualidad sagrada de lo negro, pero también de lo impersonal, de lo que tiende a perder la forma o a tornarse invisible en virtud de su relación con *lo oscuro*, esto es, con lo desconocido, con lo misterioso, tal como sucede con las famosas vírgenes negras, con las piedras negras o con ciertos fetiches del África Occidental francesa llamados *konos* sobre los cuales Michel Leiris escribía en *El África fantasmal*, en 1931: “Es una masa informe que una vez sacada de su antro con precaución (...) revela ser una bolsa de tela basta y remendada, cubierta por una especie de brea que es sangre coagulada, rellena en su interior de cosas que se adivinan polvorizadas y heterocliticas... Gran conmoción religiosa: objeto sucio, simple, elemental, y cuya abyección es una fuerza terrible porque en él está condensado el absoluto de estos hombres y porque le han infundido su propia fuerza, como ocurre con la bolita de tierra que un niño amasa entre los dedos cuando juega con barro”.

La cita de Leiris nos conduce dócilmente hacia un poema de José Watanabe que parece condensar este

vínculo entre el fetiche, la oscuridad y lo sagrado, entendido como lo que se ofrece en sacrificio.

Piedra de cocina

I Esto sucede en la cocina cada domingo: mi hermana secciona en presas tiernos cabritos y conejos. Los animales, despellejados sobre la tabla, proverbialmente vivaces y elásticos, parece que guardaron memoria de su muerte que aquí se prolonga.

Mi hermana, en su crueldad funcional sin pesar, compromete a una piedra, la hace cómplice. Es un canto rodado negro con el que golpea el lomo del cuchillo. Las presas adobadas se hacen en el fuego manjar familiar, tribal, que en la mesa bendecimos con vino y sin escrúpulos.

II Es más fácil coger un cuchillo de día que de noche, o una taza, o un azucarero. De día las cosas son dóciles, se avienen a nuestro dominio. De noche, en el silencio y la penumbra, nos resisten, tienen otro peso, decantan su porte, aunque algunas se revelan más fáciles.

Esta noche distinguí en la cocina el canto rodado negro. Era un pequeño animal que se abrazaba fuertemente a sí mismo o se devoraba hacia dentro en su apretada intimidad. No era la piedra dura que golpea el lomo del cuchillo y destaca los animales de la comida. Yo la oí llorar y era blandita.

Esta piedra de Watanabe aprovecha las condiciones excepcionales de la oscuridad para abrazarse a sí misma, para devorarse hacia adentro y también para mostrarse ante los ojos del poeta en su relación con un misterio que apenas anuncia su envoltorio informe, renuente a entregarse como mensaje o como mero contenido. Es una forma a punto de perder la forma en virtud de su permanente contacto con lo desconocido. Para González García, los objetos sagrados de este tipo son negros porque de esa manera señalan que una parte suya se dirige hacia el absoluto negativo, hacia el misterio de los misterios. “El rostro intencionadamente negro de algunas Vírgenes”, escribe, “lo sería probablemente por estar mirando ellas en esa dirección, hacia el más allá, y también como testimonio de extrañeza, de no pertenecer a este mundo”.

A la sombra de estas nociones podemos tomarnos un poco más en serio la posibilidad de que la pinta de yagé no sirva tanto como dibujo sino como un vehículo de alta intensidad que reconfigura lo negro —esto es, lo oscuro, lo incognoscible, lo radicalmente negativo,

lo materialmente moldeable y frágil que lo mismo recuerda una forma como ya la olvida—. Pero, sobre todo, estas conexiones me dan un pequeño salvoconducto para lanzar algunas conjeturas sobre el empobrecimiento de nuestras relaciones con la oscuridad.

En este punto me gustaría recoger una idea del filósofo italiano Franco “Bifo” Berardi, quien distingue dos grandes formas de relacionamiento cognitivo y sensible: la conjuntividad y la conectividad. “Llamo conjunción”, dice Berardi en *Fenomenología del fin* (2018), “a la concatenación de cuerpos y máquinas que pueden generar sentido sin seguir un diseño pre-ordenado, ni de obedecer cualquier ley o finalidad interna. La conexión [por su parte] no es singular, ni intencional, ni vibracional. Es más bien una concatenación operativa entre agentes previamente formateados de sentido (cuerpos o máquinas), que han sido codificados o formateados de acuerdo a un código”.

Para Berardi estas dos formas de relacionamiento entre cuerpos o máquinas constituyen también dos sistemas de comunicación radicalmente distintos, pues la conjuntividad se basa en la empatía —esto es, en una traducción de sensibilidades que se mueven sobre una imposibilidad comunicativa inerradicable—, mientras que la conectividad aspira y de hecho suprime toda ambigüedad mediante la aplicación del código, o mejor, mediante la ejecución de un programa previamente diseñado que reduce la comunicación a “segmentos lingüísticamente compatibles”. En el presente, según Berardi, estamos ante una “mutación antropológica”, que consiste en una “transición de la predominancia del modo conjuntivo a la predominancia del modo conectivo en la esfera de la comunicación humana”.

Más allá de lo discutible que pueda parecerse, lo cierto es que abundan los ejemplos en el mundo contemporáneo que vuelven verosímil la distinción de Berardi y, sin duda, se trata de una idea muy operativa para mi propósito de situar en un drama histórico nuestra relación, no ya con la ayahuasca, sino en general con todas las drogas.

¿En qué esfera epistémica y sensible nos movemos a la hora de usar las sustancias de alteración? ¿En la esfera conjuntiva o en la conectiva? Es decir, ¿nos drogamos para tratar de conocer empáticamente a los demás, a nosotros mismos, a las cosas, a los otros animales, aunque ese conocimiento sea aproximativo, imperfecto, obrado mediante unas artes de lectura que, lejos de eliminar la frontera de lo incognoscible, dependen de ella? ¿O más bien nos drogamos para ejecutar un programa prediseñado de experiencias controladas, del mismo modo en que consumimos pornografía o compramos por Amazon? ¿Son nuestras experiencias con las drogas similares a instalar en nuestro cuerpo un *software*? ¿Un *software* de relajación, de euforia, de viaje astral?

De ser así, esto explicaría hasta cierto punto las dinámicas del turismo chamánico que ha empezado a infestar lugares como Iquitos o el Valle del Sibundoy, con paquetes de viaje que ofrecen transporte, hotel, paseo por los senderos ecológicos y la sesión nocturna de ayahuasca con vomitona incluida. El reseteo

completo, como me dijo una vez un amigo después de una toma, utilizando candorosamente la metáfora informática.

Para Berardi existe una correspondencia que liga su distinción a una oposición histórica entre el barroco —que se habría engendrado como resultado del desarrollo de la conjuntividad— y el puritanismo —que habría dado lugar paulatinamente al predominio del paradigma conectivo—. “El puritanismo es, culturalmente, más allá su definición propiamente religiosa, una cancelación de la ambigüedad en la relación interhumana. Por tanto, una cancelación de la historia misma”, afirma Berardi en una entrevista reciente (“Volver a aburrirnos es la última aventura posible”). Por otro lado, el barroco, dice, “es un fenómeno que acompaña la historia del puritanismo, como una corriente cultural, estética, perceptual y política minoritaria, pero siempre presente durante los siglos de la modernidad. El barroco es esencialmente la proliferación de los signos, el espectáculo de esa proliferación. No es casualidad que el barroco fuese la herramienta política de la Iglesia católica de la Contrarreforma que desplegó, no un discurso de persuasión, sino un espectáculo de seducción. La proliferación de los signos en la época del barroco católico es una historia de espectacularización y de multiplicación de las ambigüedades. El barroco desaparece en cierto momento de la historia moderna, cuando la burguesía puritana, nórdica, construye un mundo

donde la ambigüedad se considera peligrosa”. Lo curioso es que, según Berardi, el barroco ha resucitado de manera inesperada en la cultura digital, donde la proliferación y la aceleración de los signos impide que el cuerpo pueda procesar y discriminar críticamente el incesante flujo de datos. Nos encontraríamos, por tanto, en un mundo donde predomina un gran esquema puritano que, en su afán de eliminar la ambigüedad, ha propiciado una rara forma del barroco donde los cuerpos, desensibilizados, incapaces de poner en funcionamiento las habilidades conjuntivas —esto es, la empatía, la facultad mimética, la lectura del lenguaje corporal, la sintonía fina de las ambigüedades del lenguaje—, acaban atrapados en un dispositivo cínico donde la indecidibilidad del signo se utiliza en beneficio de los más fuertes. De hecho, para Berardi el triunfo de Trump y de los nuevos fascismos es impensable sin el triunfo de esta nueva forma del barroco digital.

A estas alturas creo que ya puedo declarar cuánto me preocupan las consecuencias de esta situación para la práctica de la literatura, que, creo yo, se trata de una de las pocas experiencias residuales de encuentro con la negatividad en el interior de un campo de signos inestables, donde leer significa adaptar todos nuestros sistemas de captación de matices en arreglo a la forma sensible del texto: la literatura es el terreno de la conjuntividad por excelencia, despliegue del barroco en tanto tradición

perceptual, espacio de seducción y empatía que busca producir activamente un placer colectivo.

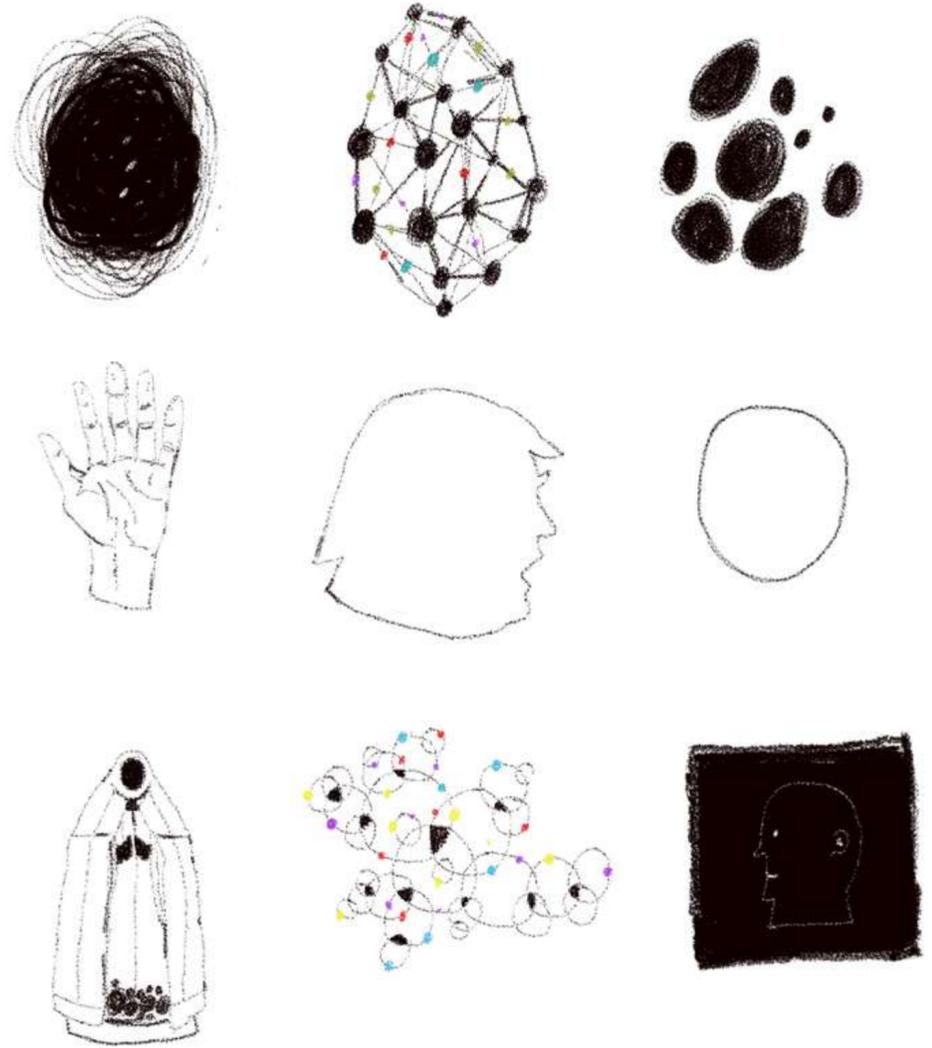
En el poema de Watanabe es la experiencia conjuntiva la que determina el encuentro con la piedra de la cocina: una máquina perfectamente conectiva, robot o cibernético, no experimentaría ningún misterio nocturno semejante. Sencillamente no estaría programada para la perplejidad del encuentro porque lo conectivo es, en esencia, un intento de suprimir toda perplejidad, toda visión nocturna, toda voluntad de desentrañar improductivamente una sombra imprecisa. Un robot perfectamente conectivo seguramente podría simular y mejorar cualquier conducta humana, pero estaría incapacitado para enfrentarse a la experiencia del no-saber, confinado como está a un mundo donde cualquier fenómeno se reduce a una oposición binaria. La máquina conectiva perfecta tiene la que quizás sea la peor de las minusvalías: la imposibilidad de experimentar en su interior el fuego de lo desconocido, la genuina incertidumbre que surge de nuestra impotencia para leer sin ambigüedad un objeto, un cuerpo, un animal, una planta. Porque este fuego de lo desconocido, la confrontación sensible, corporal, física, con ese no-saber, es en realidad una facultad del asombro, una potencia de no, que sin duda se aleja por completo de las aporías informáticas que se atascan en el cerebro del ciudadano contemporáneo asediado por las *fake news* y el big

data. Son dos fenómenos distintos porque en el último caso no hay misterio, sino simple confusión. El nuevo barroco digital del que habla Berardi produce anestesia por exceso de estímulos y confusión por bombardeo de datos. El viejo barroco, que es el barroco de la literatura, propicia una experiencia de lo desconocido, encuentro asombrado con lo negro, negatividad productiva, dialéctica entre la pinta y la noche.

O para decirlo en palabras de Kierkegaard, una “impenetrabilidad luminosa” que, según parece, estamos olvidando cómo habitar y disfrutar.

Y quizás esa sea la razón de que la literatura entendida como un arte, no como un entretenimiento, sea una actividad cada vez más minoritaria, casi en vías de desaparición.

De hecho, es muy posible que su práctica acabe reducida a un culto tan minúsculo y estrafalario como el de los adoradores de fetiches africanos o las vírgenes negras. La literatura como reserva india de la conjuntividad. Habrá quien encuentre deprimente este diagnóstico. Por mi parte, considero fascinante que la literatura asuma la misión de enfrentarse, con sus anacrónicos sistemas de lectura, al misterio de este nuevo mundo dominado por la lógica binaria del sistema conectivo. Porque el misterio, el misterio de la vida, el misterio del mundo, el misterio del cuerpo, es un misterio inerradicable, mientras siga habiendo mundo, mientras siga habiendo vida. ©



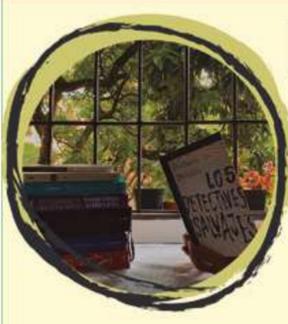


ALMUERZOS Y PRODUCTOS QUE FACILITEN COCINAR EN CASA.

LUNES - VIERNES
11AM - 3PM

DESDE LA PASCASIA

DOMICILIOS
301 331 0444



EXLIBRIS  café libros repostería

Libros distintos para crear mundos distintos

Envíos lunes, miércoles y viernes a Medellín, área metropolitana y el resto de Colombia

20% de descuento en sellos Planeta y del grupo editorial Random House
10% de descuento en sellos Penta

 @cafexlibris
300 362 8240



itaca

Gastronomía personalizada
Embutido artesanal

HACEMOS DOMICILIOS en Medellín
TODOS LOS DÍAS
De 12 m a 4 pm
CEL. 3207908977



PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Domicilios en el centro a través de Domicilios.com

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Tel.: 2302522



Restaurante **EL ÁRBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

CAFÉ-BAR
CASA DE ASTERIÓN

Abierto de lunes a sábado
Desde las 2 pm hasta las 7 pm.
Compra para llevar



CIUDAD CAFÉ
CHARCUTERIA - BAR
PARA LLEVAR A CASA

CHARCUTERÍA ARTESANAL - SODAS Y COCTELES - ALIMENTOS CONGELADOS

Adquiérelos en nuestro local en el barrio Carlos E. Restrepo o a domicilio para todo Medellín
Pedidos al WhatsApp: 300 616 51 15
3006132256



HACEMOS DOMICILIOS, NO HAWAIIANAS.



Cll 49ª #64-58 | 230 56 02 | www.dueamici.co

Temporalmente sólo domicilios de pizzas. De Martes a Domingo a partir de las 5pm.

SABORES DE **ARIS**

RESTAURANTE
CARRERA 50 # 59-13 • TEL. 564 22 23

Restaurante Gourmet
Servicio a Domicilio 3148457974   

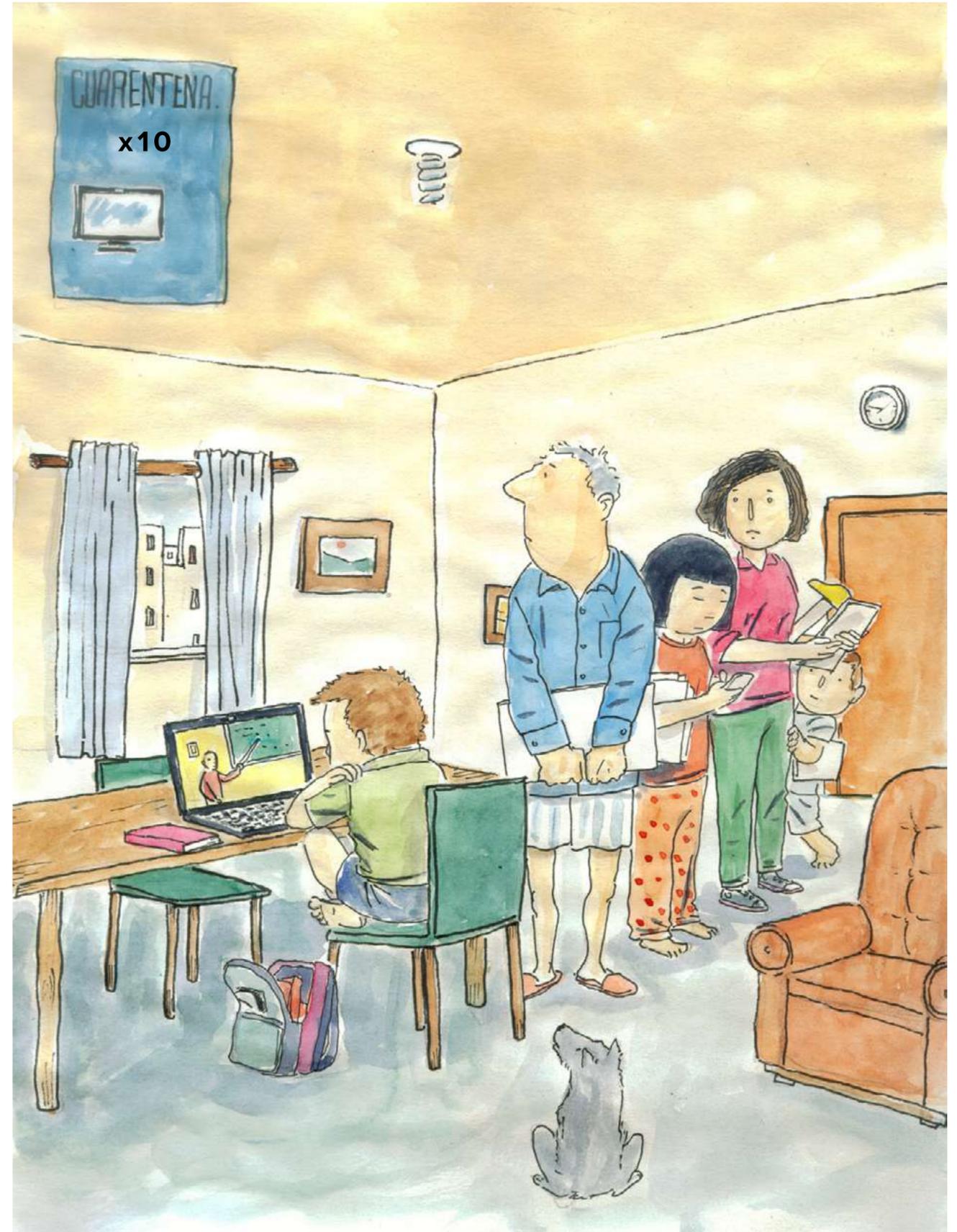
Cada vez que adquieres un servicio de **RAYA AYUDAS** a una comunidad y a sus animales en Colombia 

Esterilización • Microchip • Vacunación
Limpieza dental • Exámenes de sangre
Prueba de sida y leucemia
Servicios especializados

Programa tu cita  317 6604522




RED DE AYUDA A LOS ANIMALES





Cuidarte
es cuidarnos

**Usar
tapabocas
se ve** 



comfama